

EL CUADRO DE LA SIRENA



Andrea P. Muñoz

EL CUADRO
DE LA SIRENA

ANDREA P. MUÑOZ

Contents

[Título](#)

[Copyright](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Nota al lector](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

AGRADECIMIENTOS

La autora

Título: El cuadro de la sirena

© Andrea P. Muñoz, 2020.

ISBN: 9798620612659

Sello: KDP Independently published

Diseño de cubierta: © Fabián Colomer

Imágenes base de cubierta: ©Unsplash// ©Pixabay

Modelo: liliia-beda-_z3ze-sfZ9M-unsplash

Faro: lighthouse-1400196

Dibujo interior de mujer: woman-3429368 © Pixabay

Vector caracola: watercolour-4120925 © Pixabay

Diseño esquela fúnebre: ©Canva.com

Patrón interior: © Depositphotos_31646754

Diseño de maquetación: © Andrea Pérez Muñoz

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A mis abuelos.



L JOVEN PRÍNCIPE,
TRANSFORMADO EN
HUMANO Y SIN
HOGAR, VAGÓ POR EL

MUNDO PINTANDO SIRENAS
SOBRE SUS LIENZOS. ESPERANDO
ASÍ EL REGRESO DE SU AMADA
CON CADA PINCELADA.

Nota al lector

Nunca he navegado, ni he estado en Escocia, ni siquiera sé mucho de pintura así que perdonad si en algún momento he caído en un error. Puedo deciros que he tratado que este libro sea lo más fiel posible a la realidad y he trabajado en su documentación día sí y día también. Está escrito sobre todo con ilusión. He de admitir que comenzar a escribir esta pequeña historia me emocionó como una cría. En ella, he intentado plasmar todo el amor que siento hacia las personas que me rodean.

La idea de este libro surgió por varios factores: *mi deseo de visitar alguna vez Edimburgo y la costa de Fife, La envidia sana que siento hacia las personas que saben pintar* (un ejemplo, mi mejor amigo tiene unos cuadros preciosos), *mi obsesión por todo lo que tiene que ver con las sirenas y por el gran amor que siento hacia mi pareja y su hermana*. Tanto el personaje de Moray como el de Yvaine están inspirados en parte por ellos dos. Quería, con esta historia, visibilizar en cierta medida las enfermedades infantiles. El personaje de Yvaine sufre de PCI *parálisis cerebral infantil*. Una enfermedad que afecta al crecimiento y desarrollo de quien la sufre. Sin embargo, lo que quería mostrar con la creación de este personaje es que se trata de niños perfectamente normales y felices. Tan sólo requieren de un poquito de paciencia y todo el amor que puedas darles.

Sabed que existen numerosas Asociaciones y Centros que ayudan a las personas discapacitadas. En mi caso, doy las gracias porque en Elda y Petrer existan este tipo de centros y asociaciones como **Amfi**, **Cocemfe** y **Sense Barreres**. Hace unos años, además, que mi madre pelea contra una enfermedad rara que parte de la *Esclerosis Múltiple* así que sé por experiencia que toda ayuda es valiosa y agradecida.

De esta manera, ya no sólo te pido a ti lector que leas mi libro, si no que también —si te interesa y te pica la curiosidad —te informes sobre este tipo de centros y cómo ayudar.

Andrea P. Muñoz

2016.

Cerca de Crail. Mar del Norte.

Bonnie le miró sonriendo desde la proa. Los ojos castaños le brillaban con un júbilo que hacía tiempo había creído perdido. Sus cabellos rojos danzaban alrededor de su rostro iluminando el paisaje como la cabeza encendida de una cerilla. Las comisuras de sus labios se ensancharon formando una gran sonrisa. El chico que le acompañaba pensaba que no había cosa más hermosa que ella. La miró absorto como si ésta fuera una sirena y él un simple marinero sin posibilidad de huir de su embrujo.

—Esto es maravilloso —pronunció Bonnie deleitándose con la brisa, con las olas que rompían en el balandrajo^[1] y el perfume salino que se pegaba a su piel.

El chico la abrazó con fuerza. Le acarició los cabellos y la besó dulcemente. Los labios de él sabían a mar. Siempre había sido así. Hasta llevaba el mar en su nombre.

Moray ^[2].

Bonnie susurró para sí el nombre de su marido. Se besaron de nuevo mientras las olas mecían la embarcación. La joven pelirroja se había quedado embarazada del chico a los diecinueve años y a pesar de que nadie había apostado por ellos, ahí estaban. Cinco años después y celebrando su primer aniversario como marido y mujer.

Con una familia preciosa.

Una punzada de tristeza cruzó el pecho de la joven. No estaba acostumbrada a estar lejos de su hija y aquel día la había dejado al cuidado de sus suegros. A la pequeña le pusieron Yvaine que en gaélico se traducía como *estrella de la mañana*. Era una niña muy bonita. Su rostro pecoso le recordaba a una sandía, redonda y con pequeñas semillas. Había heredado el fuego en su cabello y la mirada de su padre. Tenía cinco años y apenas balbuceaba unas pocas palabras. Cada mañana Bonnie la levantaba, le masajeaba

las articulaciones, le daba su medicina y le preparaba el desayuno. Después, y con bastante dificultad, la bañaba en la bañera de cerámica mientras Yvaine se retorció y aparecían las primeras convulsiones. El siguiente paso era vestirla. En ese punto, a menudo Bonnie se enfadaba pues su hija se negaba a ponerse la ropa que le había elegido y se frustraba en silencio porque la niña era incapaz de meter un brazo por la manga del jersey. Una vez vestida, le ponía los dibujos animados en el televisor o bien le tendía alguna pintura que ésta agarraba con dificultad. A Yvaine le gustaba pintar y su color favorito era el verde. Podía pasarse horas rayando una hoja en blanco con un crayón verde esmeralda o en su defecto azul. El color azul era su segundo color favorito.

El tercero aún no lo había descubierto.

Mientras ella pintaba, Bonnie limpiaba la casa y preparaba la comida sólo para ellas pues Moray no llegaba hasta la noche. A veces incluso tenía que ausentarse varias noches seguidas. El trabajo en alta mar era así. Los pescadores paraban su trabajo durante la época de tormentas pero pasaban largas jornadas fuera de casa cuando el mar respondía a sus demandas de abadejo^[3] y crustáceos. Por la tarde, la chica paseaba a Yvaine en una diminuta silla de ruedas. Visitaba la frutería o cualquier otro establecimiento en el que tuviera que comprar. A la vuelta del paseo señalaba el mar.

“Tu papá está ahí, luchando contra monstruos marinos para volver con nosotras”, decía.

No sabía si su hija la entendía o no pero ésta se quedaba mirando el mar con absoluta fascinación infantil.

Cuando regresaban a casa, Bonnie estaba siempre cansada. Aun así le daba la cena a su pequeña, le ponía el pijama y la arropaba en su cama mientras le contaba un cuento. A Yvaine le habían diagnosticado *parálisis cerebral infantil* (PCI) que afectaba tanto a sus funciones motoras como neurológicas pero no la hubiera cambiado por nada del mundo. Para ella era una niña sana. Normal. Una niña feliz y risueña que llenaba de dicha su corazón. Por supuesto, criarla suponía muchas veces que se levantase con ojeras, con los músculos rígidos y tan agotada como la noche anterior. Pero Yvaine era su estrella. *Su estrella de la mañana.*

—¡Mira!

Moray señaló la bóveda celeste protegiendo a su esposa del frío con los brazos. Rodeándola con extremada ternura. Las estrellas habían comenzado a aparecer por encima de sus cabezas. Éstas brillaban con fuerza y ambos se quedaron admirándolas un rato pese a la frialdad del norte. Sin embargo, las estrellas no duraron mucho en el cielo pues su brillo fue disminuyendo hasta desaparecer. Por completo. Una a una. Parecía que el barco flotase en mitad de la nada. Entre un mar oscuro y un cielo tan negro como un abismo.

El joven no recordaría mucho a partir de ese momento. Tan sólo pequeños fragmentos. Imágenes confusas del peor momento de su vida. *La nubes negras; Los rayos; Observar el barógrafo^[4] con sorpresa; Las embestidas de las olas; El grito de Bonnie; El miedo en la mirada de ambos; El casco partiéndose en dos, separándoles en el acto. Las astillas que saltaban de la madera; El agua que arremetía sin piedad; La lluvia que le impedía ver con claridad; La sal de su boca.*

Pero lo que Moray nunca podría olvidar fue ver los destellos rojos de una melena de sirena hundiéndose en el mar.

2

2013

Crail. Escocia.

Aisla tenía sesenta y tres años y toda una vida de recuerdos a su espalda. A menudo, los recuerdos se agolpaban en su pecho y le impedían dormir. Como aquella noche. Se despertó y bajó las escaleras agarrada al pasamano. Sus pasos cansados deambularon por el pasillo en plena penumbra. Pensó que lo mejor sería hacerse un té.

Una tila quizá le viniera bien a sus nervios.

Encendió la cocina de gas y puso una tetera a hervir. Mientras el agua bullía, sus ojos se desviaron hasta una lata metálica de galletas abollada y descolorida. Normalmente su mirada siempre evitaba aquel rincón pero esa noche no tenía fuerzas. Cada día que pasaba la añoranza por lo que una vez sintió se hacía más y más honda. Sin apenas ser consciente de ello, sus dedos alcanzaron la lata del estante. A Aisla se le empañaron los ojos mientras sacaba las cartas que tenía escondidas. Había pasado casi toda una vida guardando aquellas palabras de juventud.

Su memoria reconstruyó la mirada de un muchacho. Unos ojos aguamarina como la pintura que manchaba los dedos del chico. Aisla casi podía verse en aquel año de 1964 con aquel vestido claro de volantes ondeando sobre las rocas.

La tetera empezó a silbar y la anciana la apartó del fuego. Después apagó la cocina de gas y se sentó en la salita llevándose la infusión y las cartas con ella. La luz de las estrellas entraba débilmente a la casa a través de las cortinas de encaje. El viento, por su parte, llamaba a la ventana golpeando los cristales. Aisla leyó toda la noche o al menos, todo el rato que pudieron sus ojos abnegados en las lágrimas antes de quedarse dormida en su butacón amarillo como la piel de un limón.

Despertó con las cartas aún en su regazo y el foso de la infusión pegado a la taza en pequeños gránulos oscuros. Fuera tocaban a la

puerta y desde la ventana donde antes la visitaba el viento del Norte era ahora el sol vespertino quien inundaba la estancia a través del cristal. La anciana se levantó renqueante y con la rodilla dolorida. Los años no pasaban en balde. Guardó las cartas en la lata de galletas con toda la prisa que pudo darse pensando en la visita que la esperaba.

Su hija y su nieta habían conducido desde Edimburgo hasta la costa de Fife para llegar ahí con la intención de pasar unos días con ella. Aisla se sentía agradecida por tener a su lado a Effie y a la pequeña Sheena. Había volcado en ellas todo el amor que la propia anciana no pudo obtener de su familia cuando era joven. Abrió la puerta y enseguida se vio rodeada por unos brazos fuertes pero delgados como raspas de pescado.

—¡Mamá! Que alegría verte —saludó Effie abrazándola con fuerza—. ¿Cómo estás?

Effie se subió las gafas de sol para contemplar mejor a su madre. La anciana tenía el rostro delgado surcado de arrugas y su cuerpo menudo estaba cobijado bajo un camisón holgado. El cabello cano, que aún guardaba en sus hebras algún que otro destello dorado, caía a un lado del hombro, trenzado como una espiga de trigo. Sus ojos, antes de un azul intenso, estaban levemente empañados por las cataratas.

—¡Abuela! —exclamó su nieta mientras arrastraba una maleta con ruedas.

Aisla abrió los ojos de par en par sorprendida de lo mucho que había crecido la joven en los últimos meses.

Sheena era toda un mujer con sus diecinueve años recién cumplidos. *Alta. Pelirroja. Iris azul como el mar.* Aun así se mostraba emocionada por visitar a su abuela. Al contrario de lo que cualquier persona de su edad sentiría confinada al pueblo pesquero de Crail sin nada que hacer ni pubs sofisticados donde beber.

Crail era un laberinto de casas de piedra de una o dos plantas que llegaban casi al muelle donde las embarcaciones dormitaban. Entre el aroma salino y la fragancia de las flores que abundaban entre sus calles, se escondían pequeños cafés y pintorescas tiendecillas. La guinda de aquel pueblo escocés era su mercado con la captura fresca que el mar traía consigo. A Sheena le gustaba

aquello. La tranquilidad que se respiraba en el ambiente. Por supuesto, lo que más le gustaba era convivir con su abuela bajo los techos de aquella casa de piedra clara con los postigos azules, el tejado rojo y su puerta pintada de amarillo.

Su abuela siempre había fomentado el lado artístico de la chica. Le gustaba contarle cuentos, incluso ahora cuando ya no era una niña. Siempre que ella iba a visitarla a su casa ésta le ofrecía una taza de té y una historia como quien ofrece una galleta de mantequilla o una porción de tarta. Y Sheena absorbía esas palabras como una esponja de baño. Las dejaba inundar su mente y las historias se quedaban allí tanto como pudiera recordarlas.

Su historia preferida era el cuento de la sirena.

La joven recordaba a su abuela sentada en su silla de madera blanca pintada a brocha ancha por ella misma. Recordaba que el salón olía siempre a una mezcla de té negro y sándalo. También recordaba la voz de Aisla que se elevaba por encima del pitido de la tetera.

Había una vez... decía siempre. Pues era así como comenzaban todos sus cuentos. Como comienzo cualquier cuento.

Cuando era pequeña, Sheena se sentaba en su regazo y jugueteaba con su collar de perlas de nácar. En una ocasión, de tanto retorcerlo, el hilo se rompió y las perlas se dispersaron por la alfombra. La anciana nunca le regañó por eso.

“Podemos arreglarlo” dijo, *“haremos un collar nuevo y quedará más bonito que el anterior.”*

Aisla nunca trató a la niña con malas palabras. Nunca le dijo *“Sheena deja eso”*, *“Sheena no comas más tarta”*, *“Sheena, ahora no puedo contarte un cuento”*. Ella nunca le negó nada.

Ninguna historia.

Incluso de adulta no podía hacerlo. Sheena era su consentida. Ella lo sabía. Su madre lo sabía. Todo el mundo sabía que Sheena era su ojito derecho.

—Pasad, pasad. No os quedéis en la puerta —pronunció Aisla olvidándose de la lata de galletas. Olvidándose del dolor y los secretos de antaño.

Todo lo que importaba es que estaba ahora con su hija y su nieta. Era feliz.

Effie cerró la puerta después de dejar pasar a su hija Sheena. Enseguida, las tres se pusieron a arreglar las habitaciones de arriba mientras charlaban acerca del día a día que ambas vivían en la ciudad. Aisla preguntó por su yerno, Archie Scott, que se había quedado al cuidado del *Tea House*. La anciana no había visto el salón de té de su hija salvo por las fotografías y siempre que podía preguntaba por el negocio pues sabía que para Effie era muy importante. Terminaron de acomodar los dormitorios y de ponerse al día casi a la hora de comer.

Sheena y su abuela estaban en el comedor esperando a que Effie terminase de cocinar su famoso *Scotch Broth* [5]. Para Effie, cocinar en Crail suponía más tiempo y esfuerzo puesto que no estaba familiarizada con las cocinas antiguas de gas frente a la eléctrica que tenía en Edimburgo.

—Recuerdas... —Sheena comenzó a hablar intentando llenar el silencio de la casa—. ¿Recuerdas aquel cuento de hadas que me contabas siempre? ¿Ese que trataba sobre sirenas?

La anciana dio un respingo. Aquello le había venido por sorpresa. Parecía que el recuerdo del muchacho que conoció en el muelle de Anstruther hacía ya décadas se resistía a irse. Aferrándose con uñas y dientes a su presente. Asintió. Por supuesto que recordaba aquella historia pues siempre le había recordado al chico. Aisla carraspeó antes de llenar el acogedor salón de la casa con su suave voz.

Había una vez —Murmuró justo antes de hacer una pausa para beber de su taza azul añil—, un palacio de coral y nácar, de piedras preciosas y algas de mil colores que resplandecía bajo el océano como la luz de un faro. Éste era el hogar de las sirenas.

El corazón de aquel mar gélido e inmenso.

Las sirenas eran criaturas mitad humanas mitad pez cuyas colas irradiaban a las olas del color del arcoíris. Sus escamas eran duras y brillantes como las esmeraldas y portaban en sus cabellos pequeños tesoros como perlas, corales, estrellas de mar y oro. Gobernaba sobre todas aquellas profundidades, un joven príncipe de ojos azules como el mar que le pertenecía. El joven sireno era un aventurero nato y descubrió muy pronto los placeres que le producía

observar los barcos de la superficie. Un día asomó la cabeza y vio a una joven pintar a carboncillo en una cuartilla de papel.

Se enamoró.

Tanto de aquella joven como de la pintura. Compartió charlas con ella a la luz de la luna junto al puerto cada madrugada. Ella en tierra. Él en mar. Ambos se amaban pero nada podían hacer para estar juntos. Eran de mundos distintos. Hasta la pintura se le escurría de las manos al príncipe pues el agua no era un buen medio para que sobreviviera el papel. Se dijo que su corazón tampoco sobreviviría mucho tiempo allí.

Una noche en que ambos se separaron después de un romántico encuentro, el joven pidió a las estrellas ser humano para así estar con su amada. No sabía que ella había deseado aquella misma noche ser sirena para entregar su corazón al mar. Ambos desearon estar juntos y aunque hicieron lo imposible, siempre se mantenían separados. Pese a su deseo de encontrarse, ella acabó en el mar; él en tierra.

Convertida en sirena, la joven vio que era inútil resistirse a los hados. El destino le había quitado lo que más amaba y no lo soportó. Olvidó. Pidió a los dioses que se deshicieran de su memoria y el tiempo acabó por convertir aquella sirena en piedra. El joven príncipe, transformado en humano y sin hogar, vagó por el mundo pintando sirenas sobre sus lienzos. Esperando así el regreso de su amada con cada pincelada.

A Sheena siempre se le rompía el corazón. Más de una vez había querido preguntarle acerca de la historia pero nunca encontraba las fuerzas. Aquel trágico cuento la impresionaba demasiado para poder pronunciar palabra alguna hasta pasado un rato. Pero la pelirroja ya no era una niña que se hubiera quedado sin habla.

—¿Y después que pasó? —preguntó Sheena esperanzada por la posibilidad de un final feliz todavía no descubierto.

Aisla la miró con ojos graves y tristes. Parecía que, como en un hechizo de cuentos de hadas, hubiera envejecido cien años de golpe. Le temblaron ligeramente las manos e hizo todo su acopio de fuerzas para no derrumbarse.

El aroma a verduras flotó en el ambiente. Pronto estaría terminada la comida y después la anciana iría a su cuarto a descansar. Descansar de una noche dormitando en el sillón y relajarse por las emociones que no había previsto tener aquella mañana.

—¿Después? —susurró con la boca pequeña mirando fijamente a su nieta. Aun dirigiendo su vista a Sheena, era a él a quien veía. A aquel muchacho jovial, noble y leal que había conocido en el muelle durante su juventud. Habló, más consigo misma que con su nieta—. Después no pasó nada.

3

1955

Isla de May.

Rossllyn Campbell estaba tendiendo la ropa en el exterior cuando escuchó el llanto de una niña pequeña. Miró alrededor sujetando aún entre sus brazos el cesto de la ropa sucia. Quizá se lo había imaginado. Pasar tanto tiempo en la isla acompañada en la mayor parte de focas y gaviotas no le estaba haciendo ningún bien. Dejó el cesto sobre la hierba y se llevó una mano a la frente a modo de visera para protegerse de los destellos del sol. El mar estaba revuelto. Rompía furioso contra la costa y se alzaba varios metros por encima.

Volvió a escuchar el llanto y esta vez la mujer no permaneció allí parada mientras las sábanas blancas flotaban como pequeños fantasmas en la cuerda de tender. Anduvo a paso ligero, alejándose de la casa y el faro, bordeando la costa en busca de aquel sonido desgarrador. Llegó a la playa al cabo de un rato y corrió cuando vio el cuerpecito de la niña tirado en la playa.

Parecía un ser celestial hecho de cabellos rubios y piel clara como una nube de azúcar.

Rossllyn se llevó una mano a la boca ahogando un grito. Corrió con la arena metiéndose en sus zapatos. No le importó. ¿Qué hacía ahí una niña tirada como un trapo viejo? ¿De dónde había salido? Había dejado de llorar. ¿Estaría muerta?

Su última pregunta fue enseguida contestada.

La niña tosió vomitando el agua salada que se bamboleaba en su estómago. Los ojos le escocían. El sol le cegaba. Sentía la piel irritada. Los labios cuarteados. La frente magullada y sangrante. Intentaba recordar pero en su mente parecía haber surgido la niebla. Densa y espesa. Su papá se había dormido mientras le acunaba la marea. Su mamá se había convertido en sirena. Ambos habían sido tragados por el mar cuando el velero se hundió como un ancla hasta el fondo del océano. La niña no podía saberlo pero sus padres

habían huído de sus familias que no veían con buenos ojos su matrimonio. Huían con la pequeña rumbo a Australia con la cabeza llena de sueños y esperanzas. Sueños y esperanzas que quedaron enterrados como un tesoro bajo el océano. La pequeña naufraga sintió que unos brazos la abrazaban y la llevaban a otra parte. Estaba demasiado aturdida y agotada de resistir el oleaje. Apenas vislumbró el rostro de una mujer a contraluz. Su cejo fruncido y preocupado. Sus labios apretados de tristeza.

Es una mujer bonita, pensó la niña antes de sumirse en el sueño. Reconfortada en los brazos de aquella extraña.

Despertó en una pequeña habitación que le era desconocida. Por un segundo pensó que estaba en su casa, con su mamá y su papá. Después le vinieron imágenes aterradoras que estaba segura llevaría en sus pesadillas desde entonces. Ahora era un huérfana.

Huérfana, se dijo. Estaba especialmente orgullosa de esa palabra tan difícil que había aprendido con su maestro. Sin embargo, saber que ahora ella era huérfana le punzaba el vientre como aquella vez que comió carne en mal estado y enfermó para disgusto de todos.

Las voces de una discusión llegaban hasta el cuarto donde estaba la niña. Ella, que era inteligente pese a sus cinco años de vida, se levantó sin hacer ruido y espió la habitación contigua entreabriendo la puerta unos centímetros.

Reconoció a la mujer que la había recogido en la playa. Ella estaba sentada mirando fijamente a un hombre. El hombre daba miedo. Era grande como un gigante, con una espesa barba oscura e iba y venía de un lado a otro. Malhumorado y dando aspavientos.

A Graham Campbell no le gustaban los niños. Hasta la presencia de su hijo y su propia mujer le desagradaba en ocasiones. Le gustaba la soledad, la carne bien cocinada y yacer con su mujer cada noche cuando volvía algo achispado de Anstruther.

No quería más hijos. Los hijos sólo significaban problemas. Otra boca más que alimentar y vestir.

—Graham escúchame —suplicó Rosslyn con el rostro enrojecido de ira contenida—. Sabes que siempre quise una niña y esa pequeña lo ha perdido todo. Lo he visto en sus ojos. Está perdida.

Sola. Es nuestro deber como buenos cristianos acogerla en nuestra casa.

Graham no podía reprocharle eso último. Siempre se jactaba de ser un buen samaritano pese a que todo el mundo sabía que sería el primero en ir al Infierno. El hombre miró a su mujer y su corazón se ablandó por un instante. Además sabía que Rosslyn era más cabezota que una mula. No lo dejaría estar y vivir en paz hasta que aceptase a esa pequeña venida del mar en su hogar.

La mujer vio la duda de su esposo y se apresuró a hablar antes de que éste pudiera pensarlo mejor y echarse atrás.

—Podemos decir que es nuestra sobrina. Sabes que mi pobre hermana murió hace poco —hizo una pausa—. Nadie irá a preguntarle. Nadie tiene porqué enterarse.

Graham suspiró. Había perdido la batalla pero todavía tenía un último recurso de su parte.

—Que se quede —gruñó—. Pero si alguien la reclama deberá irse.

Rosslyn aceptó. Había notado la desolación de la niña. Sabía que nadie iría a buscarla.

Y así fue.

Desde esa mañana de 1955 la niña permaneció bajo el seno de aquella familia cuyo patriarca trabajaba en el mantenimiento del faro. La llamaron Aisla pues su nombre, al igual que su otra vida, se había perdido en el mar. Rosslyn supuso que fue debido al golpe al caer por la borda. Nunca volvieron a hablar de aquel día. Se había convertido en un tabú para la familia Campbell.

La joven creció cada año que pasaba volviéndose más inteligente y hermosa. A su lado, Rosslyn, que siempre había sido una belleza, parecía apagarse dejando a la vista cada mínima imperfección que adquiriría con el paso del tiempo.

—¡Dave! —exclamó la mujer mirando a su hijo. El joven la miró desde la playa saludándola con la mano.

Aisla corrió detrás de ella y la adelantó hasta llegar a la orilla para ir junto a su primo. Por supuesto, no era su primo realmente. Ella lo sabía pero así se llamaban el uno al otro. La joven había aprendido tempranamente como debía dirigirse a cada miembro de la familia. Incluso en la intimidad.

—¡Dave! —volvió a exclamar Rosslyn, esta vez más cerca de los dos muchachos—. No te olvides de la leche y los huevos por favor. Tampoco del pan. Y por lo que más quieras, cuida de Aisla.

Dave asintió. El único hijo del matrimonio Campbell tenía ya veinte años y trabajaba en el ultramarinos de Anstruther, el puerto más cercano. Pronto se casaría con Anne Sinclair y heredaría aquel ultramarinos de las manos de su suegro. Y él se lo legaría a sus hijos y así sucesivamente. Generación por generación.

A Rosslyn no le preocupaba el futuro de su hijo si no el de Aisla. La joven tenía un gran carácter y a menudo su cabeza estaba dispersa en disparates. Le gustaba leer y lo hacía con asiduidad.

La mujer la veía por las tardes antes de que el sol se escondiera. Veía a la joven recorrer la isla con un libro de cuentos de hadas bajo el brazo y perderse durante horas en el interior de sus páginas. *Y si llegaba tarde a cenar...* Rosslyn rezaba cada día para que Aisla volviera a la cabaña antes que Graham. Así vería a la muchacha ayudando en la cocina como una buena sobrina y no protestaría más allá de lo habitual. La mujer estaba cansada de mediar entre su marido y la joven. Por mucho que hubiera pasado el tiempo, Graham seguía viendo a Aisla como una intrusa y no como parte de su familia. Y era la pobre de Rosslyn la que se llevaba las bofetadas por las osadías de la muchacha al final del día.

Aquella tarde la mujer se santiguó mientras veía partir a los muchachos lejos de la isla. Un gesto que daba algo de paz a su débil y temeroso corazón.

Aisla y Dave apenas hablaron durante el breve trayecto en la barcaza. Cuando su primo abarloó^[6] la embarcación y fue seguro poner un pie fuera de ella, descendieron por el muelle de Anstruther. En cuando pusieron la vista en el pueblo, ambos se separaron. Era un acuerdo secreto al que habían llegado ellos mismos. Mientras regresasen a la Isla de May antes de la cena y con los recados realizados, a ninguno de los dos le importaba demasiado lo que hacía el otro. Aisla sospechaba que su primo se veía con Anne para meterse mano. Ya fuera en el teatro, el puerto o en casa de ella. Llegó a esa conclusión después de su tercer día bajando al pueblo sin la compañía de tía Rosslyn pues él aparecía siempre corriendo,

acalorado, con el cabello revuelto y una sonrisa que hablaba por sí misma.

Se despidió de él con la mano y lo vio alejarse entre las callejuelas. Ella se encargó de la compra pues le gustaba deambular entre las tiendas, oler las flores que decoraban sus entradas y charlar de cualquier cosa con los trabajadores. De su brazo colgaba una bolsa de tela que pronto estuvo llena de pan, huevos, leche, arenques, puerros, zanahorias y carne de cerdo entre otras cosas. Aisla paseó con todo ese peso hasta llegar de nuevo al embarcadero. Sin embargo, apenas admiraba los barcos. Siguió andando hasta su lugar favorito del mundo. Casi al final del puerto, se alzaban unas rocas que se habían fusionado con el rompeolas. Le gustaba sentarse allí con el viento ondeando su vestido amarillo, sacar unas cuartillas de papel y dibujar a carboncillo el horizonte. Lejos de lo que su tía esperaba, no le tenía miedo al mar, puesto que cada vez que lo miraba recordaba fugaces esbozos de sus padres. Salvajes y aventureros como era ella ahora. Imprevisibles como el mismo mar que los había engullido.

Estaba dibujando cuando se sintió observada y alzó la vista. Su corazón se encogió pero también se sentía como si fuera a explotar. Era extraño aquel sentimiento que vibraba en su pecho y provocaba las rojeces de sus mejillas. Miró a aquel muchacho de ojos claros y dedos manchados de pintura. Se sintió de pronto tan pequeña como un grano de arroz.

Y al mismo tiempo única.

Era la primera vez que alguien la miraba de la forma en que lo estaba haciendo el muchacho. Le gustó. Le gustó muchísimo.

Aisla supo que llevaría ese momento grabado para siempre en la memoria. Supo que aquellos retazos de sentimientos y emociones inconexas era aquello de lo que había leído tanto: amor. La joven de catorce años que había venido del mar como por arte de magia, que leía cuentos de hadas y dibujaba horizontes, se había enamorado perdidamente.

2019

Ciudad de Edimburgo.

Sheena inspiró hondo llevando hasta sus pulmones el aroma de la hierba y la humedad de la lluvia. Paseó por la Universidad entre la multitud de estudiantes que cargaban sus mochilas con nostalgia y se despedían con tristeza de amigos y profesores. Pensó en sí misma y en cómo había llegado ahí. Al contrario de lo que creían sus compañeros de clase, ella no era *Sheena la perfecta*. Ni mucho menos. Aquello había sido un deducción muy pobre que habían hecho sobre la joven solo por sentarse en primera fila, por no saltarse ninguna clase un viernes por la mañana y por hacer todos los trabajos en su fecha. La carrera en *Historia del Arte* le había costado a la pelirroja dinero, lágrimas, sudor y mucho esfuerzo. Más del que imaginaban. Sheena había tenido que ponerse las pilas en todos los sentidos porque en lugar de pasar del instituto a la Universidad, ella pasó del instituto a su trabajo en el *Tea House*. Cambió los libros por un delantal gris perla.

No tuvo opción si quería estudiar allí. Tenía que ahorrar para ello y eso significaba ser camarera a tiempo completo para el negocio familiar. En cuanto pudo ahorrar lo suficiente, cosa que no era fácil entre el dinero que dejaba en casa y en los materiales para su estudio improvisado en la habitación de invitados de sus padres, hizo lo que hubiera hecho de haber podido en su momento: se matriculó en Historia del Arte.

No podía creer que hubieran pasado ya cuatro años desde entonces y que lo único que le faltaba para tener su carrera soñada fuera el *Trabajo de Fin de Grado*. Pensó en eso y en aquella etapa que estaba apunto de cerrar con una sonrisa algo nerviosa en el rostro. En Septiembre volvería a la Universidad de Edimburgo para la exposición final frente a un jurado experto. Ya está. Todo el dinero invertido, todas las lágrimas y noches en vela pensando en tirar la toalla cobrarían sentido.

Todo.

Saludó a un par de maestros con los que se cruzó en el patio y sonrió cuando el conserje se despidió de ella recordando su nombre.

Sheena Scott, deletreó para sí misma con profunda satisfacción. A partir de ese momento su nombre quedaría entrelazado con grandes ilustres de la Historia Universal que también finalizaron sus estudios en la *Atenas del Norte*, tal y como era conocida la Universidad de Edimburgo desde que abriera sus puertas en 1583. Charles Darwin, Alexander Graham Bell, Sir Arthur Conan Doyle, J. M. Barrie e incluso J.K Rowling anduvieron por los mismos corredores de piedra por los que iba ella. La joven creyó recordar que había sido la Universidad de Edimburgo la referencia para crear *El Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería* en *Harry Potter*. Sheena tenía que admitir que aquellas piedras ennegrecidas, sus arcos y bóvedas tenían algo de magia. Por desgracia, a su lado nunca hubo un *Ron Weasley* ni una *Hermione Granger*. La pelirroja había imaginado que en la Universidad haría grandes amigos pero se equivocó. La diferencia de edad con respecto a sus compañeros trastocó toda su fantasía. De todas formas tampoco le importó. No se sentía sola en absoluto.

—¡Sheena! ¡ Sheena!

La joven se sorprendió al ver a su madre en la entrada de la Universidad. Effie llevaba la ropa del trabajo bajo una cazadora de pana marrón. Estaba parada frente a su coche, un escarabajo naranja de segunda mano. Sheena la recibió con una gran sonrisa mientras metía su mochila en el maletero.

—¿Comó estás cariño? —le preguntó su madre mientras se subían al coche.

—No me puedo creer que ya hayan terminado las clases —le respondió ella mientras recorrían el *Old Town*—. *Pensaba que estarías trabajando en el salón de té.*

Effie miró de reojo a su hija y siguió conduciendo entre las estrechas calles de Edimburgo. Su niña se hacía mayor y pronto la vería sólo en Navidades.

—Quería pasar algo de tiempo contigo —pronunció ella—. Sabes que este año no voy a poder ir a Crail a visitar a la abuela como

solemos hacer. Tu padre ha pensado que sería una buena idea aprovechar las vacaciones para hacer todas las reformas que necesita el *Tea House*.

Sheena lo sabía. Hacía tiempo que el salón de té necesitaba una reforma y su padre no podía cargar con todas las preocupaciones de la obra él solo.

—Lo sé. Es sólo que me fastidia no estar aquí para ver el cambio.

—Te enviaré fotos del proceso.

La voz de su madre sonó extrañamente risueña.

—Ni se te ocurra colgar cuadros míos en el local —le advirtió—. Es una malísima idea.

Aparcaron en una amplia avenida que bullía de ajetreo y afluencia de turistas. Allí estaban las mejores tiendas.

—¡Es una idea genial! —exclamó Effie saliendo del coche—. Cielo, no sé porqué te empeñas en decir lo contrario. Decoraríamos el local y los clientes podrían llevarse los cuadros a su casa junto a una porción de *red velvet*.

Discutieron un poco más antes de decidirse a entrar en una de aquellas tiendas de ropa. Un espejo colocado estratégicamente frente a la entrada les dio la bienvenida. Sheena miró su reflejo y deseó salir corriendo. No era el mejor día para irse de compras. Llevaba su cabello de fuego recogido en un moño alto y desgarrado, los jeans rotos por la rodilla, unas botas marrones de montaña y una sudadera con el lema de la Universidad *Universitas Académica Edinensis*.

—Buenas tardes, ¿puedo ayudarles en algo?

La dependienta de la tienda era guapísima. Largas pestañas, cabello debidamente peinado y con cintura de avispa.

—Gracias. Sólo vamos a mirar.

Así era Effie. Franca y natural.

La pelirroja esbozó una sonrisa mientras acompañaba a su madre en su recorrido por los distintos percheros que tenían. Se quedó absorta sacando prendas del estante de ofertas. Sheena, que ya sabía que su madre podría tirarse horas allí, empezó a pasear distraídamente por la tienda.

Hasta que algo llamó su atención.

Ella no era dada a los vestidos pero aquél era el más bonito que hubiera visto en su vida. Tenía unas mangas transparentes con un leve tono azulado que acababan en un puño con una hilera de perlas; el escote en forma de corazón se pegaba a la silueta del maniquí ciñéndose en la cintura para después ensancharse como una pequeña campana hasta las rodillas. Todo de un bonito color azul prusia.

Miró el precio. Demasiado desorbitado siquiera para nombrarlo. Soltó la etiqueta mientras su ilusión se desinflaba.

—Pruébatelo.

Effie había visto el brillo en los ojos de su hija y se había acercado hasta ella. Sheena nunca había mostrado mucho interés en las cosas materiales y nunca había pedido nada que no fuera de necesidad. Su hija se merecía aquel vestido en lugar de la tarjeta del súper que ya había comprado.

—Es muy caro mamá —pronunció ella—. Ya vendremos cuando anuncien las rebajas.

Sheena sabía tanto como su madre que aquel vestido habría desaparecido antes de llegar el período de ofertas. Effie no se dió por vencida.

—Has acabado la Carrera —hizo una pausa en la que avisó a la dependienta—, te mereces un regalo en condiciones.

—Técnicamente todavía me queda presentar el Trabajo de Fin de Grado —concluyó la joven como si eso fuera a disuadir a Effie Scott.

—Sí. Y lo harás genial —su madre se dirigió entonces a la dependienta señalando la perfecta silueta del maniquí—. ¿Podría mi hija probarse este vestido?



Sheena cayó desplomada sobre la cama de su dormitorio en casa de sus padres. Después de visitar cada tienda de la extensa Avenida Principal, su madre se había empeñado en visitar el negocio para ayudar en el cierre. La pelirroja no sospechó nada. Aquella reunión para despedirse de ella antes de sus vacaciones la había pillado por sorpresa. Con razón su madre había ido a buscarla

y la había entretenido hasta entonces. Y fue su padre, Archie, la metódica mente que había preparado la sorpresa durante las semanas anteriores.

Sheena rememoró lo especial que había sido. Ella con aquel vestido recién comprado metido en una bolsa de papel, compartiendo un pastel de zanahoria y una gran tetera de té rooibos de caramelo con todos los amigos que había hecho en su trabajo allí y con sus amorosos padres que no cabían en sí. Hinchidos de orgullo.

Charlaron, rieron y comieron durante horas con las persianas bajadas para que nadie los molestase. Incluso habían puesto un par de gornaldas de papel. La chica les había repetido en varias ocasiones que eran unos exagerados pero ellos alegaban que aquel era un día importante. El último día de clase de su pequeña. Pronto encontraría un buen trabajo y se marcharía de casa. En menos de lo que pensaba tendría una pareja y nietos que robasen dulces del *Tea House* mientras los abuelos trabajaban.

Sheena se había carcajeado de aquella posibilidad hasta que le dolieron las costillas. A menudo pensaba que ese tren ya había pasado. Pues con su edad y sin novio a la vista (y ni prisa ninguna) aquella fantasía la veía muy muy lejana.

Una vez llegaron al edificio donde vivían, sus padres se fueron a dormir pero ella se quedó despierta. El autobús hacia Crail partía a la mañana siguiente y Sheena no había preparado aún su maleta.

Metió en ella varios jerseys holgados y sencillos; pantalones vaqueros de distintas tonalidades y formas, algunos rotos y otros con los puños bordados; una blusa roja; varias camisas a cuadros; una falda negra y vaquera hasta la rodilla; dos pijamas calentitos y toda la ropa interior que pudo.

No pensó en meter su vestido azul prusia. Era demasiado elegante para el pueblo de Crail. En cambio, preparó una bolsa de tela con sus pinceles, paletas de acuarelas y pinturas al óleo, láminas de dibujo y algunos libros. *Aprende a dibujar con el lado derecho del cerebro* de Betty Edwards, *Dibujo, el proceso creativo* de Simmons, *Cartas a Theo* de Vincent Van Gogh y algunos tratados como el de Loomis. Cualquiera cosa que la ayudase a escoger un tema para su exposición.

Sheena pensaba en el arduo trabajo de investigación que le quedaba aún por delante cuando se quedó dormida.

5

Le costó despertarse pese a las numerosas alarmas que tenía en su móvil. Una vez fuera de la cama se dio cuenta de que sus padres ya se habían marchado a trabajar. Dejó la maleta en el pasillo y desayunó una vez más en la cocina del pequeño piso. Tostadas con mantequilla, un café cargado y un par de galletas con miel y canela que se le antojaron antes de ponerse en camino. Todavía con el sabor del café en sus labios se dirigió a la estación de autobuses y cogió el primero con destino a la costa, uno de la empresa *Stagecoach*.

Sheena observó, apoyando la cabeza en la ventanilla, la carretera serpenteante y los árboles que la custodiaban. Delante de sus ojos se extendía todo un océano de follaje verde y amarillo que debido a la velocidad del transporte público parecían dos manchas alargadas de pintura. Y por encima de aquello una gran pincelada azul en el horizonte dibujaba la línea del mar. La pelirroja sacó un bloc de dibujo de su mochila y trazó el contorno de aquel paisaje sólo por matar el tiempo. Antes de que se diera cuenta, el autobús frenó y su dibujo quedó destrozado por una gran línea que cruzaba el papel de un lado a otro.

—Primera parada, Anstruther. Segunda parada, Crail —informó el conductor mientras los demás pasajeros comenzaban a levantarse de sus respectivos asientos—. Cuidado con las maletas al bajar, hay un escalón traicionero. El autobús volverá a ponerse en marcha en media hora.

La joven dejó la maleta guardando su asiento y bajó del autobús a paso ligero. Una vez puso un pie en tierra estiró los brazos liberando su espalda de la tensión acumulada. Lo primero que hizo fue entrar en un *fish and chips* cercano con la intención de ir al lavabo. Salió de allí con la vejiga vacía y el estómago salivando de pura gula. En sus manos llevaba una pequeña caja de cartón con pescado frito y patatas crujientes.

Devoró la comida mientras miraba la Isla de May a lo lejos. Eran momentos como aquel los que atesoraba Sheena. *La tranquilidad del mar, el sonido de las olas rompiendo en las rocas, el sabor de una comida deliciosa.* Se dijo que era el mejor *fish and chips* que había probado nunca.

Con tristeza, tuvo que decir adiós a Anstruther y se dirigió de nuevo al autobús. Media hora de descanso no daba para mucho.

De nuevo las ruedas girando.

La joven apoyada en la ventanilla.

La carretera enrollándose como una serpiente.

Un serpiente de asfalto hacia Crail.

Sheena pasó el resto del trayecto pensando en su abuela y en el pueblecito pesquero que se negaba a abandonar. Siempre tenía la sensación de que Aisla esperaba a alguien que nunca llegaba. Se negaba a alejarse de su casa por mucho tiempo. Sólo lo habitual para pasear de vez en cuando haciendo los recados o para bajar al embarcadero a admirar la marea pese a su mirada cansada.

Sheena llegó a Crail al cabo de un rato hastiada de campos amarillos y líneas azules sobre el horizonte. El pueblo seguía tal y como lo recordaba de su último verano allí hacía un par de años. Una sonrisa nerviosa cruzó fugazmente su rostro al pensar que fue ese mismo verano en el que comenzó sus clases universitarias. Ahora que estaba apunto de terminar con su etapa en la Universidad volvía allí para cerrar el círculo.

Que ironía, se dijo mientras cruzaba por delante de la Iglesia de St Mary. Evitó mirar la *Devil's Stone*. De no haberlo sabido, aquella roca no hubiera merecido ni siquiera la molestia de evitar la mirada. Pero aquella no era una roca cualquiera. Había una leyenda en torno a ella que decía que había sido el Diablo quien arrojó una roca a la Tierra y que una de sus mitades había caído sobre Crail. La gente de allí decía que se podía ver incluso la marca del pulgar del Diablo en ella.

Sheena sabía que eran supersticiones e historias. Aún así no le gustaba mirarla. Si acaso podía admirar que hubiese tanta fascinación alrededor de una gran piedra. Eso no podía negarlo. Su profesor la hubiera considerado una obra de arte.

Se plantó frente a la casa de su abuela. Los postigos azules, el tejado rojo y la puerta amarilla le dieron la bienvenida.



Aisla todavía temblaba con la noticia. Sus dedos no habían dejado de sujetar la esquela del periódico. Leyó aquel nombre que había olvidado durante más de cuarenta años. *Peter Callum Dow*. Eso le llevó a pensar en Colin al que no había vuelto a ver desde su juventud. Sin Colin, ni Peter, la joven Aisla se había casado con el bueno de Malcolm. Fue un matrimonio feliz y duradero. En todo el tiempo que vivió Malcolm, Aisla no había vuelto a pensar en ninguno de los otros dos muchachos. Era ahora, en la soledad de la vejez, cuando hacía repaso de su vida y de los hombres buenos y malos que formaron parte de ella.

Peter Callum había sido uno de los malos. Aunque el peor de todos siempre fue Graham Campbell. El farero que la había acogido durante años en su casa la había tratado, desde que tenía memoria, como un adorno o un perro al que apalea. Creía que aquellas viejas cicatrices habían desaparecido pero vio con sorpresa que éstas brotaban débilmente entre los profundos pliegues de su piel.

Había amado a Malcolm hasta el último de sus días pero la herida de un primer amor es difícil de borrar. No importan los años que pasen.

En el primer cajón de su cómoda estaba su álbum de recuerdos. Lo cogió atenazada por la añoranza de los amores perdidos y paseó la vista entre sus páginas. Casi todas las fotografías eran de Malcolm. En ellas se retrataba toda una vida. *Su boda. La llegada de Effie. Sus primeros cumpleaños. Los viajes familiares. Malcolm y la pequeña junto al mar.*

Aisla observó con su deteriorada mirada el pelo rojizo de él y el tono levemente zanahoria del cabello de su hija. Effie había salido igualita a su padre. Pasó las páginas. *Effie embarazada. La boda de Effie. El nacimiento de Sheena. Las tardes de verano en el salón. Muchas navidades en familia.*

En la última página estaba él. Su primer amor. Una fotografía algo descolorida de un joven sentado en una roca, con el faro a su espalda, pillado por sorpresa mientras pintaba. Y aun así tuvo tiempo de sonreír a la cámara.

Ese no era Malcolm, por supuesto, si no Colin.

Aisla rompió a llorar mientras sentía su corazón roto en el pecho. Apenas pudo escuchar el timbre de la casa a pesar de que éste sonaba con insistencia. La anciana se recompuso como pudo y fue a abrir.

Sheena la estaba esperando en el umbral. Abuela y nieta se abrazaron durante largo rato antes de que la joven decidiera entrar y dejar su maleta en el que sería su cuarto los próximos meses. Ambas se sentaron en el borde de la cama.

—¿Cómo estás mi vida?, ¿tienes hambre?, ¿quieres que te prepare algo de comer?

Las preguntas de Aisla eran como un bálsamo para su nieta. Lo que otros hubieran tildado de pesadez a ella le encantaba. Le gustaba sentir el amor de su abuela cerca. Sheena tenía veinticinco años pero con ella siempre se sentía como una niña.

Una Peter Pan.

—Tranquila abuela —le dijo—. He comido por el camino. Ahora lo único que quiero es descansar un poco y empezar con mi trabajo de la Universidad.

Aisla frunció el ceño. Su nieta estaba absorvida por el arte de una manera que le recordó a Colin.

—¿Sobre qué trata? —le preguntó con interés.

Vio que su nieta dudaba mirando de reojo la maleta que había traído. Sin duda estaría llena de libros y pinturas en lugar de ropa.

—La verdad es que no logro encontrar nada que me llame la atención —respondió Sheena con la voz empañada por las dudas.

Su abuela sonrió como si ella supiera siempre más cosas que su nieta. Cosas que sólo podía darle la experiencia, claro.

—Dentro de un par de horas tengo clase de pintura con la asociación de la tercera edad —pronunció Aisla—. Quizá encuentres algo interesante.

La anciana dejó que su nieta descansase y deshaciera su equipaje sin esperar una respuesta. Sheena se quedó allí, sentada

todavía en la cama, viendo como la otra se iba. No sabía que estuviera dando clases de pintura.

Sí... pensó. ¿Porqué no? Algo de arte popular siempre era interesante. Al menos le daría un punto original entre las decenas de exposiciones que, estaba convencida, tratarían sobre la obra de Leonardo Da Vinci ó Picasso. Se levantó decidida a ir a esa reunión de mujeres cuando sintió el crujido del papel bajo su bota. Lo cogió pensando que se le debía de haber caído a su abuela antes de sentarse.

Era el recorte de una esquela fúnebre.

PETER CALLUM DOW

Marzo, 1948 - Junio, 2019



TU FAMILIA NO TE OLVIDARÁ.

*Se celebrará el Memorial en el Pub Lighthouse
de Anstruther este sábado a las 7:00 p.m.*

6

—Sheena, despierta —la voz de Aisla sonó lejana y vaporosa. Como si fuera a romperse en mil pedazos—. Tenemos que irnos ya o llegaremos tarde.

La joven entreabrió los párpados y vio la figura borrosa de la anciana que desaparecía por la puerta del dormitorio. El viaje en autobús la había dejado agotada y aunque había descansado, también había soñado con ángeles de la muerte y y lápidas sin nombre. Sin duda, producto de haber visto aquella esquila antes de quedarse dormida.

La pelirroja sacudió la cabeza como si así pudiera despejar su mente de aquellas ensoñaciones. Se levantó rápidamente y se dio cuenta de que la maleta seguía intacta en su sitio. La cogió pues quería cambiarse de ropa y asearse un poco antes de irse. El jersey que llevaba estaba arrugado debido a la siesta que se había pegado. Aún tenía las marcas de las arrugas del edredón en sus brazos.

Subió la maleta a la cama y deslizó la cremallera con cuidado pues ésta siempre se le resistía.

Sheena no esperaba ver el vestido azul allí dentro. Estaba segura de que lo había dejado en el armario colgando sobre una percha de madera.

Seguro que ha sido cosa de mamá, se dijo mientras sacaba la delicada prenda de allí.

Al coger el vestido, una tarjeta se escurrió de entre sus pliegues. Sheena dejó el vestido en el armario y cogió la tarjeta con curiosidad. Era de cartulina brillante, de colores violetas, rosas y azules. Mostraba un cielo anocheciendo salpicado de estrellas. La abrió y en ella reconoció la letra de Effie.

***Enhorabuena cielo, has conseguido todo lo que te propusiste.
Estamos muy orgullosos de ti. ¡Sigue así, cariño!***

Te quieren, Papá y Mamá.

Sheena sonrió. Su madre debía de haber metido el vestido y la tarjeta esa mañana antes de irse a trabajar mientras ella dormía. Siguió rebuscando en la maleta y sacó un jersey de punto amarillo y unos tejanos claros. Se aseó fugazmente y se cambió de ropa dejando la otra en el cesto de la colada. Después se soltó la coleta que llevaba y su cabello pelirrojo cayó en cascada hasta rozar sus pechos.

Bajó las escaleras de dos en dos mientras su pequeño bolso de cuero daba botes sobre su cadera.

—¡Abuela! —exclamó al llegar al último tramo de las escaleras—. Ya estoy.

Aisla la miró enarcando una ceja y aunque no la reprendió, sus ojos mostraban un deje de reproche.

Y también cansancio. Soledad. Remordimientos. Culpa.

Aun así, la anciana sonrió a su nieta mientras ésta abría la puerta de la casa y le tendía el brazo para ayudarla a bajar el peldaño de la entrada. Anduvieron por las calles de Crail cogidas una a la otra. Respirando aquel característico aroma marino que Sheena había olvidado.

Sin proponérselo, la joven pelirroja cruzó la Iglesia de St Mary dos veces aquel día. Después torcieron a la izquierda y de nuevo a la derecha. Al final de la calle vieron una pequeña casita de piedra blanca que el Ayuntamiento había reformado en su interior para habilitarlo como Centro Cultural y Biblioteca.

Era allí donde Aisla se juntaba cada jueves para aprender a pintar. Nunca se era demasiado mayor para probar cosas diferentes. Atrás había quedado la joven que dibujaba horizontes en el muelle de Anstruther. La había dejado apartada durante toda una vida para cuidar de sí misma y de su familia. Con sus sesenta y nueve años ya era hora de hacer lo que le apeteciera.

La anciana entró primero seguida de Sheena que miraba el lugar con una fascinación infantil. Observó los pósters informativos y la mesa de madera que hacía de recibidor para las visitas. Detrás de ella se alzaban columnas de libros y papeles. A su lado una escalera que daba al piso superior. Las puertas de la casa habían

sido sustituidas por cortinas de diferentes estampados y colores. Sobre cada cortina, colgaba un cartelito con purpurina: *Pilates, biblioteca, costura...* Otros carteles junto a la escalera indicaban que arriba estaba la sala de pintura y la de cine.

—Esto está genial —pronunció Sheena en cuanto terminó de admirar el sitio.

Su abuela le señaló una de aquellas cortinas que acababan en toda una hilera de cuentas de colores.

—Esa de ahí, la hizo mi vecina en el taller de costura. No sé si te acordarás de la señora McAdams. La que hacía galletas cada vez que venías de visita —hizo una pausa en la que Sheena asintió. Claro que se acordaba de aquella adorable mujer—. Murió hace cuatro meses. Cáncer.

A la joven se le encogió el corazón. Pensó entonces en aquella esquila del periódico.

—¿Quién es Peter Callum? —preguntó antes de que pudiera olvidar aquel nombre de nuevo.

Aisla se quedó livida. Su nieta no podía... ella no podía saber nada. Nada de Peter, ni de Colin, ni de Graham. Ella no podía saber quién había sido ese hombre. Sheena no podía descubrir el secreto que guardaba tan celosamente.

El labio de la anciana tembló de ira pero también de miedo. Miedo a que se descubriese la verdad.

—¿Quién..., ¿cómo..., ¿dónde..., dónde has escuchado ese nombre?

A Sheena le sorprendió la reacción de su abuela pero apenas tuvo tiempo de contestar puesto que una mujer bajó las escaleras llamando la atención sobre Aisla.

—Están todas arriba. Ya creíamos que hoy no venías a clase —pronunció aquella extraña mientras bajaba los últimos peldaños.

—Isla —llamó la anciana —, esta es mi nieta Sheena. Sheena, ella es mi profesora.

La mujer se quedó mirándola más tiempo del necesario hasta que ésta comenzó a ponerse nerviosa. Isla miraba a Sheena con una intensidad impropia para una desconocida.

—Encantada —pronunció la pelirroja tendiéndole una mano amable.

La profesora de pintura estrechó su mano contra la de ella y sonrió.

—¿Vienes a la clase? —le preguntó con interés.

—Mi nieta es Historiadora de Arte —presumió la anciana recuperada ya de la impresión anterior—. He pensado que podría ser interesante.

Isla se quedó sin saber que decir echando un último vistazo a la joven.

—Claro, claro. Vamos arriba —hizo una pausa—. Sheena, ¿no? Ayúdame si no te importa. Tengo que subir esas cajas de ahí. Tengo una ayudante, Leslie, pero lleva enferma un par de días.

La joven ayudó a la profesora de arte a subir las cajas. Una vez en el aula, Isla le indicó dónde poner cada cosa. Sheena montó una pequeña mesa. Le puso un mantel encima, una jarra de agua hecha de barro y en ella unas flores violetas y otras azules. Junto a la jarra, una pera verde y otra amarilla ponían el toque frutal al bodegón que las ancianas tenían que pintar.

Eran un grupo de mujeres bastante divertido. Aisla era la pequeña de todas y no dejó de presumir de su nieta a pesar de las protestas de ella. Las demás, animadas por los comentarios de Aisla le hicieron preguntas a Sheena e intentaron emparejarla con alguno de sus nietos alabando sus trabajos y lo guapos que eran.

La joven pasó vergüenza desde el inicio hasta el final de la clase y además no había encontrado la inspiración que buscaba. Las ancianas, aunque escuchaban a Isla con atención, eran unas alumnas revoltosas que a la mínima de cambio dejaban sus pinceles para cotillear entre ellas. La pelirroja se fijó en que a Isla no parecía importarle lo despacio que avanzaban aquellas mujeres. Las clases de pintura estaban pensadas mayormente como una terapia. Un lugar donde las más veteranas de Crail compartieran un buen rato y disipar así la monotonía.

Sheena salió decepcionada de allí aunque le gustó haber conocido a las amigas de su abuela. Se quedaba más tranquila sabiendo que Aisla había encontrado un lugar en el que distraerse de la soledad.

—Sheena, espera —le dijo Isla antes de marcharse—. Mañana por la noche hay una exposición de pintura en el Pub del Pescador.

Quizá encuentres lo que buscas.

La mujer le dió un folleto publicitario que Sheena miró con interés mientras el aula se iba vaciando poco a poco.

—Cobramos una pequeña entrada que destinamos a esta Asociación. Para poder comprar materiales y demás —añadió la profesora.

Sheena la miró con suspicacia. Isla estaba nerviosa. Los ojos castaños de la mujer esquivaban los suyos. La pelirroja la miró bien fijándose por primera vez en cada detalle de ella. *Alta. Esbelta. Cabello moreno y rizado. Ojeras tras un fino maquillaje. Mirada preocupada que trataba de esconder con sus firmes gestos.*

Oculto algo, pensó Sheena. Quizá era sólo una impresión suya pero pensó que aquella mujer guardaba una frágil historia a sus espaldas.

—Gracias —hizo una pausa, intimidada por la mirada fija de Isla que no paraba de observar su rostro y su pelo—. Iré encantada.

7

Isla vio como la joven pelirroja se marchaba de allí con el folleto en la mano. Sabía que había estado intimidante pero aquella joven se parecía tanto a su difunta nuera que la pilló por sorpresa.

Pensó en Bonnie mientras recogía el aula y lavaba en el fregadero las paletas y pinceles que se habían utilizado aquella tarde. El agua del grifo cambiaba de color según los restos de pintura que se hubieran adherido a las cerdas.

Verde. Amarillo. Naranja. Violeta.

Bonnie había muerto tres años atrás pero parecía que hubiera sido el día anterior. Isla recordaba la tragedia con una claridad pasmosa.

La llamaron a las doce de la noche cuando ella ya estaba a punto de salir a buscarlos. Su hijo le había dicho que volverían a por la pequeña Yvaine a las diez y habían pasado dos horas desde entonces. Si hubieran sido otros padres, ella no se hubiera preocupado. Pero se trataba de Yvaine. Bonnie no hubiera llegado ni un minuto más tarde de la hora acordada. Al final había acostado a la pequeña en la cama que tenía siempre preparada para ella por si surgía la necesidad.

Cogió el teléfono y aunque le hablaron de forma clara y concisa, ella no podía entenderlo. No era posible.

"¿Es usted familiar de Moray y Bonnie Graig?" Pausa. Isla recordaba como había contenido el aliento sujetando temblorosamente el teléfono entre sus dedos. Su marido sabía que algo iba mal nada más verla y se acercó para escuchar aquella voz masculina que llegaba lejana en mitad de la tormenta. "Tengo malas noticias. Le llamo desde la cabina de la Guardia Marítima. Hemos rescatado a su hijo pero me temo que no hemos podido hacer nada por la mujer. Vamos a proceder con la búsqueda del cuerpo."

Después de eso Isla dejó de escuchar. Notó que Irving la estrechaba entre sus brazos y ella se dejó acunar como una niña

pequeña y no como una mujer pasado los cuarenta y muchos. Lloró en silencio pues no quería despertar a su nieta. ¿Cómo iba a decirse a Yvaine? Y Moray... su pobre Moray... Había perdido a su esposa.

Lloró y lloró hasta que se quedó vacía.

Isla terminó de recoger el aula en el más absoluto silencio. Después bajó las escaleras y se dirigió a la zona que tenían habilitada como biblioteca. Vio a su marido colocando los últimos libros que se habían leído aquella tarde.

Irving alzó las cejas por encima de sus gafas y miró con perplejidad el reloj de su muñeca.

—¿Ya? Que rápido se ha pasado el tiempo hoy —pronunció en voz alta mientras colocaba un libro en el estante.

Irving se dio cuenta entonces que su mujer estaba alterada. Se preocupó al ver sus ojos abiertos de par en par, la arruga fruncida de su frente, los labios apretados...

—¿Qué te pasa Isla?, ¿qué sucede? —le preguntó yendo hacia ella con rapidez. Le pasó el brazo sobre los hombros—. Parece que has visto un fantasma.

Isla rompió a llorar del mismo modo en que lloró aquella noche de tormenta cuando el mar arrancó a Yvaine de su madre. Lloró porque Irving tenía razón. *Había visto un fantasma.* Aquella muchacha, la nieta de Aisla, era el vivo retrato de Bonnie.

—Oh, Irving —se lamentó la mujer—. Se parecía tanto a Bonnie.

El hombre sostuvo a su esposa mientras ésta se rompía en mil pedazos.

—Sssh, sssh... —la tranquilizó—, todo va a ir bien.

—Pero Moray... —interrumpió ella.

—Moray está bien —Irving habló despacio haciendo una pausa entre sílaba y sílaba.

Moray está bien.



El joven empujaba la silla de ruedas de Yvaine con suma delicadeza. Moray había asumido el rol que Bonnie había desempeñado desde que naciera su hija. Cada mañana levantaba a Yvaine con una sonrisa a pesar de su desánimo. Le masajeaba las articulaciones, desayunaban juntos y después la vestía. A Moray le encantaba ver a su hija debatirse con la mirada mientras él sacaba un conjunto detrás de otro.

—¿Cuál te gusta?, ¿éste o éste? —Moray intentaba que su pequeña se riera y la verdad es que era muy cómico ver al joven, con su barba espesa y sus hombros anchos poniendo los pequeños vestidos sobre él como si fuera a probárselos.

Yvaine amaba a su padre. Le hacía reír y la protegía más que cualquier otra persona en el mundo. Ella no lo sabía pero era su *estrella de la mañana*.

Pasearon por el muelle que cruzaban cada tarde para llegar a casa. Yvaine se quedó mirando el mar con sus pequeños ojitos fijos en el azul de las olas y el rojo de las boyas que oscilaban de un lado a otro.

—Tu mamá está ahí —le dijo Moray a su hija mientras se ponía de cuclillas para colocarse a la altura de la silla—, está cantando con las sirenas. ¿La oyes?, ¿oyes a mamá?

Ambos, en silencio, escucharon entonces el rítmico sonido de las olas e Yvaine sonrió con una sonrisa de oreja a oreja. Miró a su padre con sorpresa.

—Mamá —dijo únicamente.

Él asintió y miró el mar.

—Mamá —contestó reafirmando lo que había dicho su hija.

A él, en cambio, le costaba sonreír. Se incorporó y dejaron el mar atrás mientras éste empujaba la silla de ruedas de la niña.

Moray se sorprendió al ver a su madre esperando en la puerta de su casa pues sabía que ese día impartía el taller de pintura.

—¿Qué haces aquí?, te esperaba mañana para comer —le dijo su hijo nada más verla.

Pese al nerviosismo que había invadido su cuerpo, a Isla se le iluminó el rostro cuando vio a su nieta. Corrió a besarla e inundarla con sus mimos.

—Hola mi pequeña estrella —la saludó—. ¿Te lo has pasado bien con papá?

Yvaine asintió y sonrió y el cielo pareció iluminarse con ella.

—Sí. Mañana —contestó la niña con alegría.

Isla miró a su hijo y en su mirada podía leerse el desconcierto. A menudo entender a Yvaine le suponía todo un reto pero ella se lo tomaba con diversión. Era como jugar a las adivinanzas.

—¿Mañana? —le preguntó ella.

Yvaine la miró con sus brillantes ojos castaños.

—Pintar —pronunció la niña como si eso resolviera todas sus dudas.

—Aaah sí —Isla creía que ya había entendido a su nieta y la verdad es que era muy inteligente.

Recordaba todas las cosas con una memoria prodigiosa.

—Sí, cariño —le dijo—. Mañana hay una exposición de pintura. La gente va a mirar dibujos bonitos y si les gustan pueden comprarlos.

—Papá —llamó entonces Yvaine. Su padre se arrodilló junto a ella del mismo modo en que lo había hecho en el muelle—. Dibujo.

Moray la entendió a la perfección y besó a su hija en la mejilla. Después sacó de la mochilita rosa que colgaba en la silla, un dibujo que había hecho la niña en el cole. Era tan sólo una pequeña cartulina blanca llena de rayas de color rosa y también algunos puntos de naranja. Yvaine aún no sujetaba bien las pinturas y tampoco llegaba nunca a trazar formas. Ni siquiera un cuadrado o un círculo. Se notaba que había habido un intento de escribir su nombre en la esquina inferior derecha. Apenas podía distinguirse un par de letras. Aún así aquel dibujo tenía más valor que cualquiera de los que se fueran a exponer al día siguiente.

—¡Es precioso! —exclamó Isla mientras Moray abría la puerta de la casa—. ¿Es para mí?

Yvaine asintió, feliz por poder ayudar a su abuela. Ella le abrazó de nuevo y mientras hablaba empujó la silla de su estrella al interior de la casa.

—Mañana pondremos tu dibujo con las otras pinturas. ¡Ya verás que va a quedar precioso! —le dijo ella.

Moray cogió a su hija y la levantó, dejándola sobre el sofá. Después le quitó el abrigo mientras la pequeña le ayudaba en lo que podía. Sus pequeñas manitas deslizaron la cremallera aunque no llegaron abajo del todo. Una vez dejaron tranquila a la niña en el sofá con sus libros de cuentos y la televisión puesta, Moray y su madre fueron discretamente a la cocina.

—¿Qué haces aquí realmente? —le preguntó Moray mientras preparaba un sándwich de queso y jamón para la niña.

Isla miró con preocupación a su hijo pero también con la mirada prendida de amor maternal. Su pequeño, su pobre Moray...

—¿Sabes que Aisla tiene una nieta? —le preguntó. No sabía ni por donde empezar.

Él se paró en seco.

—Mamá... —le reprochó.

—Lo sé, cariño —le dijo ella—. Sé que no quieres ni plantearte estar con alguien después de Bonnie pero si la vieras...

—Mamá —le interrumpió éste mientras se apoyaba en la encimera de granito oscuro—. Sé que tienes toda la buena intención del mundo y que lo haces por mi bien pero no quiero estar con nadie. No puedo. Tienes que entenderlo.

—¡Pero si la vieras! —exclamó Isla con disgusto.

—No —su negación fue tajante—. No puedo centrarme en otra cosa que no sea Yvaine.

Isla estaba a punto de perder los nervios. Sentía que su hijo se estaba cerrando en sí mismo. Incapaz de amar y de vivir.

—Pero Yvaine necesita una madre —pronunció ella con dureza.

Sin embargo, no fue tan dura como la mirada que le dedicó su hijo. En sus ojos castaños refulgía la ira. Una ira llena de dolor y tristeza. La ira que proviene de un corazón roto.

—Basta ya, Isla —su voz sonó fría y cortante como el acero. Moray estaba furioso—. Yvaine ya tiene una madre solo que está muerta. No quiero discutir más contigo. Ella es feliz teniéndome a mí y yo soy feliz también. Para ya.

Isla se quedó petrificada mientras Moray pasaba de largo junto a ella con la merienda de la niña en una mano.

—¿Estás seguro de que eres feliz?

La voz de Isla se escuchó a espaldas de él y aunque titubeó, no se dio la vuelta ni le replicó más a su madre. Moray estaba harto de que cuchichearan a sus espaldas y de que el pueblo entero sintiera lástima de él. El joven no estaba seguro de ser feliz pero no le quedaba otra opción que sonreír mientras veía crecer a su hija. Aquello era ya bastante felicidad para él. Debería bastar.

Se sentaron los tres en el sofá y estuvieron un rato en silencio. Un silencio incómodo del que la niña no parecía darse cuenta pues sus risas o escuetos comentarios sobre los dibujos que había puesto en la televisión se alzaban con normalidad por encima de aquella tensión.

—Me voy ya. Tu padre me estará esperando para cenar —pronunció la mujer apartando un cojín estampado e incorporándose del sofá.

—De acuerdo mamá. Ya es tarde —dijo él.

—Tarde —repitió Yvaine mientras levantaba los brazos para que su abuela la abrazase.

Después de que Isla se despidiese de su nieta, Moray la acompañó hasta la entrada.

—Mañana es la exposición de pintura. Si pudieras ayudarme en la organización te lo agradecería —se despidió ella.

Moray suspiró e inconscientemente bajó los hombros que habían estado en tensión toda la tarde. Por muy enfadado que estuviera con su madre por meterse en su vida, sabía que le debía eso y muchísimo más. Ella había sido fundamental durante los primeros meses sin Bonnie.

—Te ayudaré, no te preocupes —le dijo y después le dio un beso en la mejilla—. Nos vemos mañana.

Isla sonrió con amargura mientras se alejaba de la casa. No le gustaba mentir a su hijo pero tenía un pálpito sobre Sheena. Sabía que si se conocían, algo dentro de Moray volvería a abrirse. Ahora tan sólo esperaba que la nieta de Aisla no faltase a su palabra y apareciera por la exposición.

8

—¡Sheena! —llamó la anciana a través de la puerta—. ¿Desde cuando te has vuelto tan tardona?

Aisla estaba de pie en el pasillo queriendo entrar al baño desde hacía rato y sin poder hacerlo porque su nieta se había encerrado dentro.

El vapor de la ducha irradiaba de calor la puerta del lavabo y por sus rendijas se escapaba el vaho que lo humedecía todo. Sheena tenía puesta la música del móvil, pues aunque cantaba como una urraca, le relajaba hacerlo mientras se enjabonaba. Salió de la ducha en mitad de una neblina que le recordó a la bruma que inundaba Edimburgo en las frías mañanas de invierno. Se envolvió en toallas y salió descalza al pasillo donde su abuela la esperaba con impaciencia. Sheena nunca había visto a una anciana correr pero en ese momento Aisla corrió hacia el lavababo sin importarle sus dolores de rodilla.

Sheena no pudo evitar reirse y aunque la mirada de su abuela se suavizó, también le gritó antes de cerrar la puerta.

—¡Y no vayas descalza por la casa!, te vas a resfriar.

—Yo también te quiero, abuela —respondió la joven mientras veía como Aisla desaparecía tras la puerta del baño.

Sheena caminó por el pasillo hasta su cuarto y dejó el teléfono donde aún sonaba la melodía de *Perfect* de Ed Sheeran.

—*Darling you look perfect tonight...* —canturreó mientras abría su armario de par en par.

Sus ojos inevitablemente se cruzaron con el vestido azul pero se dijo que aquella no era la ocasión especial en la que esperaba ponérselo. Escogió, en cambio, la falda negra con un cómodo jersey blanco con lunares oscuros. Recogió su cabello en un moño desordenado y se pintó los labios de un rojo intenso dispuesta a comerse el mundo.

—¡Sheena!, no tengo todo el día —escuchó como su abuela la llamaba a través de la puerta.

Quizá, más que comerse el mundo, sólo le daría un pequeño bocado.

Llegaron al Pub del Pescador resoplando y con las mejillas coloradas. Aun así, no llegaron tarde pues había una gran cola de gente en la puerta del local que avanzaba con lentitud. Sheena le dedicó una mirada de hastío a su abuela y ella fingió no verla. Esperaron pacientemente mientras daban pequeños pasos de tortuga. Después de una espera horrorosa en la calle, llegaron a la puerta y compraron la entrada a una chica menuda con la nariz colorada.

—¿Cómo es que estás aquí pequeña?, ¿no estabas enferma? — se preocupó Aisla por la joven que se ocupaba de los *tickets*.

Conversaron mientras Sheena pagaba lo que costaba cada entrada de la exposición.

—Y estoy enferma —respondió la chica—, pero he trabajado mucho con Isla para llevar acabo esta actividad. Sería una pena perdérmelo.

La anciana se volvió entonces hacia su nieta que guardaba las entradas de recuerdo en el bolsillo de su abrigo.

—Saluda a Leslie, no seas maleducada —le dijo—. Es la ayudante de Isla.

—Encantada —pronunció Sheena mientras estrechaba la mano de la chica—. Menudo gripazo llevas encima, ¿no?.

—Sí, estoy fatal —tosió la chica y se sacó un pañuelo. Sonrió a pesar de su malestar y la brisa fresca que corría por la calle. A Sheena le cayó bien enseguida—. Aisla nos dijo que tenía una nieta interesada en el arte. Si te vas a quedar por aquí podríamos tomar café algún día.

—Me encantaría —respondió Sheena con sinceridad.

—Vamos, me estoy quedando congelada —protestó Aisla—. ¡Hasta luego Leslie!, cuidate pequeña.

La chica ya empezaba a atender a una de las parejas que esperaban en la cola.

—Gracias. Nos vemos dentro —se despidió ella.

Sheena sostuvo la mano de Aisla mientras entraban en el interior del local y se maravilló por el encanto de aquel pub.

Las paredes eran de piedra gris, las pantallas de las lámparas que colgaban estaban hechas con cristales de diferentes colores como una vidriera y sobre el suelo destacaban distintas alfombras con diferentes estampados. No era el lugar típico para una exposición de pintura. Sheena imaginaba una exposición de cuadros en un lugar mucho más amplio, todo blanco y minimalista. Tuvo que reconocer que le gustaba mucho lo intimista del evento. Quizá tenía que darle la razón a sus padres cuando proponían enseñar sus cuadros en el Tea House.

—Acabo de ver a Mervin Matheson —Aisla interrumpió los pensamientos de la joven mientras saludaba desde la distancia a un hombre de mediana edad—. Voy a saludarle, hace tiempo que quería charlar con él. Ahora nos vemos, cariño.

Sheena se quedó sola pero no le importó puesto que su atención estaba centrada en los cuadros. Para tratarse de autores locales, las pinturas eran realmente bellas. Se sorprendió gratamente mientras su vista se recreaba en los contrastes de colores, las luces y sombras, el uso de las percepciones...

Se paró frente a un marco diminuto en comparación con las otras muestras de arte. Éste mostraba una hoja de papel DIN A4 garabateada con crayones.

"Yvaine Craig. Ocho años. Sin título.", leyó la joven con una sonrisa al imaginar a aquella niña pequeña.



Moray Craig no había faltado a su palabra y había ayudado a su madre en la organización del evento. Había dejado a su hija con Irving y cogido su camioneta para transportar los cuadros en la parte de atrás desde el Centro dónde Isla impartía sus clases hasta el Pub del Pescador. Una vez allí, él y Mervin, el dueño del local, se habían puesto codo con codo a trabajar. Viendo el resultado, les había ido bastante bien.

El joven se sorprendió al ver la cantidad de gente que había acudido pero se sorprendió aún más al ver el dibujo de su hija expuesto con las demás obras. Su madre tampoco era de las que

fallaban en sus promesas. Moray se fijó enseguida en la chica pelirroja que miraba su dibujo con una sonrisa en el rostro.

Era preciosa y por un segundo su cabeza le jugó una mala pasada. Era inevitable que su mente pensase en Bonnie. En su sonrisa, en el perfume que apenas podía ya recordar, en el tacto de sus dedos enredados en aquel cabello de fuego cada vez que la besaba. Moray no fue consciente de que había caminado hacia la desconocida hasta que no estuvo justo a su lado. De cerca, era aún más hermosa. La chica tenía unos profundos ojos azules enmarcados por unas espesas pestañas. Su nariz era respingona y graciosa, sus labios gruesos y deseables, sus pecas dibujaban constelaciones en una piel de apariencia suave...

—Hola —le saludó ella.

Moray se puso nervioso de una forma tan absurda como hacía tiempo no le pasaba.

—Este dibujo es de mi hija —soltó antes de presentarse siquiera. *¿En qué diablos estás pensando Moray?*—, soy Moray Craig.

Sheena miró al atractivo extraño que estaba a su lado. Le tendió una mano del mismo modo en que se había presentado a Leslie en la entrada.

—Me llamo Sheena.

—Sheena... —murmuró él—. Bonito nombre.

—Bonito dibujo —imitó ella—, dale la enhorabuena a la artista de mi parte.

—Lo haré.

Un vez estuvo todo dicho, un silencio incómodo se adueñó de ellos. Aun así no se separaron ni un centímetro. Fue como si no hubiera nadie allí salvo ellos dos. Sheena había leído novelas de ficción en las que sucedía un amor a primera vista y ella siempre se había reído de eso. *¿Cómo puede alguien enamorarse de una persona nada más verse? ¡Era del todo inverosímil!* Y aunque no podía decir que estaba enamorada, sí había sentido un extraño cosquilleo al ver a aquel desconocido de pie junto a ella. Quizá por eso se había atrevido a saludarle cuando no lo hubiera hecho de ser otra persona.

—Se está creando mucha expectación en aquella parte —le dijo al chico señalando el corrillo de curiosos que se había formado en

torno a uno de los cuadros—. ¿Quieres ir a mirar?

Moray asintió sin saber muy bien porqué lo estaba haciendo y acompañó a aquella chica hasta el cuadro que acaparaba toda la atención de la sala.

Se trataba de un retrato en tonos aguamarina de una joven tan hermosa y melancólica que era imposible apartar la mirada de ella.



Colin McNeil. 1968.

Título: *La sirena*.

Óleo sobre lienzo. Modelo desconocida.

A Sheena le sobrecogió tanto que hasta el vello de sus brazos se le erizó. La mujer del cuadro emulaba, como bien decía el título, a un sirena. Parecía que su cuerpo semidesnudo rodeado por las olas estuviera formado por espuma de mar. Pinceladas turquesas se entremezclaban con los colores esmeraldas y blancos del agua salada. Sus delicados brazos se rodeaban a sí misma con fascinante sensibilidad como si la modelo desconocida guardase un secreto. Como si guardase también su corazón. Su rostro ovalado miraba con inocencia al pintor pero también con lo que parecía ser anhelo. Su cabello se fundía con el oleaje y el efecto del conjunto era tan bello e hipnótico como mágico.

Sheena supo en aquel momento que ya tenía tema para su Tesis en *Historia del Arte*. Escribiría sobre Colin McNeil, el autor, e investigaría acerca de la identidad de aquella mujer que había traspasado su alma. Ensimismada como estaba en aquella pintura, Sheena no se dio cuenta de que a su abuela le costaba respirar.

La anciana se había abierto paso entre Moray y su nieta temblando de arriba abajo. Si hubiera tenido el corazón más débil, estaba segura de que se hubiera caído redonda al suelo debido a la impresión. Aisla no podía creerse que después de tanto tiempo, se estuviera viendo a sí misma. Recordaba aquel día como si hubiera sido ayer y cómo aquel cuadro la había perseguido desde entonces. Pensó en Colin y su corazón, pese a sus sesenta y nueve años, se rompió en mil pedazos al recordarle.

9

1968.

Muelle de Anstruther.

Habían pasado cuatro años desde que Aisla conociera a Colin en el muelle de Anstruther y desde entonces aquel lugar había sido especial para ambos. Allí, entre la brisa del mar, la arena y las rocas, charlaban de sus sueños, de sus esperanzas y de su futuro. Conversaban acerca de amores, de anécdotas, de leyendas y chismes. Allí compartieron sus meriendas para después probar sus besos que sabían siempre a fruta dulce en almíbar. Era aquel mágico lugar donde habían conocido el primer amor.

Aisla, que siempre se había sentido algo abandonada encontró en los brazos de Colin su hogar.

—¿Estás bien?, ¿tienes frío?

La joven miró al chico que se había sentado junto a ella en las rocas y ahora la abrazaba transmitiéndole su dulzura y calidez. Aisla no había dejado en todo ese tiempo de mirar el horizonte con aire soñador.

—Nos vamos a ir de aquí —dijo como si estuviera viendo el futuro en las nubes. Ella fugándose con Colin lejos del faro y la familia que la había acogido. Aisla no quería ser una desagradecida pero a menudo pensaba que hubiera sido mejor hundirse en el mar.

Colin vio en los ojos de la chica aquel deseo y no pudo evitar contagiarse con esa ensoñación. Se irían a Londres. El muchacho había escuchado que allí había un barrio exclusivamente para artistas. Allí en *Camden Town* encontraría a alguien interesado en sus obras y sería cuestión de tiempo que sus pinturas se hicieran mundialmente famosas. Entonces viajaría por todo el mundo, recorriendo galerías de arte del brazo de una feliz y exultante Aisla McNeil a la que habría pedido matrimonio y convertido en esposa.

—¿Colin?

Aisla le había cogido la mano con dulzura y su risa franca se mezcló con el sonido de las olas. El muchacho se quedó embobado

viendo aquel rostro de sirena que lo había hechizado desde el mismo momento en que la vio.

—Perdona Aisla, estaba distraído —respondió él una vez la joven hubo parado de reír.

—¿En qué pensabas? —preguntó ella con curiosidad mientras apoyaba la cabeza en su hombro.

Para Aisla no había lugar más confortable que ese. Aspiró el aroma del chico y sonrió sintiendo la tranquilidad en cada fibra de su cuerpo. La joven había leído en sus libros que el amor es tormentoso, llega y devasta. No comes, no duermes, sólo piensas en él y en esas mariposas en el estómago. Ella sabía que eso sólo era verdad en parte pues al conocer a Colin lo que había sentido era una calma absoluta. La clase de calma que llega al conocer a tu amor verdadero. Al saber que estás junto a la persona correcta.

Colin abrazó con fuerza a la muchacha y ésta elevó la cabeza para darle un tierno beso en la mejilla. Ambos se sonrojaron pero ninguno dijo nada.

—Pensaba en ti —le dijo él.

—¡Mentiroso! —se burló Aisla apartando al joven de ella con un mohín.

Colin se rió y la estrechó entre sus brazos con más amor si acaso eso era posible.

—Es enserio, Aisla. Pensaba en ti, en nosotros...

—Colin —interrumpió la joven. Atrás había dejado las risas y ahora miraba con gravedad al chico—. Sabes que no podemos dejar que nos vean juntos. Mi tío enloquecería si se enterase de que tengo novio.

Una fugaz sonrisa cruzó el rostro del chico. Estaba tan feliz que apenas cabía en su pecho aquel sentimiento. *Novio...* repitió en su cabeza. Hasta ese momento ninguno de los dos había pronunciado la palabra tabú.

—¿Así que soy tu novio? —preguntó con suficiencia y con el rostro encendido.

Aisla, por su parte, se tapó la cara con las manos, avergonzada.

—Mírame Aisla. Nunca vuelvas a taparte así. Eres preciosa, ¿me oyes? —soltó Colin—. Y no solo preciosa por fuera. Eres inteligente, divertida, tienes un corazón más grande incluso que este mar y no

he conocido persona más fuerte y alegre que tú. Te quiero Aisla Campbell. Con toda mi alma. Ojalá pudieras verte como yo lo hago.

Aisla contuvo las lágrimas. Nadie le había confesado un amor tan puro y sincero como ese. Nadie la había hecho sentir así de única. Así de querida.

—Hazlo —pronunció ella con convicción y anhelo—, haz que me vea a través de tus ojos. Píntame Colin.

El chico se quedó petrificado. Siempre había deseado pintarla más allá de los simples bocetos que de vez en cuando hacía a escondidas cuando ella no miraba. Quería pintarla tal y como la veía, como una sirena. Desnuda. Franca. Sensual.

—Aisla... —Colin contuvo el aliento mirándola a los ojos—, ... no sé si deberías. Sabes que un retrato cualquiera no te haría justicia. Si me pides que te pinte tal y como me gustaría, yo...

Ella silenció sus palabras al robarle un beso y Colin se relajó de inmediato mientras respondía a aquel beso con todo su fuego.

—Sé lo que va a pasar, Colin —dijo ella—. Estoy preparada.

Aisla perdió la virginidad aquel día con el mar como testigo. Fue algo mágico e inolvidable. Colin tenía una barba fina que le hacía cosquillas en la piel y el sexo fue tan agradable como tomar una taza de chocolate caliente junto a la chimenea en un día de invierno. A pesar de los miedos, del nerviosismo y de los rumores que decían que dolía tanto como para hacerte gritar, Aisla sólo gritó de placer. Ambos exploraron sus cuerpos, abrieron sus corazones y se enamoraron de las sensaciones que el otro transmitía. Una vez satisfechos y pletóricos, Colin fue a buscar su material de pintura y ella posó a orillas de la playa con el agua mojándole las plantas de los pies.

Aisla se sintió tan feliz que le costó un rato reaccionar cuando apareció su tío con el rostro desencajado. Graham Campbell no acostumbraba a pisar la playa pero aquel día en el pub le llegaron rumores. Rumores sobre su falsa sobrina, la chiquilla que se había enredado con aquel muerto de hambre de Colin McNeil.

Aunque el muchacho trató de defender a la joven, el hombre medía el doble que él y también pesaba el doble que él. Graham le rompió la nariz al chico mientras Aisla chillaba de terror al ver al

muchacho indefenso ante la furia de aquel borracho. Colin se levantó de la arena todas las veces que pudo pero al final perdió la consciencia.

Cuando despertó, Aisla no estaba. En su lugar tan sólo quedó su retrato inacabado.

2019.

Crail. Escocia.

Sheena miraba absorta la foto del móvil que le había hecho al cuadro de la sirena en la exposición. En los días posteriores había intentado buscar información sobre el pintor, Colin McNeil, pero su búsqueda había sido en vano. Se quedó mirando el portátil, forzando la vista, como si por hacer eso mágicamente fuera a encontrar lo que buscaba. Al cabo de un rato, tan sólo encontró una cita en un libro de pintura con temática mitológica publicado a mediados de los años setenta.

"La sirena de McNeil emula la sensualidad y el romanticismo como si se tratase de una obra perteneciente al movimiento prerrafaelista. Sin embargo, en lugar de paisajes recargados encontramos el color azul prusia predominante en segundo plano con trazos que simulan de manera sencilla la marea. Bien podría pertenecer esta pintura a un pasaje de cuentos de hadas de los Hermanos Grimm. Una ópera prima con elementos fantásticos que contrasta con el resto de sus obras como Támesis a Medianoche y Delirio."

Sheena buscó enseguida imágenes de sus otras obras y apuntó en su cuaderno de notas aquella referencia además del título del libro dónde la había encontrado. Tuvo que reconocer que aquella cita tenía toda la razón. Después de *La sirena*, Colin McNeil no había vuelto a pintar retratos y su estilo cambió sutilmente. Colores más apagados, trazos menos apasionados pero más técnicos... parecía que hubiera perdido parte de su fuerza.

Miró las fechas y se dió cuenta de que hubo un gran parón de años entre su primera obra y la segunda. Casi de diez años de diferencia. Aquello sin duda desconcertó a Sheena.

¿Que te pasó Colin? ¿Porqué tardaste tanto en volver a pintar?, se preguntó.

Una idea loca cruzó su mente mientras calculaba mentalmente la edad que podría tener el pintor. Tan sólo tenía un par de años más que su abuela, con suerte todavía seguía con vida. *¿Qué mejor que un trabajo de investigación en el que se incluía una entrevista con el pintor de verdad?* La joven entró en redes sociales y tras intentarlo un par de veces sin resultados, abandonó. Colin McNeil era demasiado anciano para tener una red social que se centraba en su mayoría en compartir imágenes de gatitos, *fake news* y *memes*.

Salió de la habitación y buscó a su abuela que estaba en ese momento en el salón leyendo una revista de recetas que nunca llegaría a hacer.

—¿Qué pasa, Sheena? —preguntó Aisla levantando la vista de su recetario.

La chica se sentó en el reposabrazos del sillón y se cruzó de piernas.

—¿Todavía se siguen repartiendo las guías telefónicas? —preguntó Sheena con interés.

La anciana miró a su nieta con verdadera sorpresa.

—¿A qué viene esa pregunta?

Su nieta dudó. Pudo verlo en sus ojos.

—He empezado ya con mi Tesis y quería encontrar al autor de un cuadro. Quizá pueda hablar con él —explicó ella con el rostro lleno de dudas—. No sé, puede que sea una pérdida de tiempo.

—Nada de lo que tú hagas, mi niña, es una pérdida de tiempo. Creo que tengo una guía telefónica calzando la mesa de la cocina. Ahora vuelvo —le dijo a su nieta.

Al cabo de un momento regresó con un grueso libro blanco. Sheena lo cogió y se subió de nuevo a su cuarto con aquella guía deformada por el tiempo que había pasado bajo el peso de una pata de madera. Apartó el ordenador de su mesa y colocó el pesado libro en su lugar. Buscó la M y a partir de ahí le esperaron horas y horas de observar nombres y direcciones. Su vista estaba ya cansada cuando vio *McNeil, Colin. Victoria Street, 16, Edimburgo*. Saltó de la silla y hubiera bailado de alegría si no hubiera tenido todo el cuerpo entumecido debido a las horas sentada en aquella silla de escritorio.

Cogió su bolso, las escuetas notas sobre McNeil, dinero y el papel donde acaba de apuntar la dirección de Edimburgo. Era temprano, con suerte podría ir y venir en el mismo día si se daba prisa. Bajó corriendo las escaleras y entró apresuradamente de nuevo en el salón.

Aisla dio un respingo al ver a su nieta con las mejillas coloradas yendo rápidamente hacia ella para darle un beso.

—¡Abuela eres genial!, ¡me has ayudado mucho! —exclamó su nieta marchándose lejos, hacia la puerta.

La anciana no entendía nada.

—Pero hija, ¿a dónde vas? —le preguntó dejando su libro de nuevo sobre la mesa. La joven se despidió con la mano, emocionada.

—Vuelvo esta noche —le dijo. Pero ni una palabra más. Ni una explicación.

Aisla, que no era tonta, supuso que todo se debía al trabajo que su nieta tenía que hacer para la Universidad. *Pero al menos podía haberse parado un segundo.* De haber sabido que iba a buscar al pintor en Edimburgo, le habría dicho que no había servicio de autobuses los domingos.



Shenna esperó. Esperó hasta que sus orejas comenzaron a ponerse coloradas debido al frío. Se cobijó el mentón con el pañuelo que llevaba al cuello y siguió esperando mientras iba creciendo su ansiedad.

Moray iba conduciendo su camioneta cuando vio a la pelirroja sentada en la parada del autobús. *¿Acaso no sabía que no salían autobuses los domingos?* Ralentizó la marcha y frenó a pocos metros de ella. Al ver que ésta seguía mirando sus pies y ni se inmutaba, tocó la bocina.

La joven dio un respingo y se rió al darse cuenta de que tan sólo era la bocina de un vehículo. Aquello hizo que el corazón de Moray se enterneciera.

"Moray estás loco, vete. ¿Qué se te ha perdido aquí? Tendrías que haber seguido conduciendo."

Sin embargo, en lugar de seguir su marcha, bajó la ventanilla de su vieja camioneta y sacó el codo.

—Sheena, ¿verdad? —ella asintió mientras se levantaba del banco y se acercaba unos pasos a aquel Chevrolet rojo y algo oxidado de los ochenta que conducía él—. ¿Qué haces ahí?, ¿No sabes que hoy no pasa ningún autobús?. Si sigues esperando te quedarás congelada.

A Sheena se le cayó el mundo a los pies. ¿Cómo que no pasaba ningún autobús? ¿Y ahora que hacía? Había quedado como una tonta. No quería volver a casa de su abuela y sentarse en el escritorio de su cuarto con las manos vacías.

Joder... se lamentó, Aisla podía haberme avisado.

—¿Estás bien? —preguntó Moray—. Te has quedado sin habla.

—Perdona —se disculpó Sheena—, eres... Moray ¿cierto?. El chico de la exposición de pintura.

La pelirroja miró fijamente a Moray. Por supuesto que se acordaba de su nombre pero ya que él había titubeado con ella, no quería hacerle creer que la había encandilado.

—El mismo —respondió él con una gran sonrisa.

—Pensarás que soy una estúpida. Te habrás reído bien al verme aquí sentada —se lamentó—. Me iba a Edimburgo, necesito ir con urgencia.

Aquella explicación alertó a Moray. ¿Qué tenía que hacer la joven con urgencia en Edimburgo? ¿Había quedado con su novio? De todas formas... ¿Qué le importaba a él que aquella chica tuviese novio?

—Pues vas a tener que esperar hasta mañana —le indicó Moray—. Sube. Te llevo a casa.

"No. No. No." pensó Moray mientras conducía. "*¿Cómo he podido dejarme embaucar por esta chica?*".

Miró de reojo a Sheena que parecía haberse quedado dormida en el asiento del copiloto con la cabeza apoyada en la ventanilla. El chico bajó el volumen de la música por si acaso y esperó a que el semáforo se pusiera en verde para continuar. Si no hubiera estado tan sumido en sus propias preocupaciones, Moray incluso hubiera disfrutado aquel viaje *express* a Edimburgo. Sin embargo, no podía dejar de pensar en su hija. Seguro que estaba enfadada. Había dejado a Yvaine en la Iglesia de St Mary aquella mañana como hacía cada domingo. Desde hacía un año, en Crail, unos jóvenes voluntarios habían tomado la iniciativa de formar un club de ocio para jóvenes discapacitados. Todos los domingos los voluntarios se reunían en la puerta de St Mary y se llevaban a los niños al puerto, a merendar... incluso una vez los llevaron de excursión al museo naval. Y los días que no hacía buen tiempo, siempre podían quedarse en una de las salas de la Iglesia que habían habilitado para ellos, pintando, jugando o viendo una película. Moray había avisado a su madre para que recogiera a Yvaine y la cuidase mientras tanto.

Se lamentó de no tener ningún tipo de ayuda por parte de la familia de Bonnie. Sus suegros quisieron que su hija abortase y culpaban a Moray de todas sus desgracias. Lo culpaban, sobre todo, de la muerte de su hija. A menudo, él le daba la razón a sus suegros. Si no hubiera sido por él, Bonnie seguiría viva. Si no fuera por él, Bonnie nunca hubiera puesto un pie en el barco aquella noche. Por ello Moray no había vuelto a navegar. Le producía demasiado dolor e Yvaine lo necesitaba en casa.

Sobrevivían a base de una paga del Gobierno y de lo poco que Moray hacía en su taller. Se le daba bien trabajar con las manos y con cualquier material, ya fuese madera o acero. Normalmente, eran sus viejos compañeros en el barco pesquero los mismos que le

daban faena. Pequeñas reparaciones de poleas, soldar diminutas piezas de mecánica e incluso reparar las tallas de madera.

El corazón casi se le sale del pecho. El pitido furioso del vehículo que tenía parado tras de sí lo despertó de su letargo. El semáforo estaba en verde.

— *A quinientos metros gire a la derecha.*

Moray siguió la indicación del navegador de su teléfono sin darse cuenta de que el vociferazo del otro conductor había despertado también a Sheena de su letargo.

La pelirroja enseguida se dio cuenta de que Moray no sabía que estaba despierta pues su vista estaba clavada en lo que tenía delante, concentrado en el tráfico. La joven pudo mirarle sin temor a ser sorprendida y algo dentro de ella se agitó.

La camisa de franela a cuadros rojos que olía a jabón.

Sus manos grandes y con cicatrices que aferraban el volante.

Su barba oscura y espesa que enmarcaba un rostro varonil y atractivo.

La nariz recta.

Sus pestañas también espesas.

Sheena evitó deliberadamente mirar los labios de Moray pues sabía que por su mente cruzarían entonces imágenes de él, besándola.

"La cosa está así," se dijo Sheena. "Has pagado al chico para que te lleve a Edimburgo a visitar a una persona que no conoces. Esto es un trabajo para él, nada más. Fuera. Fuera imaginaciones extrañas."

—¿Ya te has despertado?

La voz grave de él interrumpió su diálogo interno.

—Perdona, no era mi intención dormirme. Te habré parecido una aburrida —le respondió con una sonrisa.

—Deja de lamentarte por todo, Sheena —pronunció él.

La sonrisa de la chica se congeló en sus labios y Moray deseó haber sido mudo. Siempre metía la pata y sabía que a ojos de ella había parecido un grosero. Pese a su magnetismo, nunca había sabido hablar con una chica cuando ésta le gustaba.

No. Se dijo. ¿Significa eso que me gusta Sheena?

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

Moray la miró fugazmente por el rabillo del ojo. Su corazón se enterneció. Sheena se parecía muchísimo a Bonnie. Hacía tiempo desde que una chica bonita y pelirroja le había hecho esa misma pregunta. *Dios, estaba enfermo.*

—Hemos llegado —esquivó su pregunta—. Era aquí, ¿no? *Victoria Street*, número dieciséis.



Era un salón sumamente acogedor. Botes de mermelada y yogur reutilizados para contener pinteles y pigmentos puros estaban dispersos por toda la sala. El olor de la frambuesa intentaba cubrir sin éxito alguno el desagradable tufo a disolvente. A Sheena no le importaba, su nariz estaba acostumbrada a aquellos aromas que se daban lugar en cualquier estudio de pintura. Extrañamente, se sintió como en casa.

Andrea, la trabajadora social del señor McNeal, era quien les había recibido en la puerta. Era una joven española, menuda, como un pequeño *hobbit* que siempre andaba sonriendo. La primera vez que pisó Edimburgo lo hizo con una beca *Erasmus* y desde entonces había sabido que su hogar estaba allí: entre sus colinas, el espesor de sus parques y la Historia que impregnaba cada edificación. Desde que terminase su carrera hacía ocho años, trabajaba para que los más ancianos de la ciudad no estuvieran solos. La soledad que había visto en aquellas casas donde sus moradores se abandonaban día tras día no se la deseaba a nadie. Viejos que convivían entre basura, que no tenían a nadie que los ayudase si algo les pasaba, incapaces de hacerse una comida caliente en condiciones, con la despensa llena de conservas y el corazón plagado de nostalgia. Nadie merecía terminar sus días en esas condiciones. Olvidados. No dudó, por todo ello, en dejar pasar a los dos chicos que querían hablar con Colin McNeal.

—¿Os apetece un té? —preguntó Andrea—. Colin vendrá enseguida, suele pasear un rato con su perra a esta hora. Es de las pocas distracciones que le quedan.

Sheena asintió al mismo tiempo que Moray. La trabajadora los dejó a solas mientras preparaba la tetera. La pelirroja, por su parte,

comenzó a sacar sus notas del bolso y mordió el bolígrafo mientras se arreglaba el pelo con las dos manos. Al verla, Moray se rió.

—Te he dicho que podías esperar en la camioneta —le soltó ella algo irritada al ver su sonrisa de burla.

Moray fingió estar indignado.

—¿Qué pasa?, ¿te pongo nerviosa?

Sheena lo fulminó con la mirada rezando porque su rostro no la delatase. No quería tener que admitir que sí, Moray la ponía nerviosa.

El sonido de unos ladridos en la puerta provocó que ambos se pusieran alerta. Ese debía de ser el pintor que regresaba a casa tras el paseo. Sheena comenzó entonces a sentirse insegura y todo su cuerpo respondió a aquel nerviosismo.

Tenía ganas de vomitar.

Moray le cogió de la mano. Fue un simple gesto, sincero, sin romanticismo alguno ni dobles intenciones.

—Todo va a salir bien —le susurró él al oído—. Confía más en ti.

Aquello la calmó y para cuando la perra de McNeil se abalanzó hacia ella, el nudo que sentía en el estómago ya se había disipado por completo.

—Ey, preciosa. Encantada de conocerte a ti también —saludó a la perra mientras ésta, loca de alegría, movía el rabo de un lado a otro e intentaba subirse con ella al sofá. Era un Golden Retriever adorable.

—¡Janis! —protestó su dueño mientras Andrea entraba al salón con el té y unas galletas caramelizadas.

La perra hizo caso omiso y fue a enredarse entre las piernas de la trabajadora social.

—¿Qué es todo esto, Andrea?

Colin vio su salón invadido por extraños e iba a protestar cuando su mirada se cruzó con la de ella. *Aisla...* Sus ojos azules eran iguales a los de Aisla. Se tambaleó debido a la impresión. Tuvo que apoyarse disimuladamente en el sofá. Por supuesto, no podía ser ella y aun así algo en su interior se rompió. Su alma se quebró en mil fragmentos frente a la inmensidad azul de aquella mirada. Su corazón no podía romperse pues ya se había roto mucho antes. El día en que la perdió.

Temblando, tomó asiento mientras Andrea le explicaba que los jóvenes habían ido allí por él, para hacerle unas preguntas. La chica, Sheena, estaba a punto de graduarse en *Historia del Arte* y había decidido hacer su *Tesis* sobre él.

Menuda pérdida de tiempo chiquilla, pensó Colin.

Él no era una gran figura conocida en el Arte. Es cierto que cuando embarcó en Londres pensaba serlo pero nada más lejos de la realidad. Colin había huído de Anstruther con el corazón roto en Enero de 1969, justo el día de Año Nuevo. Desde entonces, su pinturas estaban tan muertas como él y nunca volvió a retratar a nadie. Pues, *¿después de haber visto el sol quién querría volver a las sombras?* Era como aquel mito de Platón, el de la caverna, después de vislumbrar el sol no había vuelta atrás. Y él había retratado la luz del astro rey en el rostro de sirena de Aisla Campbell. Nunca, nunca, nadie había estado a su altura. En Londres, en Francia, en España, en Ámsterdam, fueron muchas las mujeres que intentaron convecerle pero Colin sólo tuvo una modelo en toda su vida de igual modo que sólo tuvo un amor.

El anciano contestó a todas las preguntas de aquella estudiante. Conversaron durante horas de sus influencias, sus técnicas, sus tratados y pintores favoritos, su recorrido por las pequeñas galerías del mundo, su etapa pintando en la calle. Lo duro que fue especialmente dejar a las personas que quería atrás aquel día de Enero tan sólo con unos cuantos pinceles en la maleta.

12

1968

Anstruther.

Diciembre había llegado rápidamente y la Navidad estaba a la vuelta de la esquina. Sin embargo, pese a que estaban cerca las alegres fiestas, aquellos primeros días del mes fueron lúgubres, en especial para Aisla. Su tía Rosslyn acababa de morir y su primo Dave se había casado por fin con Anne Sinclair. La joven se había quedado desprotegida en aquel faro con la bestia de Graham Campbell rondándola día y noche.

Aisla había leído desde su infancia cuentos de hadas, de sirenas y brujas pero no pensó en vivir una de aquellas historias. Se sentía atemorizada y encerrada como *Rapunzel*. Su torre era la Isla de May. Pensó, entonces, que aquellos cuentos estaban demasiado dulcorados y dirigidos erróneamente a los niños pues a buen seguro aquellos libros tenían que esconder pasajes oscuros. La joven, seguía haciendo recados en el pueblo de Anstruther pero ahora que su tía había fallecido tenía que asumir toda su carga como mujer de la casa. Le hacía el desayuno a su tío, le lavaba la ropa, remendaba sus calcetines, limpiaba los muebles y soportaba el hedor a alcohol que emanaba el cuerpo de Graham cuando llegaba a casa. Apenas tenía tiempo para leer o dibujar y mucho menos para estar con Colin.

El estómago comenzó a dolerle en cuanto pensó en el chico. Recordó la paliza que su tío le había dado meses atrás al descubrirla semidesnuda en la playa posando para la pintura de él. Recordó con dolor como su cuerpo se había llenado de cardenales violetas y amarillos. Pero sobre todo, nunca podría olvidar la huella de la bota que aquel hombre marcó en su vientre. Aquellas patadas sin piedad que la dejaron al borde de la muerte.

Sin querer, su mano acarició su barriga y siguió andando por el muelle hasta llegar al ultramarinos que ahora pertenecía a su primo.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días, prima —le devolvió el saludo Dave.

Desde que el chico había abandonado el nido y a pesar de la muerte de tía Rosslyn, se le notaba más alegre, más vivo. Aisla se percató entonces de lo mucho que había sufrido su primo también. Graham era una persona deleznable que no sólo se había cebado con las mujeres de su entorno si no que había hecho sentir a su hijo como un inútil gracias a sus constantes faltas de respeto.

Dave Campbell no podía negar que estaba resplandeciente desde el mismo día de su boda con Anne. Nunca había estado tan feliz y se compadeció de la imagen que daba Aisla. La muchacha había perdido parte del brillo que la caracterizaba, su cabello lacio caía en una larga trenza sobre su espalda y aunque había intentado ocultarlo con algo de maquillaje, se le vislumbraban dos grandes ojeras púrpuras bajo los ojos. Su mirada así como su alma parecía cansada. Dave no quería ni imaginar lo que estaría sufriendo su prima allí en la isla sola con su padre.

—Anne ha hecho pan casero. Llévate unas cuantas hogazas —le dijo a la chica—. Es mucho mejor que toda esa porquería industrial y se conserva mejor.

—Gracias, Dave —murmuró ella echando el pan en su bolsa de tela.

Una ráfaga de viento le despeinó la trenza y Aisla, al ver quién entraba por la puerta, se escondió rápidamente entre las estanterías de conservas. Peter Callum entró fumándose un cigarrillo que apagó con su bota al llegar al mostrador.

—¿Y tu prima, Dave? —le preguntó mirando de reojo el lugar donde estaba Aisla sin llegar a verla.

La joven sintió que se le cortaba la respiración.

Dave le miró con cara de pocos amigos. Peter no era un buen tío. Antes, cuando él trabajaba con su padre en el mantenimiento del faro, lo veía codo con codo con Graham. Como charlaban y se reían como si estuvieran cortados por el mismo patrón.

—¿Quieres otro puñetazo? —escupió con rabia el primo de Aisla.

Hacía algún tiempo, una de las veces que Anne se había ofrecido a llevarle el almuerzo al trabajo — siendo novios todavía —Peter había intentado algo con ella de muy malas formas. Cuando se

enteró, Dave le pegó tal puñetazo que Peter acabó en el suelo. Fue una de las pocas veces que su padre estuvo orgulloso de él.

Actúa como un hombre, le reprochaba siempre Graham.

Peter robó delante de sus narices un paquete de tabaco y se marchó con los amigos que esperaban en la puerta desafiándole con la mirada.

Pasaron unos segundos en silencio.

—Ya puedes salir, Aisla.

Pero la joven, temblando de arriba abajo, permaneció paralizada.



—Tengo que volver antes de que anochezca.

Aisla se deshizo de los abrazos del pelirrojo. Estaban en casa de él, tumbados en el sofá escuchando un vinilo de *The Animals*. Colin volvió a estrecharla entre sus brazos, recorriendo su cuerpo con besos y caricias.

La amaba. Todo era poco para él.

La joven volvió a insistir en que tenía que marcharse pero Colin empezó una guerra de cosquillas que acabó con su sirena atrapa en la red.

—No te vayas... —le suplicó él.

No hizo falta que volviera a repetirlo. Aisla se quedó un rato más a sabiendas de lo que la esperaba a su vuelta. Horas más tarde, una vez en la isla, la joven pudo ver que algo iba mal pues en el muelle había una embarcación que no conocía. Creía saber lo que la esperaba en casa pero se sorprendió para mal al ver a Peter sentado en el salón conversando seriamente con su tío.

—Esa mocosa sólo me ha dado disgustos. Estaré más que encantado de que se vaya contigo —escuchó como Graham le decía al chico.

La joven los interrumpió al entrar en la habitación. Ninguno le explicó nada. Los hombres se levantaron, se estrecharon la mano y Peter pasó por su lado no si antes dedicarle un mirada de pura lascivia y una sonrisa socarrona. Una vez a solas, Aisla pidió explicaciones a su tío.

—¿Qué estaba haciendo Peter aquí?

Graham sonrió con malicia. Por fin iba a hacer lo que tendría que haber hecho desde que llegara aquella niña a orillas de la isla. Deshacerse de ella. No entendía la fascinación del chico de los Callum con aquella muchacha pero él no era nadie para juzgar a Peter. De hecho, éste le estaba haciendo un favor.

—Siéntate, chica —le dijo él volviéndose a sentar a la mesa.

Aisla, recelosa, ocupó el asiento en el que antes había estado Peter. Esperó a que su tío se explicase y por un segundo nada se escuchó allí más que el rumor de las olas en la noche.

—Tengo grandes planes para tí, Aisla —comenzó a decir el farero—. Peter ha venido a pedir tu mano en matrimonio y he accedido. Creemos que cuanto antes mejor. La isla no es un lugar seguro para que una mujer esté tanto tiempo sola.

La joven que normalmente siempre protestaba, se quedó muda. *¿Qué había dicho? ¿Había escuchado bien?* Se levantó airadamente haciendo volcar la silla de madera.

—¿Quién te crees que eres para decidir sobre mi futuro?, ¿acaso estamos en la Edad Media?. ¡No pienso casarme con Peter sólo porque tú lo digas! ¡No soy de tu propiedad! —estalló.

La mirada iracunda del hombre se clavó en ella como un cuchillo.

—¡Lo eres! —le replicó él dando un puñetazo a la mesa—. Te he dado un techo, comida, ropa y comodidades. Has vivido trece años a mi costa. ¡Harás lo que te diga!

—Ni lo sueñes —le desafió ella.

Graham la abofeteó y Aisla, estupefacta, no pudo evitar que gruesas lágrimas de desesperación cayesen por su rostro enrojecido y dolorido.

—Me voy al faro —se despidió él.

Aisla no respondió. Se dedicó a ver cómo su tío abandonaba la casa y la dejaba a solas con sus pensamientos.



Colin no podía creerse lo que le estaba diciendo la muchacha *¿Casarse con Peter? No. Seguía dormido. Aquello era una*

pesadilla. Estaban en las rocas bajo el rompeolas, el lugar especial para ellos. Allí estarían lejos de las miradas de desaprobación.

Miró a la muchacha. Pese a su tristeza, estaba preciosa con aquel abrigo de paño amarillo y su bufanda celeste. La abrazó aspirando su aroma. El cabello le olía a champú y su bufanda tenía impregnado el olor de la lavanda de su agua de colonia.

—Tengo dinero ahorrado —pronunció el pelirrojo mirándola a los ojos. No dejaría que la apartasen de su lado—. Quería esperar a tener un poco más de dinero pero no tenemos tiempo. Es ahora o nunca, Aisla. Compraré dos billetes de ferry. Iremos a Londres. Empezaremos una nueva vida juntos.

La chica lo miró, esperanzada. El brillo había vuelto a sus ojos.

—¿Lo dices en serio?

Colin la abrazó con más fuerza. Lo decía en serio. Desde que la conoció sabía que quería estar con ella. Todas las semanas guardaba algo de dinero de su trabajo familiar en la pesca. Tenía claro, mucho antes de conocerla a ella, que Anstruther no era para él. Allí no podía avanzar. Su padre no veía con buenos ojos el amor que tenía por la pintura. De momento, mientras no afectase a su trabajo en el barco, lo dejaba estar pero Colin sabía que no podría seguir pintando mucho más tiempo. Pronto su padre necesitaría su ayuda más y más horas en alta mar. Pronto sus pinturas se quedarían cogiendo polvo en la habitación. No quería que eso ocurriera.

—Compraré dos billetes para irnos bien lejos de aquí —le explicó a la chica sin soltarla ni por un momento. Quería retener el perfume de Aisla por más tiempo—. Graham debe creer que va a ganar para que te deje en paz. Sigue adelante con la boda.

La chica asintió lentamente. Iba a ser duro pero sabía que era lo mejor. Hacer creer a su tío que por fin la había doblegado y preparar su huída para el día del enlace. Sería un día ajetreado y entre el caos de los preparativos podría desaparecer.

—La boda está prevista para el día de Año Nuevo. Graham está deseando deshacerse de mí y Peter está más que satisfecho —dijo ella.

Sus palabras fueron acompañadas por la marea y el viento. Colin permaneció unos segundos mirando el horizonte con aire soñador.

Después besó a Aisla con ternura.

—Nos veremos el día de Año Nuevo en el muelle. En cuanto despunte el alba —murmuró él sin apenas despegar los labios de los de ella—. Te esperaré.

Aquel primer día de Enero de 1969, Colin no falló en su promesa y esperó. Esperó en el muelle con su maleta llena de pinceles hasta que el barco dio el último aviso. Sus ojos llenos de tristeza observaron los dos billetes que sujetaba en la mano pero Aisla seguía sin aparecer.

—Chico, ¿subes o no? —le preguntó de malas maneras uno de los marineros.

Era ahora o nunca.

Colin avanzó hacia la pasarela y puso un pie en la cubierta con la única compañía de una maleta y el corazón roto.

2019

Victoria Street, Edimburgo.

La camioneta de Moray parecía haber pasado a mejor vida. Por más que él le diera al contacto, el Chevrolet había decidido no moverse.

—Nada —soltó Moray con fastidio—. No funciona.

Se llevó las manos a la cabeza, frustrado por aquella situación. *¿Qué iban a hacer ahora? Tenía que llamar a casa. Comprobar que Yvaine estaba bien.* Bajó de la camioneta y se fue junto a Sheena que permanecía con los brazos cruzados apoyada en el Chevrolet. Marcó el número de Irving.

—¿Papá? —preguntó—. He tenido un problema con la camioneta. Sí. Ya. Ya lo sé. Puede que sea la batería o quizás el motor de arranque. ¿Cómo está mi estrella?, ¿está muy enfadada?, no... no creo que pueda volver esta noche. Vale papá, dale un beso a mamá y a Yvaine de mi parte. Recuerda que en su mochila, en el bolsillo derecho, lleva todos sus medicamentos. Sabes cómo iban las dosis, ¿no?. Sí, vale. Perfecto. Nos vemos mañana.

Sheena observó la preocupación en el ceño fruncido de Moray. Ella le colocó la mano en el hombro intentándolo insuflarle algo de fuerza.

—Lo siento mucho, no debí forzarte para que me trajeras aquí —se disculpó ella. Sacó su monedero y le tendió un billete de cien libras—. Esto es por la gasolina y lo que pueda costar la reparación. He buscado mecánicos cerca de aquí, éste es el teléfono de uno de ellos pero si quieres puedo buscar otros.

—No te preocupes, Sheena. Ya has hecho suficiente. Gracias —no quiso sonar grosero pero después de haberlo dicho le dio aquella impresión. Por suerte Sheena no se molestó. No parecía la típica chica que se ofende por todo. Aquello le gustó.

Sheena le sonrió. *¿Qué otra cosa podía hacer cuando éste le daba las gracias?* Le gustaba que no se hubiera puesto en plan gallito. Cualquiera otro tío hubiera abierto el capó y fanfarroneado de su habilidad para sacarles del apuro sin tener ni idea de lo que estaba haciendo. Moray no. Era transparente. En el buen sentido. Lo conocía poco pero sabía que era franco, humilde, sin dobleces. Noble.

Por un momento, sus miradas se cruzaron. Ambos cohibidos y callados.

—Voy a llamar al mecánico pero no albergó muchas esperanzas de volver esta noche a Crail. Los talleres están cerrados hasta mañana —explicó él, rompiendo la creciente intensidad del momento—. Deberíamos buscar una habitación.

—De eso nada —protestó ella—. Si mis padres se enteran de que he estado en Edimburgo y he dormido en un hotel me matan.

—De acuerdo —se burló él—, conozcamos a tus padres.

Un cosquilleo inundó el estómago de Sheena. Nunca había llevado a un hombre a casa pero eso no pensaba decírselo. No quería que supiera que él iba a ser el primero.



Cuando Effie vio a su hija en el umbral de la puerta pensó lo peor. Pensó que algo malo le había pasado a su propia madre, Aisla. Sin embargo, instantes después se percató del atractivo joven que acompañaba a su pequeña. Se puso nerviosa y eufórica aunque trató de disimularlo. Sheena, en sus veinticinco años de edad, nunca había traído a un hombre a casa.

—Hola, mamá —la saludó ella—. ¿Podemos pasar?

—¡Pero que pregunta es esa! —exclamó dándole un abrazo a su hija.

Sheena se puso de todos los colores al sentir la mirada de Moray fija en ella mientras su madre la abrazaba como si no la hubiera visto en años. Una vez separada de su madre, la chica los presentó y ya en la cocina, el corazón de la casa, le explicó a Effie el motivo de su inesperada visita.

—Así que —pronunció Sheena a modo de conclusión—, tendremos que dormir aquí hasta que podamos llevar la camioneta mañana al taller.

—Siento molestarla —se disculpó Moray—. Si hubiera sido por mí, hubiera ido a un hotel pero Sheena no me ha dejado.

Effie vio por el rabillo del ojo como su hija se agitaba nerviosa en el asiento y comenzaba poco a poco a ponerse tan colorada como el mantel de la mesa. *Hacen una bonita pareja*, pensó.

—No es una molestia —replicó ella—. Y tutéame por favor, llámame Effie. Los amigos de Sheena son bienvenidos a casa.

A la joven le pareció escuchar un leve rintintín cuando su madre se refirió a Moray como su amigo. Pero ni siquiera eran eso. Miró al chico. Realmente, apenas sabía nada más allá de él que era buena persona. Pero con eso bastaba. Eso era lo importante ¿no?

Moray pilló a Sheena mirándolo absorta. Hubiera dado todo lo que llevaba encima por saber qué pensaba. Poco después, ella le guió hasta su habitación. La madre había ido a buscar unas sábanas limpias. El joven sonrió al ver el cuarto de la pelirroja. Era un desastre. Un desastre lleno de purpurina y pintura. Se parecía un poco al cuarto que había tenido él de adolescente pero más brillante y con animales de peluche que jamás hubiera tenido. Podía ver retazos de la personalidad de Sheena en todas partes. Pinturas y bocetos salpicaban las paredes: retratos a lápiz, diferentes texturas con rotulador, paisajes a acuarelas... incluso tipografías creativas que marcaban los lemas de su vida. *Sueña. Ama. Perdura. Sonríe aunque la vida te llene de golpes.*

Parecía que aquel mensaje hubiera sido escrito especialmente para él.

Effie, la madre de Sheena, entró en ese momento con las sábanas y fue la chica quien se encargó de traer la cama plegable. No consintió que Moray la ayudase.

—Puedo hacerlo sola, de verdad —le dijo—. ¿Quién crees que carga con esos lienzos tan grandes? —le señaló unos cuadros que estaban apilados en un rincón, apoyados en la pared.

Moray tuvo curiosidad y se acercó a verlos mientras Effie los dejaba a solas.

—¡No! —chilló Sheena como lo hubiera hecho un conejillo al verse arrinconado—. ¡Ni se te ocurra Moray! Eso es privado.

—¿Más privado que estar en tu habitación? —le preguntó él.

Tan sólo quería echarles un vistazo. *¿Qué tenía de malo?* Sin que Sheena pudiera impedirse lo ojeó aquellas pinturas. Había tenido la impresión en casa de Colin McNeil que Sheena sabía de lo que hablaba pero nunca hubiera imaginado que aquel cuerpo tan pequeño albergase semejante talento. Era fantástica. Él, que no tenía ni idea de Arte, quedó enamorado de sus colores y sus formas.

—¿Tan malos son?, te has quedado sin habla —pronunció Sheena avergonzada porque fuese precisamente él uno de los pocos en ver sus pinturas.

La joven vio como él se derrumbaba. Los hombros comenzaron a temblarle ligeramente. Estaba llorando. Aquello la alarmó.

Se acercó a él con incertidumbre.

—Moray, ¿qué ocurre?, ¿qué te pasa? —sonó preocupada por él.

—¿De dónde sacaste esta imagen? —preguntó él cogiendo entre sus brazos el cuadro de un barco.

Sus ojos castaños brillaron humedecidos por las lágrimas. Sheena, antes de saber qué demonios estaba haciendo, abrazó a Moray que no se apartó de ella. Dejó que el lienzo cayese a los pies de ambos. Permanecieron así un segundo o quizás fuese una hora. Una eternidad. El tiempo pareció transcurrir de manera distinta en los brazos del otro. Moray estaba roto en mil pedazos y Sheena no sabía que hacer. Había sido tan repentino aquel cambio en su humor que tan sólo se le ocurrió abrazarlo con todas sus fuerzas hasta que éste se tranquilizase.

—¿Qué ocurre, Moray? —repitió ella con dulzura—. Dime qué es lo que pasa.

—Lo siento —se disculpó él enjugándose el rostro—. No sé que me ha pasado. No suelo llorar y menos delante de personas.

—No pasa nada. Tranquilo —susurró ella—, todos lloramos. No tienes porqué disculparte.

Moray sonrió y Sheena también. Fue entonces cuando el joven volvió a coger el cuadro y se lo enseñó a la pelirroja.

—Este de aquí era mi barco. *Fire*. Lo llamé *fuego* porque me recordaba a Bonnie —pronunció.

Era la primera vez que hablaba de su fallecida mujer en presencia de Sheena. Ésta sabía que él tenía una hija pero nunca había hablado de la madre. La joven había creído que se debía a una ruptura pero Aisla ya le había dicho en una ocasión que era viudo desde hacía unos años. Ella no había querido sacar el tema, tampoco sentía que viniera a cuento antes de eso.

—¿Quieres hablar de ella? —le preguntó después de dejar el lienzo en su sitio. Recordaba que aquella pintura la había hecho hacía años observando el muelle en una de sus vacaciones en Crail con su madre.

Nunca pensó que conocería al dueño de aquella embarcación.

Moray se sintió aliviado cuando Sheena le hizo aquella pregunta. También agradecido y comprendido. Hacía tiempo que nadie le preguntaba si quería hablar de ella. Todos pensaban que era mejor correr un velo en torno a la figura de la que había sido su mujer. Intentaban no mencionarla. Creían que así ayudaban a Moray pero aquello no ayudaba a nadie.

—Gracias —le dijo él.

Sheena se extrañó y se sentó al borde de la cama.

—¿Por qué? —preguntó—. Yo no he hecho nada.

Sí lo has hecho, se dijo Moray. *Eres buena persona Sheena. Eres talentosa, risueña y has sido capaz de comprender qué era lo que necesitaba.*

Aunque pensó todo eso, el joven se quedó en silencio. Más tarde, en la intimidad de la noche —él en el colchón a ras del suelo y ella en la cama —hablaron de Bonnie, de Yvaine pero también de todas las preocupaciones que rondaban la cabeza de Sheena. Que si había empezado a estudiar tarde, que sentía que había despericiado sus mejores días, ¿y si no encontraba a nadie que la quisiera?

Moray se rió.

—Hagamos un trato. De amigo a amiga. —le propuso—. Prometo quererte antes de que te conviertas en una solterona excentrica que huele a pintura y pis de gato.

A Sheena se le saltaron las lágrimas de la risa pero siguió el juego. Y aunque en la oscuridad no podía verse, levantó el brazo para jurar.

—Prometo, Moray, quererte antes de que te conviertas en un viejo cascarrabias, olvidadizo y barrigón.

—¿Barrigón? —se burló él.

—Y calvo —añadió Sheena con solemnidad.

Ambos rieron y en mitad de lo reconfortante que resultaba aquella situación de saberse queridos, se quedaron dormidos.

14

Cuando Moray despertó, la cama de Sheena estaba vacía. Éste se quedó un par de minutos más sobre el incómodo colchón de la cama plegable pensando en la noche anterior. Se había abierto en canal delante de Sheena y a decir verdad le había gustado. No hubo nada sexual pese a pasar la noche tan cerca uno del otro. Tuvieron algo mejor. Algo que había olvidado. *Complicidad*. Hablaron durante horas de todo y de nada y aquella mañana había despertado con unas ganas irrefrenables de verla. Recordó, en cambio, que tenía otras prioridades. Se peinó el alborotado cabello oscuro con los dedos mirándose en el reflejo de la pantalla de su móvil. Cuando estuvo listo, hizo la videollamada.

—¡Buenos días, mamá! —exclamó impaciente.

En la pantalla, Isla todavía estaba en bata, sorprendida del buen humor que parecía tener su hijo.

—Buenos días, hijo —respondió ella—. Yvaine está con tu padre. Espera que le llamo.

Moray vio y escuchó como Isla los llamaba a ambos. La niña apareció entonces en la pantalla. Se alegró al ver que estaba de pie y caminaba aunque con dificultad hacia él.

—¡Papá!

La voz de Yvaine le llegó algo entrecortada. Su móvil fallaba muchas veces debido a la cobertura.

—¿Estás bien hija? —preguntó preocupado Moray.

Por supuesto, estando ella con sus abuelos no había nada de lo que preocuparse. La pequeña estaba la mar de contenta. Éste vio como ella no paraba de toquetearse nerviosamente la cabeza.

—El pelo —pronunció con los ojos brillantes.

Antes incluso de decirlo, Moray ya sabía qué era lo que le estaba diciendo.

—¿Te ha peinado la abuela? —Yvaine asintió orgullosa. —Lo hace mejor que yo, ¿verdad?

Yvaine sonrió con su rostro lleno de pecas hacia la pantalla que sostenía ahora Irving. Isla asomó la cabeza ayudando a su nieta a que se girase. La escuchó murmurar: *vamos cariño date la vuelta que tu padre vea lo guapa que te he dejado hoy.*

La niña le enseñó su trenza. Moray sabía que aquel tipo de trenza tenía un nombre pero no sabía cual. Algo relacionado con el cereal. Aunque la niña estaba contenta él se sintió un poco abatido. Él no entendía de peinados, de ropa, de casi nada que tuviera que ver con la crianza de una niña. Y además una tan especial como ella. Lo hacía lo mejor que podía pero a menudo sentía que no era suficiente.

—¡Estás preciosa! —exclamó Moray—. Dentro de nada podré ir a recogerte, ¿vale?

—¿Película?

—Vale —le respondió él—. Y veremos una película. Ve eligiendo cual quieres.

Su hija emocionada desapareció por la puerta seguida de Isla.

—¡Moray!, ¿estás despierto?. ¡Estoy haciendo el desayuno!

La voz de Sheena desde lo que supuso era la cocina llegó hasta él firme y clara.

El padre de Moray que todavía no había cortado la videollamada le miró con un aire travieso.

—¿Algo que contar, hijo? —preguntó insinuando lo que no era.

Moray ya había vuelto a ser él mismo y de mala gana se despidió de su padre.

—Luego hablamos, papá —y añadió, una vez estuvo la pantalla en negro—, ¡ya voy Sheena! ¡Espera que me peine!

Se calzó las botas, se colocó el cinturón y se abotonó la camisa de cuadros. Se pasó los dedos por el cabello y salió del cuarto en cuanto se sintió preparado.

La encontró en la cocina, tenía los auriculares puestos y había empezado a cantar una de esas canciones cursis que sonaban en la radio y que él odiaba. Sin embargo, no le pareció tan horrible escuchar aquella melodía de boca de la pelirroja.

—Buenos días —la saludó.

—No sabía lo que te gustaba así que he hecho tostadas y he bajado a la tienda de la esquina a por unos dulces —explicó.

Sheena se fijo entonces en Moray. En concreto en su cabello. Lo llevaba revuelto y tenía algunos mechones que se le habían quedado en punta por la zona de la coronilla.

Moray la miró con preocupación al notar sus ojos puestos en él pero se relajó al ver que ella comenzaba a reírse.

Sheena se plantó frente a él y le pasó los dedos por el cabellos oscuro.

—Necesitas un corte de pelo con urgencia —se mofó ella.

Por un segundo, la cocina desapareció. Todo a su alrededor dejó de existir. Los olores a pan tostado y café, el ruido de las bocinas en la calle... todo quedó eclipsado por la cercanía del uno con el otro. Ambos ignoraron lo que el cuerpo les pedía. Estaban demasiado confusos como para dar un paso más.

—¿Quieres café? —la voz de Sheena sonó extremadamente aguda y forzada.

Se había puesto nerviosa e intentaba que los latidos de su corazón volvieran a un ritmo normal donde no se confundieran con las bocinas del tráfico de Edimburgo.

Moray carraspeó. Se le había secado la garganta.

—Mejor té.

El resto del desayuno lo hicieron en silencio y aunque de vez en cuando intercambiaron unas miradas que parecían decirlo todo, siguieron sin pronunciar palabra alguna. A Moray le hubiera gustado despedirse de los padres de Sheena y no haber parecido un maleducado al quedarse dormido. Sheena le había comentado que se habían ido temprano al salón de té. Fue una de las pocas palabras que intercambiaron antes de ponerse en marcha hacia uno de los talleres de mecánica que abrían esa mañana. El taller más cercano al lugar donde habían dejado la camioneta aparcada.

—Se trata del motor de arranque. Tendría que reemplazarlo por uno nuevo. Por suerte tengo en el taller el recambio. Aun así tardaré un par de horas —explicó el mecánico en cuanto vio la avería del Chevrolet—. Si me dejan un número de contacto les avisaré cuando esté terminado, quizá para después de comer. Con suerte un poco antes.

Moray le pagó al mecánico por adelantado con parte del dinero que le había dado Sheena y decidieron hacer un poco de turismo

antes de volver a Crail. La chica descubrió muy pronto que a él le volvían loco las antigüedades y todo lo que tuviera que ver con el pasado y la Historia.

—¡Mira! —exclamó mirando el escaparate de una tienda de artesanía—. Es preciosa.

Moray señalaba una pipa de madera con lo que parecía ser unas olas talladas. Sheena sonrió con dulzura pues le hacía mucha gracia verle con aquel cuerpo musculado y su barba espesa emocionarse como un niño pequeño.

—Pero, ¿tú fumas en pipa?, ¿enserio? —le preguntó ella observando el escaparate de la tienda.

—Mi abuelo tenía una colección. Una vez le robé una y empecé a llenarla de hierbas aromáticas de las que usaba mi abuela para cocinar. Tomillo. Romero... —se rió al recordar aquello—. No sabía como funcionaba. No me juzgues, tenía ocho años.

A Sheena casi se le saltan las lágrimas de la risa al imaginarse a aquel niño tan despierto robando una pipa de madera.

—¿Quieres entrar? —le preguntó.

Moray asintió y minutos después salieron de allí con la pipa, tabaco y un encendedor a juego del siglo XIX. El chico comenzó a fumar y Sheena se quedó absorta mirando los anillos de humo que formaba. Aplaudió entusiasmada como una cría.

—¡Te pareces a la oruga azul de *Alicia en el País de las Maravillas!* —exclamó maravillada.

Siguieron paseando por el centro hasta llegar al *Old Town*. Sheena le mostró la Universidad donde estudiaba —aunque por poco tiempo —y también recorrieron juntos las colinas y sus grandes y verdes parques. La joven se fijó entonces en las parejas que paseaban cogidas de la mano y supo que ellos parecían una de aquellas parejas aun sin llegar a tocarse. Procuró no pensar en eso. Sabía que Moray se debía a su hija y no estaba preparado para abrir su corazón a nadie más. Cuando sufrimos una pérdida tan grande es normal que nuestro corazón se pierda también. Al menos un tiempo, hasta que pueda encontrar el camino de vuelta a casa.

Decidieron pedir comida para llevar e ir al *Tea House*, así Sheena podría ver a sus padres una vez más antes de marcharse.

—¿Quién quiere más pollo *kung pao*? —preguntó la pelirroja.

Moray levantó la mano pues tenía la boca llena y cogió el envase de cartón que ella le tendía mientras que con la otra mano le pasaba los tallarines de arroz a Archie, el padre de Sheena. Estaban todos sentados en el suelo sobre una lona de plástico que evitaba que se manchasen con el polvo de las obras. La reforma en el negocio familiar iba viento en popa.

—Es una lástima que veas esto así, Moray —se lamentó Effie antes de coger un rollito de primavera.

—Deberías venir cuando inauguraremos de nuevo —sugirió Archie —. Además, te gusta el té, ¿no?. ¿Cuál es tu preferido?

—Papá, ¿enserio? —Sheena puso los ojos en blanco.

A Moray no le pareció para tanto la pregunta y respondió a ella gustosamente.

—El *Earl Grey* es uno de mis favoritos aunque también me gusta el té negro con leche.

Archie comenzó a reírse con fuerza, tapándose la boca con la palma de la mano. Sheena lo fulminó con la mirada mientras Effie hacía una mueca de desaprobación. Moray se quedó perplejo pues no sabía qué le hacía tanta gracia.

—Acabas de decir los dos té que odia Sheena —se rió Archie mientras su hija se ponía colorada.

—No los odio, es sólo que me gustan más otros —protestó.

Ahora era Moray al que le interesaba la conversación. Quería saber cuales eran los que le gustaba a ella.

—Entonces, si el *Tea House* estuviera abierto ahora, ¿cual elegirías? —preguntó con curiosidad.

Sheena no tuvo que pensárselo demasiado.

—El té de rooibos caramelo y el té de manzana —pronunció antes de acabar con la última bolita de cerdo agridulce.

Moray rió.

—Bueno, siempre podremos pedir té de manzana. Ese me gusta también. Del otro no te voy a hacer comentario, ni siquiera merece que se llame *té* es más bien una infusión dulce —pronunció.

Siguieron así un buen rato, discutiendo y bromeando a partes iguales. Los padres de Sheena nunca habían visto a la joven así de despreocupada y feliz y aunque no dijeron nada, esperaban que Moray fuese algo más que un amigo.

Terminaron de comer probando los dulces que tanto les había llamado la atención. Unos *mochis* de cacahuete y otros de té matcha, pastelillos de arroz dulces que se servían en la tradicional ceremonia japonesa del té. Sorprendentemente estaban muy buenos pese al extraño tacto que tenían en la lengua. Moray, con el sabor del cacahuete aún en la boca, recibió un mensaje en su teléfono.

Soy el mecánico. Le aviso desde el taller. Ya está listo el chevrolet y vuelve a funcionar perfectamente. Pueden venir cuando quieran a recogerlo.

—Deberíamos irnos ya Sheena, la camioneta está arreglada —pronunció él mientras el dulce se le amargaba en la boca.

Una parte muy egoísta de sí mismo quería quedarse con ella más tiempo. Quería alejarse de las responsabilidades. Hacer cosas de su edad, salir a cenar con amigos por la noche, tomar una cerveza con una chica guapa, volver a ser el chico de dieciocho años que disfrutaba de la vida y tocaba la guitarra acústica en la cubierta de su barco.



La carretera se abría ante ellos de manera interminable. De vez en cuando, Moray tarareaba alguna canción de blues de las que sonaban a través de la radio. Sheena por su parte leía absorta las notas que había podido acumular de su entrevista con Colin McNeal. Ambos notaban como la vuelta a Crail los distanciaba de

nuevo. Sheena lo observó de reojo por encima de sus apuntes. ¿Qué excusa tendrían ahora para verse?, ¿había sido aquella escapada a Edimburgo el comienzo de algo más ó aquella amistad se quedaría en el olvido?. Sheena no podía concentrarse, había pasado buenos ratos con Moray y esperaba poder pasar más tiempo con él ahora que lo había conocido un poco mejor.

Llamó su atención el cartel que anunciaba el desvío a Anstruther. Sheena recordó el delicioso *fish and chips* que se había comido antes de llegar a Crail durante el rato que estuvo parado su autobús. Se había quedado con ganas de pasear por allí y descubrir sus rincones. Era un pueblo muy bonito y le hubiera gustado visitar el faro que se recortaba en la Isla de May. Sabía por los turistas que había un ferry que visitaba la isla y sus colonias de focas.

—¿Has visto ese cartel? —le preguntó.

Moray asintió.

—El de Anstruther, ¿dices?

—Sí, ese —respondió ella—. Lo visité antes de venir aquí a Crail. Como normalmente siempre venía en coche con mi madre la verdad es que nunca habíamos parado por allí. ¡Qué pena haber estado tan poco tiempo! Me hubiera gustado ver las focas y la isla.

Moray se percató enseguida de su decepción pues hasta su rostro pareció languidecer.

—Podríamos hacer una excursión algún día e ir allí —soltó de pronto.

Sheena sintió el aleteo de unas mariposas en su vientre.

—Sólo si te traes a Yvaine —le dijo.

Moray sonrió y siguió conduciendo. De nuevo se sumieron en el silencio y el resto del trayecto lo hicieron así. Cada uno ensimismado en su propio mundo. Una vez llegaron a Crail, Moray dejó a Sheena en casa de su abuela y condujo hasta casa de sus padres. El cielo daba señales de atardecer y en el horizonte azul donde se recortaba el mar del norte, los colores rojizos y oscuros comenzaron a reflejarse en el agua.

—¡Papá!

Moray se apresuró y corrió a abrazar a su hija. La pequeña se mostraba exhausta en su silla de ruedas y con el abrazo cayeron al

suelo los folios donde había estado pintando.

—¡Qué ganas tenía de ver a mi chica favorita! —exclamó él antes de comenzar a recoger los dibujos del suelo y ponerse a pintar con su hija acucillado a su lado para estar a su altura.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó Irving que entraba al salón de la casa limpiándose las gafas y en pantunflas.

Moray vio la media sonrisa que su padre era incapaz de aguantar.

—Papá no es lo que piensas. Le hice el favor a una amiga con tan mala suerte que se me estropeó la camioneta —explicó él—. Sabes que ha estado dando problemas desde que la compré. Si no es una cosa es otra.

Aun diciéndole la verdad, el padre de Moray mostraba aquella sonrisa que sugería otra cosa.

—Eres insoportable —murmuró el chico hacia su padre.

Éste se rió mientras se sentaba en su butaca reclinable y cambiaba el canal de televisión a un documental sobre la Historia de Roma.

—Yo también te quiero, hijo.

Isla apareció entonces en el salón, estaba de muy buen humor.

—Y, ¿vas a ver otra vez a Sheena? —le preguntó a su hijo mientras le acercaba la mochila ya preparada de Yvaine.

Moray se incorporó de mala gana.

—¿Tú también vas a empezar así mamá?

Isla sonrió. La nieta de Aisla le había dado una buena sensación desde el principio y sabía que era el tipo de chica que le gustaba a su hijo. Aunque él se negase en reconocerlo. Sabía que Moray había comenzado a sentir algo por ella. Una madre notaba esas cosas pero también sabía cuando no debía insistir más así que se despidió de su hijo y su nieta sin añadir ningún comentario sobre el tema.

Moray, tal y como prometió a su hija, le puso una película nada más llegar a casa. Juntos, en el sofá, vieron por enésima vez las aventuras de *La sirenita*, la película favorita de Yvaine. La pequeña miraba con los ojos brillantes a la sirena que había comenzado a cantar sobre las maravillas de un tenedor.

Señaló a la sirena de cabello rojo y comenzó a murmurar.

—Mamá.

Moray le escuchó perfectamente pero apenas pudo reaccionar.

—Mamá —volvió a repetir su pequeña estrella.

—Voy a hacer palomitas y te traigo la medicación cielo. Ahora vuelvo —le dijo.

Una vez en la cocina, Moray tuvo que reprimir sus ganas de vomitar mientras escuchaba una y otra vez como Yvaine llamaba a su madre. ¿Cómo podían pensar sus padres que estaban preparados para dejar entrar a alguien en sus vidas?

Sheena estaba sentada en su cama con las piernas cruzadas, el portátil frente a ella y mordisqueando un bolígrafo. Había pasado un día desde que viera a Moray y apenas podía quitárselo de la mente. Por suerte, tenía que trabajar en su tesis con lo que le quedaba poco tiempo para darle vueltas a la cabeza. Comenzó a teclear.

Colin McNeil nacido en 1948 en Anstruther, hijo de Duncan y Bronna McNeil, pescador y modista respectivamente. Trabajó en el oficio de su padre hasta el año 1968. Fue el primer día de 1969 cuando emigró a Londres con una maleta llena de sueños y esperanzas. Los comienzos, en cambio, nunca son tan idílicos como los imaginamos.

McNeil pasó sus primeros años allí mendigando a cambio de rápidos bocetos de objetos y paisajes. En toda su obra, tan sólo se le conoce un retrato cuya modelo es, hasta la fecha, desconocida. El cuadro titulado La sirena está rodeado por el misterio. ¿Por qué si emigró con la intención de labrarse un nombre en el mundo del arte no se llevó el cuadro consigo? ¿Quién es ella?

Sheena se quedó unos segundos mirando la pantalla del ordenador haciéndose la misma pregunta. *¿Quién fue aquella mujer capaz de conseguir el único retrato de McNeil?*

Debió de ser importante.

Mientras cavilaba sobre la identidad de la modelo su móvil sonó. Cogió el teléfono y se incorporó de la cama estirando los músculos.

—Hola mamá —saludó ella.

La voz de Effie le llegó tan clara como si estuviera a su lado en la habitación.

—¿Cómo estás, Sheena? —le preguntó.

La joven adivinó por el tono de su pregunta que lo que quería era hablar de otra cosa.

—Desembucha —le dijo ella—, ¿qué quieres saber?

—Ay... hija —suspiró su madre—. Ese Moray... ¿es algo más que un amigo?

La temida pregunta que esperaba se había hecho realidad. Quizá tendría que haber hecho caso a Moray cuando quiso reservar un hotel.

—No mamá, solo somos amigos —explicó la pelirroja.

—¿Y eso por qué? —Effie no se daba por vencida.

Sheena se sentó de nuevo, esta vez al borde de la cama.

—Pues porque es complicado.

—Sheena, nada es tan complicado —pronunció su madre—. Mira, tu padre y yo hemos estado hablando y estamos preocupados por ti. Es bueno que seas tan aplicada pero es que nunca te hemos visto disfrutar tanto como cuando te vimos junto a ese chico. Sólo se es joven una vez hija. Sé de lo que hablo.

Sheena aunque no quería admitirlo, sabía que su madre tenía un poco de razón. No es que hubiera sido una amargada ni mucho menos pero sabía que había antepuesto sus responsabilidades y sus estudios a todo lo demás.

—Mamá... —titubeó ella—. Es que... es viudo.

—¿Y qué?, todo el mundo tiene un pasado, cariño. Un ex, una infidelidad, un corazón roto, buenos y malos recuerdos, una canción... tan sólo podemos mirar hacia adelante. No podemos cerrarnos a nuevas experiencias y nuevos amores. No vas a proteger tu corazón de esa forma, lo único que vas a hacer es anestesiarlo.

Sheena se quedó un minuto en silencio mientras el mensaje de su madre calaba poco a poco en ella.

—Hija, ¿sigues ahí?

Sheena asintió hasta que se dio cuenta de que su madre no podía verla.

—También tiene una hija —añadió.

—Y acaso, ¿no te gustan los niños?

—Sí claro pero...

—Sheena, escúchame un segundo —le dijo su madre—. Olvida todo eso, olvida todo lo demás. Piensa solo en Moray. En él y nada más. ¿Te gusta?

La pelirroja sonrió al pensar en él.

—Creo que mucho.

—*E voilà*. Ahí lo tienes —pronunció Effie—. Ahora pasame con la abuela que quiero ver como está.

Aturdida aún pues era la primera vez que Sheena admitía sus sentimientos, bajó las escaleras hasta el salón donde Aisla veía la televisión.

—Abuela, ponte al teléfono —le dijo mientras al mismo tiempo llamaban al timbre de la casa—. Es mamá, quiere hablar contigo.

Sheena fue a abrir la puerta pero antes se atusó el cabello y se colocó bien el jersey por si acaso era Moray.

No lo era. La persona que tenía delante era Leslie, la ayudante de Aisla. Se notaba que la chica ya no estaba enferma pues su nariz había recobrado su tono natural y todo su rostro lucía un bonito maquillaje.

—¡Hola! —la saludó—. No sé si te acuerdas de mí.

—Claro que sí. Estabas dando las entradas en la exposición de pintura —respondió la pelirroja.

—El caso es que mi novio actúa con su grupo dentro de un rato en el mismo pub. ¿Te apetece venir? —Leslie la miró timidamente.

Sheena pensó en lo que le había dicho su madre sobre disfrutar un poco más del momento.

—¡Claro!, me apetece mucho —a la chica se le iluminó el rostro—. Pasa mientras me cambio de ropa.



Definitivamente, a Sheena le gustaba mucho el Pub del Pescador. Los cuadros habían sido trasladados a sus nuevos dueños y los que no se vendieron esperaban su oportunidad en un almacén del Centro Social. En lugar del espacio abierto con el que se encontró aquel día, el pub había vuelto a su normalidad con aquellas mesas de madera y un pequeño escenario donde tocaban los grupos en directo. Ambas pidieron una cerveza de barril y se sentaron en la mesa más cercana al escenario. Desde allí, Leslie saludó a alguien en el escenario. Cuando Sheena giró la cabeza vio a los músicos que actuaban aquella noche. Supuso que se trataba

del novio de ella. Tenía el cabello rubio y largo recogido en una coleta y llevaba en su camiseta el nombre del grupo al igual que todos los demás componentes: *The selkies*.

Leslie, que observó como Sheena estaba absorta en las camisetas con el logo de una foca, le explicó que habían sacado el nombre del folclore de la zona.

—Las *selkies* son focas que al quitarse su pelaje se convierten en mujeres. Mi madre me contaba que muchos pescadores les robaban las pieles para que permanentemente tuvieran forma humana y poder casarse con ellas pero los hijos nacían siempre con deformidades —pronunció como si contase un secreto antes de dar un trago a su cerveza—. No todo eran mujeres, también existían los *selkies* masculinos. Decían que si una mujer era infeliz en su matrimonio no tenía más que acercarse a la orilla del mar y derramar siete lágrimas. Entonces aparecía un selkie y le hacía el amor.

Sheena vio el rubor que coloreaba las mejillas de la chica y no tuvo más remedio que carcajearse al imaginar lo que ésta le contaba.

—Absurdo, ¿verdad? —añadió Leslie.

La pelirroja tan solo sonrió como respuesta pues su mirada se había desviado hacia la entrada del local. Moray caminaba hacia la barra sin darse cuenta de que ella estaba allí. *The selkies* comenzaron entonces a tocar y su música llenó cada rincón mientras él parecía saludar a los de la banda. Leslie, que no dejaba pasar ni una, vio que Sheena miraba a Moray con algo parecido al encaprichamiento.

—Una pena —suspiró.

—¿El qué? —preguntó Sheena con interés mientras dejaba que la música folclórica llevase el ritmo de sus pies bajo la mesa.

Bebió cerveza mientras evitaba la mirada de Moray.

—Lo de Moray Graig —le señaló Leslie con disimulo. Ambas chicas se quedaron mirándole desde su mesa—. Conocía a Bonnie, fuimos amigas antes de que se quedase embarazada. Ya fue duro para los dos que Yvaine naciera con parálisis cerebral, imagínate lo duro que fue para Moray perder al amor de su vida años después. Quedó destrozado.

Sheena notó como se le oprimía el corazón. Sentía que estaba mal quererle. Él ya había conocido al amor de su vida y no era ella. No se podía competir con el pasado. ¿Con qué derecho interrumpía ella en su vida?

Sus miradas se cruzaron desde la distancia y Sheena ignoró deliberadamente el brillo que había aparecido en los ojos de él. *Se estaba imaginando lo que quería ver*, se dijo.

La música cesó y el cantante habló entonces por el micrófono llamando la atención de Moray que desvió la mirada de la pelirroja.

—Acaba de producirse algo muy especial. Moray Graig está aquí con nosotros —los pocos clientes que todavía seguían en el pub irrumpieron en aplausos—, el guitarrista selkie original. ¡Sube y toca algo con nosotros!

Moray se puso serio y alzó las manos negando en rotundo con ellas. Había entrado al pub tan sólo con la intención de pedir la cena para él y para su hija. Nada más. Negó una y otra vez pero al final no pudo resistirse ante la insistencia del público y las ganas de tocar de nuevo que en el fondo no podía ocultar. Moray subió al escenario con pasos de gigante y porte de rey, afinó su guitarra y rasgó los primeros acordes.



*Un beso en la playa.
El viento levantando la arena
También el bajo de su falda.
Escucha su risa.
Sus dedos la acarician.
"Raspan", piensa.
Huelen a clementina.
Ha estado entre pintura.
"Colin", pronuncia ella.*

Aisla despertó de su sueño sin saber dónde estaba hasta que escuchó la televisión. Se había quedado dormida de nuevo viendo

un concurso de preguntas. Al parecer su nieta no había vuelto todavía a casa pues de ser así la hubiera despertado.

Se levantó, apagó el televisor, cogió el vaso de agua que tenía sobre la mesa y subió las escaleras con la intención de acostarse en la cama.

"Para lo que has quedado Aisla," se dijo, "¿cuándo me hice tan mayor?"

Por el rabillo del ojo vio que había luz en la habitación de Sheena. Se acercó mientras sus pasos resonaban por toda la casa.

—¿Sheena? —preguntó mientras abría la puerta del dormitorio.

Allí no había nadie salvo aquella molesta luz del escritorio que su nieta se había dejado encendida con las prisas.

—Esta juventud... —se quejó la anciana.

Sus ojos, de repente, hallaron el nombre de Colin McNeil entre las notas de Sheena. Con las manos temblorosas y el corazón saltando en su pecho Aisla cogió aquellos folios y leyó una y otra vez el trabajo que estaba haciendo su nieta.

Todo, absolutamente todo, iba sobre él. Nombres, fechas, lugares... estaba buena parte de su vida ahí escrita. Le invadió el miedo.

"¿Por qué?, ¿Por qué de entre todas las posibilidades Sheena tuvo que interesarse por aquel estúpido cuadro que no le traía más que dolor y culpa?"

Leyó en silencio lo último que había escrito.

El cuadro titulado La sirena está rodeado por el misterio. ¿Por qué si emigró con la intención de labrarse un nombre en el mundo del arte no se llevó el cuadro consigo? ¿Quién es ella?

Su nieta estaba a punto de descubrirlo. Era hora de contar otra historia.

*Últimos días de Diciembre, 1968.
Isla de May.*

Aisla miraba por la ventana, ese día hacía demasiado frío como para atreverse a salir de la casa. El cielo estaba oscuro plagado de nubes negras que impedían la visibilidad de los barcos. Vio como la silueta de su tío Graham se adentraba en las entrañas del faro y segundos después aquel ojo de coloso se iluminó. Su luz bañó el mar y sólo entonces Aisla corrió a por su libro de cuentos. En su interior, pegado a la última página, había puesto un sobre con todas las cartas que Colin le había escrito desde que decidieran no verse. Agradeció a Dave todo lo que él y su mujer estaban haciendo por ella. Era allí, en la tienda de su primo, dónde Aisla recogía las cartas que Colin dejaba para ella.

La joven miró de reojo el calendario que colgaba en la pared. El día de año nuevo se encontraría con el chico en el muelle y sería libre para siempre. Releyó la última carta que había recibido con una sonrisa en los labios.

Mi preciosa sirena, te echo de menos. Echo de menos escuchar tu risa y ver tu pelo alborotado por el viento. Intento pasar el tiempo pintando pero sin ti incluso mis retratos están tristes. No dejo de contar los días hasta el uno de Enero imaginando el reencuentro en el muelle.

Pienso pasar el resto de mi vida adorándote. Esa es mi promesa de amor.

C. M.

Aisla estrechó la carta entre sus brazos imaginando que era el pecho de su amado pintor el que estrechaba.

—¿Qué estas haciendo?

La muchacha dio un respingo al oír la voz de su tío. Pero, *¿qué hacía ahí? Se supone que estaría toda la noche en el faro.*

Asustada, observó al hombre que se recortaba en el umbral de su puerta. La luz de la cocina iluminaba débilmente su silueta.

Se ha olvidado la fiambarrera con la cena, pensó. No era la primera vez que le ocurría.

La joven corrió a esconder la carta detrás de su espalda pero Graham, al contrario de lo que podría parecer, no era un estúpido.

—¿Qué tienes ahí, Aisla? —preguntó con interés avanzando un paso hacia ella.

—Nada —respondió.

—Nada —repitió él. Su voz grave estaba teñida de burla lo que provocó que Aisla se estremeciera de arriba abajo—. Enséñame qué tienes ahí.

—No.

Su mirada lo desafió pero pese a la fuerza de ella nada podía hacer frente a la fuerza física del farero. El hombre la golpeó y ella cayó al suelo provocando un gran estropicio. La silla del escritorio volcada, el libro de cuentos rasgado y todas las cartas tiradas encima de su vestido. Aisla sintió un dolor indescriptible reptando por su espalda pero no permaneció ahí tirada si no que se abalanzó hacia su tío que había comenzado a leer aquella íntima carta. Graham se quitó a la joven de encima con facilidad. Primero la golpeó mientras ella suplicaba que le devolviera aquel trozo de papel. Después la arrastró por el pasillo agarrándola del pelo.

—Socorro —gritó Aisla mientras aquel hombre la arrastraba sin piedad—. ¡Socorro!

Nadie podía escucharla. Era lo malo de vivir en la Isla. Allí solo estaban él y ella. Nadie más.

Cuando llegaron al dormitorio de él, la tiró con violencia sobre la cama. Graham, con el rostro desencajado, buscaba algo en sus cajones sacándolos de cuajo y volcando su contenido por el suelo. Aisla corrió hacia la puerta intentando huir pero él había cerrado con llave.

—No vas a ir a ninguna parte. Ni ahora, ni nunca —amenazó Graham.

La joven se giró para mirarle. Sus ojos fueron a parar directamente a la pistola que sujetaba entre sus manos.

—¡Socorro! —volvió a gritar ella aun sabiendo que era inútil. Sus manos giraban el picaporte con desesperación mientras que con el hombro intentaba tirar la puerta abajo. Las lágrimas comenzaron a surcar su rostro.

Estaba perdida.

—¿Ves esto, querida sobrina?

Aisla miró la pistola, también la expresión de locura que tenía su tío. Asintió con lentitud por lo que él siguió hablando.

—Si vas a ese muelle tan sólo lograrás huir con un cadáver —pronunció con frialdad mientras su miraba acariciaba el arma—. Pienso meterle un tiro entre ceja y ceja a ese McNeil si te veo acercarte a él. En tu mano está que muera o no. A partir de ahora las cosas van a cambiar.



—Auch —se quejó Aisla mientras intentaba no moverse.

—Trabajaría mejor si no llevases ese camisón bajo el vestido —pronunció Bronna con dificultad ya que sostenía en su boca unos cuantos alfileres.

La joven miró a la modista y sintió como si uno de aquellos alfileres se le hubiera clavado en el corazón. Bronna McNeil tenía los mismos ojos aguamarina que su hijo, Colin.

Su mundo se hizo pedazos al pensar en él. Había pasado toda la noche despierta. En parte, dolorida por la tunda de su tío; en parte, atormentada por las imágenes de Colin con un tiro en la frente. Su cabeza no dio muchas vueltas a la decisión que había tomado. Quería tanto al chico que hubiera hecho lo que fuera para protegerle. Incluso abandonarlo.

—Así que... ¿Peter Callum? —quiso saber Bronna.

La joven asintió con la mirada perdida en la vajilla de la estantería. Bronna sabía perfectamente lo que había visto su hijo al fijarse en ella: belleza, sensibilidad y fuerza. Notaba que Aisla Campbell era infeliz con aquel matrimonio. Nunca había tenido que coser un vestido de novia para alguien que no lo quisiera.

—Aisla... —susurró ella—. Aún estás a tiempo de arreglar las cosas con mi hijo, ¿qué ha pasado?

La joven la miró con sorpresa.

—Soy su madre. Una madre lo sabe todo —añadió Bronna poniendo los alfileres que le quedaban en el bajo del vestido.

La joven miró por la ventana de la cocina. El mar estaba en calma y pronto el ferry llegaría para llevarse a la modista de vuelta a Anstruther. Estaban solas en la casa. Desvió la mirada al reloj de la pared, todavía quedaban horas para que Graham regresase del pub oliendo a cerveza y vinagre.

—No ha pasado nada Bronna. Es mejor así —respondió Aisla mientras sin querer se pinchaba con otro maldito alfiler. Se llevó el dolorido dedo a la boca.

Bronna no insistió más. Por la mirada de la joven, sabía que no era prudente forzarla. Tan sólo se quejó de nuevo por no poder hacer bien su trabajo. Esta vez Aisla le puso las cosas fáciles y se desvistió por completo.

Bronna se llevó una mano a la boca. Consternada. La chica estaba llena de cardenales. Marcas violáceas que salpicaban su piel por aquí y por allá.

—¡Dios santo! —exclamó con la mirada desorbitada—. Mi niña...

—Si lo sabes todo, sabrás que tu hijo Colin piensa marcharse de aquí —pronunció la joven mirándola con gravedad. Bronna asintió, era lo único que podía hacer dada la impresión que se había llevado—. Bien, asegúrate de que lo haga. De que se vaya lo más lejos posible, Graham...

—Graham nunca le ha perdonado —interrumpió Bronna.

Ahora era Aisla quien la miró con sorpresa.

—¿De qué estas hablando?

—Me refería a mi marido Duncan —aclaró la modista—. Ahora me doy cuenta de que nunca le ha perdonado. Salí con Graham hace muchísimo tiempo. Yo era una cría que no sabía nada de lo que era el amor y pensé que él era el indicado. Pero después apareció su amigo Duncan. Lo que pasó más tarde puedes imaginarlo tú misma.

Aisla visualizó las piezas de aquel puzle en su cabeza y se dio cuenta de que todo encajaba. La amargura de Graham, lo desdichada que hizo a tía Rosslyn y a Dave, su odio irracional hacia

Colin... incluso la bebida. *Las consecuencias de un mal de amores pueden seguirte toda la vida.*

A Graham lo habían convertido en el hombre iracundo que era. Por primera vez en todos esos años conviviendo a su lado sintió lástima de él. Aun así, seguía siendo el mismo hombre que había amenazado con asesinar a Colin. El mismo hombre que le había dejado aquellos cardenales como recordatorio de su amenaza. Y eso era algo que no podía pasar por alto. Ni subestimar.

1 de Enero, 1969.
Anstruther.

Todos decían que había sido una ceremonia preciosa pero a la novia no se lo pareció. Aquel era el día más triste de su vida. Peter no le había quitado el ojo de encima durante toda la misa religiosa pero en lugar de mirarla con amor parecía que estuviera viendo un trofeo. El que tampoco le quitó un ojo de encima fue Graham que, como siempre, llegó a la Iglesia apestando a aquel ambiente enrarecido que se formaba dentro del pub. Llegó intentando camuflar el hedor y sonriendo por primera vez en mucho tiempo.

Aisla se sentía enjaulada bajo el ajustado vestido blanco que se deslizaba como el agua sobre su silueta. Apenas podía respirar con aquel encorsetado cuerpo de puntilla que le llegaba hasta el cuello y cubría también sus brazos. Eran como tentáculos. Se había dejado el cabello suelto adornado tan sólo con pequeñas perlas a pesar de las protestas de su prima política Anne y de Bronna. Estaba preciosa sí pero su rostro no denotaba alegría. Era como si estuviera esculpido en piedra.

—Enhorabuena, Aisla —pronunció Anne una vez fuera de la capilla.

La mujer de su primo Dave le dio un abrazo lo que en un principio descolocó a la joven. Lo que no sabía es que se había acercado tanto a ella con la intención de que no la oyese ningún otro invitado

—Lo siento mucho —le susurró al oído.

Aisla la miró con gratitud y aferró la mano de la joven entre las suyas.

—Gracias —pronunció apenas con un hilo de voz.

Más tarde, tuvo lugar el banquete en la playa de la Isla de May. La misma playa donde Rosslyn había encontrado el cuerpo de una jovencísima Aisla en 1955. Todos —invitados, músicos, cocineros y recién casados —fueron trasladados en ferry a la isla. Allí montaron

una carpa blanca que protegía una alargada mesa de madera maciza. Los ojos melancólicos de la novia se empaparon de todos los detalles: los farolillos colgantes, las velas, las flores y la música tradicional escocesa que se mezclaba con el rumor de las olas. En el banquete corrió como la pólvora la cerveza tostada, el marisco y las palabras soeces que los hombres les dedicaban a sus mujeres. Éstas con las mejillas encendidas por el alcohol y la vergüenza.

Aisla miraba el mar como si quisiera desaparecer en él. Pensó en Colin y se lo imaginó en el muelle esperando durante horas hasta darse por vencido. Imaginó el dolor en su rostro al comprender que ella no iba a aparecer. Que todos los sueños que habían imaginado sobre su futuro se iban a quedar sólo en eso, sueños. Absorta en sus pensamientos se asustó cuando sintió unas manos grandes que la agarraban por detrás.

—Esta noche vas a ser toda mía —murmuró Peter en su oído mientras sus manos se deslizaban por todo su cuerpo—. Ahora eres mi mujer.

Aisla casi se desmaya allí mismo pero aguantó el tipo. También aguantó el tipo aquella noche mientras Peter la follaba en su nueva casa junto al puerto de Anstruther. Y también a la mañana siguiente cuando quiso tocarla de nuevo.

Aisla recordaba aquellos primeros meses de casada con bastante confusión, como si estuviera dentro de un mal sueño que escapaba de su control. Pronto, fue acostumbrándose a la rutina que no distaba mucho de la que ya había tenido con su tío al fallecer Rosslyn de una pulmonía. Cocinar, mantener la casa limpia, regar las plantas del balcón, remendar los bolsillos de los pantalones y dibujar o leer a escondidas en la buhardilla de aquella casa pintada de rojo. A Peter Callum no le atraía la inteligencia y veía como una bobada los pasatiempos de su joven esposa. Para él, ella sólo estaba para satisfacerle y jactarse de los demás hombres cuando los veían juntos pasear los domingos después de acudir a la Iglesia. Resultó que Peter, tan gallito que se creía, era un beato de los pies a la cabeza y se pensaba superior al resto por llevar del brazo a una joven tan hermosa como Aisla.

Conforme pasó el tiempo y no hubieron noticias de ningún niño que poblase el hogar, el ambiente fue enrareciéndose y el humor de

Peter fue haciéndose cada día más sombrío. Aunque la muchacha quedó embarazada varias veces nunca lograba que el bebé sobreviviera a los primeros meses de gestación. Era como si el universo entero le estuviera diciendo que aquel no era su sitio, ni Peter el hombre con quien debiera formar una familia.

Su joven marido fue pasando cada vez más tiempo en el pub en compañía de Graham. Aisla no había vuelto a ver a su tío salvo por alguna vez que se había topado con él de casualidad en el muelle.

Fue, el uno de Enero de 1970, su primer aniversario con Peter, cuando decidió que no podía más. Que si permanecía un minuto más en aquella casa se iba a volver loca. Y todo fue provocado por aquel cuadro que había intentado enterrar en lo más hondo de su memoria.

—¿De dónde has sacado eso?

Peter observó con satisfacción que Aisla se había quedado lívida. Más que una sirena se asemejaba a un espectro. Era eso lo que él había buscado. Destrozarla. Estaba resentido con ella pues su matrimonio no era lo que había esperado. Era una mujer distante y fría que no era capaz ni de engendrar un niño. En cuanto vio el cuadro expuesto en una tienda de segunda mano y se dio cuenta de que era su mujer a la que había retratado el estúpido de McNeil tuvo que entrar y comprar la pintura. Echar sal a las heridas.

—Pensé que sería un buen regalo de aniversario. Eres tú, ¿verdad? —preguntó con fingida inocencia.

—No.

Aisla vio en la mirada de Peter que él sabía perfectamente que estaba mintiendo. Su marido golpeó la mesa de la cocina con furia. Aisla se asustó. Puede que Peter fuera un capullo pero nunca lo había visto así. Su rostro estaba enrojecido por la ira y comenzó a dar gritos y golpes contra todo lo que se le ponía en el camino. Volcó la estantería que ella más apreciaba donde había acumulado unos pocos libros en aquel tiempo.

—Peter, para, ¡para por favor! —suplicó ella mientras la furia de él destrozaba todo lo que ella había construido.

Por primera vez, Peter le levantó la mano. Aisla se dijo que sería esa la única vez. Cogió una pequeña maleta y algunas pocas

pertenencias y sali3 de all3 corriendo como alma que lleva al Diablo para no volver jams.

19

*Aquel mismo día 1 de Enero, 1970.
Horas más tarde.*

Aturdida, confusa y dolida, Aisla pensó en refugiarse en casa de su primo Dave pero no lo hizo.

Peter la encontraría allí.

Deambuló entonces por las calles de Anstruther mientras su cabeza era un hervidero de frenética actividad. *¿Dónde iría? ¿Podía abandonar a Peter así sin más? ¿Qué iba a ser de ella?* Pensó en Colin del que no había tenido noticias desde que se marchase y en quien había pensado cada noche antes de acostarse durante el último año. *¿Había sentido él ese miedo? ¿Temor a empezar una nueva vida alejado de todo lo que había conocido y de todas las personas que le habían rodeado?* Tenía que irse lejos, eso seguro, se repetía la joven una y otra vez. Su mente divagaba mientras caminaba por el paseo marítimo y de repente se vio pensando en aquellas cartas de amor que había escondido en su libro de cuentos. No podía dejarlas, no como había hecho con el amor de su vida. Aunque reconocía que se trataba de un pensamiento irracional también sabía que no podría marcharse de Anstruther sin sus cartas.

Miró la Isla de May a lo lejos y el faro que brillaba tan luminoso como una estrella mientras anocheecía. Si corría lo suficiente podría llegar a tiempo para coger el ferry. Sin embargo, por mucho que ella corrió mientras aferraba la maleta entre sus dedos, llegó tarde. Por suerte, allí en el muelle, estaba la embarcación de Peter y ella había aprendido lo suficiente con él en el último año para poder manejarla sola. Soltó amarras y navegó hacia la isla mientras el barco cabeceaba debido al movimiento del agua.



Graham Campbell estaba comprobando que la rotación del faro no sufriera ningún desajuste cuando se dio cuenta de que había luz en su casa. Y él estaba muy seguro de haber dejado las luces apagadas. Preguntándose qué era lo que estaba ocurriendo, pues nadie más habitaba la isla, bajó los peldaños de aquella escalera de caracol infinita. Cuando salió de allí, el viento casi le hace volver dentro de un fuerte soplo. El farero se colocó bien el cuello alto del jersey y se caló el gorro de lana hasta las orejas antes de dirigirse hacia la casa.

La puerta estaba abierta de par en par dejando entrar al estridente Viento del Norte. Graham no se andó con tonterías y sacó la pistola que guardaba en el interior de su abrigo. En aquel último año viviendo solo se había vuelto algo paranoico y veía fantasmas donde no los había.

Descubrió a Aisla revolviendo las pocas cosas que había dejado en su cuarto de niña. Tenía una pinta horrible. Estaba más delgada que cuando se casó, con profundas ojeras de preocupación, el cabello despeinado y la ropa arrugada. Parecía una loca.

—He visto las luces, ¿qué haces aquí?

La joven dio un respingo al escuchar la voz de su tío. Estaba tan absorta en encontrar su libro de cuentos que no había tomado ninguna precaución. Había sido descuidada. Dejando la puerta abierta y las luces encendidas como un rastro de migas de pan que habían conducido a Graham hasta ella. Maldijo su torpeza en silencio.

—Necesito recuperar una cosa —pronunció Aisla mientras seguía buscando.

Apenas había mirado a su tío, de haberlo hecho se hubiera dado cuenta del arma que sujetaba firmemente en la mano. Siguió buscando hasta que sus ojos captaron el lomo del libro. Se había colado detrás del escritorio.

—¿Y no podías hacerlo mañana?, ¿o al menos pedir permiso para entrar en mi hogar? —la ira de Graham iba en aumento y no le gustaba nada que lo ignorase. Le hacía sentir pequeño. Insignificante—. ¡Esta ya no es tu casa!

Aisla había corrido el escritorio y sus dedos se toparon con el libro. Las cartas seguían dentro, tal y como las dejó.

—¡Esta nunca ha sido mi casa! —explotó la joven después de guardar el libro en el interior de su escueto equipaje—. Ni la isla, ni Anstruther. Pienso marcharme esta noche lo más lejos que pueda de ti, de Peter... ¡De toda esta locura de vida que habéis creado entre los dos!

Graham no podía creerlo y se abalanzó hacia ella con la intención de frenar aquel despropósito.

—¡No vas a avergonzarme, ¿me oyes?!

—¡Suéltame!, ¡Suéltame! —Aisla intentaba zafarse del hombre que era el doble de grande que ella.

Le golpeó la cabeza con la maleta y mientras el farero se tambaleaba con la frente herida, Aisla huyó por la ventana del dormitorio. El tiempo pareció ralentizarse mientras corría hacia la playa.

Siendo perseguida.

Corrió con el terror dilatando sus pupilas, con el viento zarandeando su dorada melena y con las pulsaciones de su corazón martilleándole las sienas. Estaba fatigada. Sus pasos menguaron en velocidad. Su respiración se entrecortaba por la falta de oxígeno.

A lo lejos se escuchaba el mar embravecido.

Graham la alcanzó a la altura de la playa y ambos forcejearon durante unos minutos hasta que todo se acabó. El disparo sonó en la inmensidad de la isla como un trueno y Aisla consternada vio como su vestido se manchaba de sangre. Sin embargo, ella estaba bien. Observó la pistola que había caído al suelo y se había disparado sola. Después, observó el cuerpo de su tío tendido en la arena. A pesar del odio, del rencor, corrió a socorrerle.

—No, no, no, no... —repitió una y otra vez mientras palpaba en busca de la herida bajo las capas de ropa. La taponó con sus manos temblorosas—. Vas a ponerte bien, Graham. En la casa hay un teléfono, llamaré a urgencias.

Su tío intentó decir algo pero tan sólo escupió sangre y al final acabó por ahogarse con ella. Estaba muerto. Ya no había nada que hacer.

Aisla siguió presionando la herida sin atreverse a mirar el rostro del hombre. Al final se derrumbó junto a él y chilló, pataleó y lloró mientras se desgarraba por dentro. Había sido un accidente. Tan sólo un estúpido accidente. Observó sus manos pegajosas que brillaban en la oscuridad con el fulgor rojizo de la sangre. Se quedó un rato en estado catatónico mirando la línea que dibujaba el mar en el cielo.

No podían encontrarla ahí. Tampoco encontrar a Graham en ese estado. Como sumida en un trance, Aisla se incorporó del suelo, se engujó las lágrimas y tiró del cadáver de su tío con las pocas fuerzas que le quedaban. Lo condujo hasta la orilla de la playa y le llenó todos los bolsillos de pesadas piedras. Después se metió con él en el mar, intentando alejarle de la orilla. El agua estaba tan helada que a los pocos segundos el aliento comenzó a condensarse delante de sus narices y todo su cuerpo comenzó a entumecerse. Cuando la marea ya le llegaba por encima del pecho, soltó a Graham. Éste se hundió poco a poco pero Aisla no se quedó para verlo. De tratarse de uno de los cuentos de hadas que tanto le gustaba leer, hubiera terminado así:

Y el Dios del mar, que no pudo cobrarse la vida de la niña, arrastró al hombre malvado hasta sus profundidades viendo saldada, al fin, su deuda.

2019.
Crail.

Aisla no pudo conciliar el sueño aquella noche. Pensaba en el pasado. *En Colin, en Peter, en Graham...* como una trinidad masculina que había encarnado en algún momento de su vida el amor, la codicia y el orgullo. Aquellos fantasmas que había guardado bajo llave habían encontrado la salida en la quietud de la noche. Estaba despierta cuando escuchó a Sheena llegar a casa de madrugada, tropezar con la alfombra, reírse y encender el grifo del lavabo que siempre se quedaba mal cerrado.

— *Una gota. Dos gotas, tres gotas, cuatro...* — contó.

Al final, ni el secreto más oscuro pudo mantener a la anciana despierta por más tiempo.



Sheena se levantó con resaca. Hacía mucho que no le pasaba pero aquella mañana sentía una taladradora en el interior de su cabeza y un agujero negro en su estómago. Estaba famélica pero no le extrañó. Al ver el reloj de su móvil se dio cuenta de que había perdido casi toda la mañana en la cama. Se había saltado el desayuno, el almuerzo y ya casi era la hora de comer.

Bostezó y se estiró sobre el colchón haciendo que las sábanas se desordenasen aún más de lo que estaban. Pensó en la noche anterior, en lo divertido que había sido salir con Leslie, tomar unas cervezas, cenar hasta hartarse, disfrutar de la música... De repente, le vino a la mente la imagen de Moray en el escenario tocando una canción de *The Animals*. Había estado imponente y ella no había podido quitarle la mirada de encima. Leslie le había dicho que tenía los ojos brillantes y las mejillas coloradas mientras le veía. Por

suerte, Moray estaba tan centrado en la música que no se dio cuenta de nada. Terminó su canción, bajó del escenario y entre aplausos cogió la bolsa marrón con su cena y la de su hija para llevársela. Desapareció segundos después por la puerta y *The selkies* volvieron a tocar, esta vez, sin él.

El estómago de Sheena rugió con desesperación.

—Que sí, que ya voy —habló consigo misma mientras se levantaba e iba al lavabo para ducharse y vestirse.

A Aisla le llegó el sonido de la música que su nieta había reproducido en el teléfono móvil. Reconoció las primeras notas de *The house of the rising sun* y el corazón casi se le sale del pecho. Su memoria regresó a la casa de Colin, ella con dieciocho años tirada en el sofá con los ojos cerrados escuchando aquel vinilo. No podía seguir así más tiempo. Tenía que contarle a su nieta que era ella la sirena del cuadro sobre el que estaba trabajando. Tarde o temprano acabaría por descubrir quién era ella y Aisla no podía esconder por más tiempo aquellos años de su vida. Esconderse la estaba mortificando. Ocultar aquella parte de su historia la estaba convirtiendo en una vieja asustadiza y paranoica perseguida por los fantasmas. No quería acabar como Graham Campbell.

Escuchó a su nieta bajar las escaleras y se puso en guardia.

Sheena entró al salón y vio a su abuela aún sentada en la mesa que usaban para comer. Estaba muy quieta y la miraba fijamente, tanto, que le puso nerviosa.

—Perdona abuela, estoy siendo una nieta horrible —se disculpó ella—. Anoche llegué tardísimo y sé que estoy pasando poco tiempo contigo. ¿Has comido ya? Si no has comido podríamos salir por ahí nosotras solas. ¿Estás enfadada?

—No estoy enfadada cariño y será mejor que dejemos la comida para otro día, quería hablar contigo...

—Menos mal —interrumpió Sheena—, pensaba que estarías enfadadísima.

—Tu madre hizo cosas peores a tu edad —le respondió Aisla—. Quería hablarte de tu trabajo...

El estómago de Sheena volvió a rugir de manera insistente.

—Lo llevo bien abuela, creo que voy a acabarlo con tiempo de sobra —soltó la pelirroja mirando su móvil. Estaba leyendo un

mensaje de Isla, la madre de Moray—. Ayer le pregunté a Isla, tu profesora de arte, si sabía más cosas del cuadro. Me acaba de contestar que va a investigar también, que lo único que sabe es que no fue pintado aquí en Crail si no en Anstruther. Lo sabe porque fue vendido a un anticuario de allí en 1970 que lo tuvo en su tienda expuesto apenas unos días. Enseguida lo compraron.

Su nieta no había despegado la mirada del mensaje de texto de su móvil. De haberlo hecho hubiera visto la mirada de terror en los ojos de la anciana.

—Sheena yo...

—Yo también te quiero, abuela —le dió un beso en la frente y sonrió guardándose el teléfono en el bolso—. Voy a salir a comer algo, así me despejo antes de volver al trabajo. Ahora vengo.

Sheena se despidió con la mano y Aisla se quedó allí sentada, balbuceando una escueta despedida mientras su corazón latía con fuerza.

La joven pelirroja anduvo entre las callejuelas de Crail aspirando en grandes bocanadas de aire aquel aroma a flores y salinidad. Conocía un restaurante al que había ido con Effie hacía unos años pero no recordaba exactamente dónde estaba. Quizá, hasta lo habían cerrado. Pensaba en eso cuando se topó frente a frente con Moray Graig. Éste paseaba a una niña preciosa en un pequeña silla de ruedas. Sheena supuso sin duda alguna que aquella niña pecosa era su hija Yvaine.

—¡Hola! —exclamó Sheena.

Él la saludó también y ambos se sostuvieron la mirada unos segundos más de lo habitual.

—¡Mamá! —exclamó la niña señalándola mientras sonreía.

Sheena casi se atraganta y sintió cómo se le caía el mundo a los pies al escuchar a aquella niña llamarla *mamá*. Estaba roja de vergüenza. Aunque no tanto como Moray que se había puesto de cuclillas en el suelo e intentaba explicarle a su hija que aquella no era su mamá.

Se disculpó una vez se hubo levantado.

—Lo siento —le dijo—. Creo que es por el color del pelo, lo asocia a Bonnie y de ahí no la sacas. Yvaine es un poco cabezota a

veces.

Sheena sonrió con dulzura y se agachó un poco para saludar a la pequeña.

—Hola, cielo. Soy amiga de tu papá, me llamo Sheena. ¿Y tú?

La niña le miró con unos ojos increíblemente redondos y grandes.

—¡Yva! —respondió ella sonriente.

—Yvaine —corrigió su padre.

—Yva...i...ne —volvió a decir la niña.

Sheena hizo una mueca graciosa.

—¡Pero que nombre tan bonito, Yvaine! —exclamó ella—. Un pajarillo me ha dicho que te gusta pintar. Un día podríamos pintar juntas, ¿te gustaría?

La pelirroja miró de reojo a Moray que estaba cruzado de brazos y miraba a su hija con ternura. Se le derritió el corazón.

—¡Vamos a comer algo, ¿te apetece venir? —le preguntó Moray.

Sheena iba a declinar la oferta cuando sintió un pequeño tirón en la manga de su jersey. Miró a Yvaine que la había agarrado con torpeza. La pelirroja rió algo nerviosa pero no pudo evitar que aflorasen las mariposas en su estómago. La niña, con tan sólo dar un tirón en la manga de su jersey, le había robado el corazón.

—Creo que Yvaine ya ha decidido. Te vienes con nosotros —pronunció Moray antes de soltar una risotada.

Sheena caminó junto a ellos y no le pasó desapercibidas las miradas de los transeúntes.

—Al final te acostumbras a los cotilleos de la gente. Es lo único que odio de este pueblo —soltó Moray con fastidio—. Han pasado tres años desde la muerte de Bonnie y sigo siendo "*ese pobre viudo*".

—Lo siento mucho.

—No pasa nada —Moray se encogió de hombros mientras señalaba la fachada de un restaurante italiano—. A mi hija le encanta la pizza, espero que no te importe.

Sheena negó con la cabeza mientras veía a Moray que estaba pasando uno de los brazos de la pequeña por encima de su hombro.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—La silla de Yvaine no cabe por la puerta —le explicó mientras levantaba a la pequeña. Después se dirigió hacia ella—. ¿Quién va

a comer pizza hoy?

—¡Yo!, ¡yo! —Yvaine estaba eufórica y feliz de tener allí a su padre y a su nueva amiga.

Sheena, preocupada, observó como la niña se ponía en pie, cogía a su padre del brazo que había terminado de plegar la silla y entraban al restaurante con dificultad.

—Espera, dejame ayudarte —le dijo a Moray mientras cogía ella la silla de ruedas plegada.

A Sheena le incomodó las miradas de los clientes que parecían molestos por el alboroto que estaban montando en pocos segundos. La pelirroja se sintió molesta y miró con mala cara hacia una mesa donde habían comenzado a cuchillear. Le pareció escuchar las palabras *retrasada* y *coja*. Sintió que la sangre le hervía y tuvo que morderse la lengua para no contestar. Si Moray se enteró de algo lo ignoró y ayudó a Yvaine a sentarse frente a la mesa que el camarero había señalado con el dedo.

—Perdonad —interrumpió Moray a la mesa de al lado—, ¿podéis hacer la silla un poco hacia adelante?. Así podemos pasar la silla de ruedas al otro lado y dejarla apoyada en la columna.

—Claro, sin problema —contestó la mujer después de sonreír a la niña. Arrastró su silla hacia la mesa unos centímetros.

Sheena se quedó en silencio pensando mientras dejaba la silla de Yvaine con cuidado de que no volcase. Nunca se había planteado las dificultades que suponía una silla de ruedas a la hora de hacer vida normal. Puertas demasiado estrechas, poco espacio dentro de los locales, miradas incómodas, coches que ocupaban sin ningún remordimiento las plazas reservadas a los discapacitados, aceras sin rampas con escalones demasiado altos para poder bajar... Y lo peor es que podría haber seguido enumerando obstáculos durante un buen rato. Pequeñas cosas de las que no somos conscientes pues estamos más pendientes de asuntos triviales que de lo que verdaderamente importa.

—¿Estás bien? —le preguntó Moray.

Sheena asintió.

—Tan sólo estaba pensando.

Él adivinó por el rostro preocupado de ella qué era lo que estaba pensando. La tranquilizó. Los comentarios hieren sólo si dejas que

lo hagan y ni él ni Yvaine permitían que las habladurías sin conocimiento les afectasen. Ambos eran fuertes. Moray le contó que lo de ir en silla de ruedas era meramente porque la niña se cansaba mucho y solían llevarla para ir a pasear o en trayectos largos.

—El médico me recomendó ir dejando la silla de ruedas poco a poco. Intentar que ella coja fuerza en los músculos y que cogiese también algo de confianza así que intentamos andar media hora todos los días.

El camarero llegó con la comanda interrumpiendo la conversación. La pelirroja vio con ternura como Moray cortaba una porción de pizza en pequeños cuadraditos en el plato de su hija y después la ayudaba a sostener el tenedor. Conversaron durante largo rato. De todo y de nada. La pequeña le contó que su tercer color favorito era el naranja, que tenía un peluche llamado Lu y que su mejor amigo era un voluntario de su club de ocio.

La joven se rió mientras traían el postre.

—Pues, ¿sabes qué?. Mi mejor amigo es tu papá —Sheena lo dijo sin pensar y después de sentir la cálida mirada de él, cambió de tema—. Por cierto, ¿sigue en pie ir de excursión a Anstruther?

21

Sheena miró el vestido azul que colgaba en su armario. Estaba nerviosa y no había pegado ojo en toda la noche pensando en Moray. Imaginando que sus labios se rozaban por accidente y éste le confesaba que la quería.

Que ridiculez, pensó intentando evitar aquella imagen. *Moray sigue enamorado de su mujer. No hay más que escuchar como habla de ella.*

De todas formas, se puso aquel vestido azul que había guardado para una ocasión especial, unas medias transparentes y unos tacones que estilizaron aún más sus curvas. Se dejó el cabello suelto y alborotado y delineó su mirada con un *khol* negro al estilo *pin up*. Apenas se reconoció en el espejo y supo que había acertado cuando vio la cara de bobo que se le quedó a Moray nada más verla subir a la camioneta.

—Estás... —Moray intentaba encontrar las palabras—. Estás muy guapa, Sheena.

La pelirroja se sonrojó mientras le daba las gracias y escuchaba a Yvaine repetir *guapa, guapa*. No pudo evitar sonreír como una cría mientras el chevrolet se ponía en marcha.



La tienda de antigüedades *Retro Memories* estaba tal y dónde le había dicho Isla. La pelirroja había buscado en internet información acerca de la tienda y se dio cuenta de que ésta no había cambiado nada. Amplió la fotografía del móvil que se había descargado de un foro sobre restauración y coleccionismo. La misma vidriera en el escaparate, los mismos ornamentos en la madera, la misma campana en la entrada... lo único que había cambiado era el nombre del negocio. Por aquel entonces, en los años setenta, tan sólo se llamaba *Memories*.

—Podéis esperar fuera si queréis —le dijo a Moray y a la pequeña.

Él miraba cada pieza del escaparate con interés y le señalaba a su hija los objetos que más le gustaban como un secreter del siglo XVII. Yvaine, por su parte, miraba los juguetes antiguos que estaban hechos de madera absorta en un ferrocarril pintado a mano. Parecía que estuviera con dos niños en lugar de uno.

—Ni loco —él sonrió cogiéndola del brazo, emocionado—, entremos contigo.

La campana de la tienda sonó y mientras padre e hija se perdían entre multitud de curiosidades, Sheena interrogó al anciano que llevaba el negocio.

—Sé que le parecerá extraño pero estoy buscando cualquier información que pudiera darme sobre este cuadro —le enseñó una fotografía del cuadro de la sirena que había impreso en tamaño folio.

El hombre se quedó largo rato admirando la pintura con los ojos empañados por la nostalgia. Lo reconoció enseguida.

—Ah, La sirena de McNeil —murmuró sin levantar la vista del folio—. Pensé que no lo volvería a ver.

—Entonces, ¿lo conoce?, ¿es cierto que lo tuvo en la tienda? —el hombre asintió—. ¿Cómo llegó hasta aquí?, ¿quién lo compró después?

El anticuario la miró con cierta reticencia. Dejó la fotografía de la pintura encima del mostrador y se puso a limpiarse los cristales de sus gafas con evidente fastidio.

—¿Es usted periodista?, ¿escritora? —le preguntó colocándose las gafas de media luna.

Sheena negó rotundamente.

—Estudio Historia del Arte y estoy haciendo un trabajo sobre Colin McNeil. Vivió aquí, ¿lo conoció?

Las risas de Yvaine y los comentarios de Moray interrumpieron por un segundo la conversación que estaban manteniendo. El anciano miró a ambos que pululaban por la tienda con entusiasmo.

—Tiene usted una familia preciosa —le dijo. Ella no se molestó en corregirle—. Colin no la tenía. A su padre no le gustaba que pintase. Siempre absorto en sus bocetos y acuarelas. Conocí a

Colin en el colegio pero dudo que él se acordase de mí. Sólo tenía ojos para sus lienzos y para una joven que vivía en la isla de May. La sobrina del farero... no recuerdo su nombre.

Sheena apuntó detrás de la fotografía del cuadro todo lo que el anciano le contaba. Su mano se detuvo en seco una vez acabó y dejó el bolígrafo junto a lo que había escrito.

—¿Cómo llegó el cuadro hasta aquí?

El hombre se rascó la cabeza intentando recordar.

—Si mal no recuerdo creo que fue su madre la que vino aquí con la intención de venderlo. Por aquel entonces el negocio lo dirigía mi padre, que en paz descanse, y se trataba de una tienda de segunda mano. Con el tiempo fue convirtiéndose en una tienda de antigüedades —hizo una pausa—. Recuerdo estar barriendo cuando Bronna McNeil entró con el cuadro llorando porque su marido quería tirar a la basura las pocas pertenencias que quedaban de su hijo.

—¿Alguna vez tuvo noticias de él?

—La verdad es que no lo sé. Tan sólo lo que se decía por ahí. Que Colin se había marchado porque la sobrina del farero se había casado con otro.

La cabeza de Sheena comenzó a trabajar a toda velocidad intentando ver las conexiones. Por lo menos, ya intuía porqué McNeil no se había llevado el cuadro de la sirena con él. ¿Le había roto el corazón la joven del lienzo?

—Y, por casualidad, ¿no sabrá quién compró el cuadro después?

—Espera —le dijo el anticuario—, tengo un registro de todos los clientes.

El anciano desapareció por la puerta de la trastienda. Sólo entonces, Moray y la pequeña se acercaron al mostrador.

—¿Todo bien? —Le preguntó el chico.

Sheena estaba pletórica.

—Creo que estoy a punto de dar con algo gordo —respondió.

El anticuario regresó segundos después con un libro de registro que comprendía desde los años setenta hasta los noventa. Enseguida encontró lo que buscaba.

—El cuadro fue comprado el uno de Enero de 1970 por Peter Callum Dow —Leyó el anciano para después fruncir el ceño—. Que extraño...

La joven se puso nerviosa.

—¿Qué es extraño? —le interrumpió con impaciencia mientras pensaba que aquel nombre ya lo había escuchado antes aunque no sabía ubicarlo.

—Peter Callum fue el chico que le quitó la novia a McNeil. ¿Por qué comprar un cuadro de él?. No tiene mucho sentido, ¿verdad? —preguntó el anciano.

Fue Moray quién lo comprendió.

—Porque no se trata de él si no de ella. La chica del cuadro. La sirena que les robó el corazón...

—La modelo es la sobrina del farero —interrumpió Sheena.

Moray estaba comprando un par de helados cuando escuchó las risas de su hija. Desde el puesto callejero en el paseo marítimo de Anstruther observó a Sheena y a la pequeña. Ella estaba realmente preciosa y trataba a Yvaine como lo que era, un niña, no una figura de cristal. La pelirroja le sonrió desde la distancia y él se acercó con los helados pensando que podría acostumbrarse a eso. A estar los tres juntos.

—¿Puedes darle su medicación? —preguntó él enseñándole a Sheena los dos cucurucho de nata que sostenía, uno en cada mano.

—Claro, sin problema. Dime como es —pronunció ella mientras se levantaba del banco antes de ponerse a buscar en la mochila rosa que colgaba de la silla de ruedas.

—Es una caja blanca de jarabe. Dentro hay dos jeringuillas. Las llenas las dos y se lo das así para que lo trague mejor —explicó él.

La pelirroja siguió sus indicaciones y le dio la medicina a Yvaine. Ésta puso una cara rara.

—Está malísimo, ¿verdad? —le preguntó Sheena a Moray mientras él le daba un cucurucho a su hija.

—¿Por qué crees que he comprado un par de helados?

—¿Por qué están súper ricos?

El rostro de inocencia de Sheena le arrancó unas buenas carcajadas. Aguantó como pudo las ganas que le entraron de besarla y compartió con ella el otro cucurucho de nata. De vez en cuando, la mirada de Moray se desviaba a los labios de ella, húmedos y brillantes. Terminaron el helado mientras escuchaban de fondo el sonido del mar y de las focas.

—Sería una pena marcharse de aquí sin hacer algo de turismo. Dicen que *Kellie Castle* es precioso y sólo estamos a diez minutos en coche —pronunció Moray.

Quería estar más tiempo con ella. Quería abrazarla. Besarla. Decirle que no sabía cómo pero que no se la quitaba de la cabeza.

Quería decirle muchas cosas pero tan sólo se le ocurrió aquel plan estúpido que había visto en un folleto del puesto callejero mientras pagaba los cucuruchos.

Sheena sonrió todavía saboreando la nata que a partir de entonces se convertiría en su sabor de helado favorito.

—¿Qué dices, Yvaine? —le preguntó a la pequeña—. ¿Te apetece ver un castillo de verdad?



» La historia del Castillo de Kellie tiene su miga. El castillo, del siglo XIV había pertenecido a la familia Oliphant durante doscientos cincuenta años hasta que fue comprado por Sir Thomas Erskine en 1613. Fue, unos años más tarde, en 1617, cuando el mismísimo rey Jacobo VI de Inglaterra se alojó entre sus paredes. Se cuenta que fue debido a la visita real que se pintó el espectacular techo de la biblioteca.

» Sin embargo, el esplendor no dura eternamente y en 1830 el castillo, que había pertenecido a los Erskine, pasó a pertenecer a un dueño que lo dejó convertirse en una ruina. Pese a semejante estado, apareció en 1878 un nuevo comprador, James Lorimer. Toda la familia Lorimer, entre los que contaban un arquitecto, un escultor y un pintor, restauraron el castillo al estilo victoriano que por entonces estaba tan de moda. Fue, en 1970, que la propiedad pasó a ser gestionada por la *Nacional Trust for Scotland*.

La voz del guía recorría las salas y se alzaba sin ninguna dificultad por encima de los comentarios de los turistas y el sonido que hacían las cámaras fotográficas al dispararse. Sheena, que miraba absorta un mural de Anna Traquair inspirado en *La primavera* de Botticelli, no se dio cuenta de que el grupo se iba sin ella. Notó la mano de Moray sobre la suya.

—Vamos —le dijo sin soltarle la mano.

Juntos, con los dedos entrelazados, empujaron la silla de Yvaine hasta la siguiente habitación del castillo, el comedor. Se habían

perdido la explicación del guía sobre el tapiz que se mostraba allí pero no les hizo falta.

—Es un tapiz de origen flamenco del siglo XVI —susurró Moray mientras admiraban el bordado que representaba una mujer y un toro—. Muestra el mito griego del rapto de Europa. La mitología relata que Europa fue raptada por Zeus transformado en toro blanco. Éste, que se había enamorado de ella, la llevó a Creta sobre sus lomos. Sin embargo, Zeus sabía que no podía quedarse con ella por mucho tiempo. Engendraron tres hijos: Minos, Sarpedón y Radamantis. Y le entregó tres regalos: un autómatas de bronce, un perro que no fallaba en la caza y una jabalina que siempre acertaba en el blanco. Aun así sentía que no era suficiente así que logró casarla con Asterión que adoptó a los hijos de Zeus. Cuando Europa murió le fueron concedidos los honores divinos y pasó al cielo convertida en una constelación con forma de toro.

Sheena se quedó impresionada y casi sin habla mientras sus ojos aún admiraban aquel precioso tapiz.

—¿Cómo es que sabes tanto?

Moray no pudo aguantar la risa y señaló una placa dorada junto al tapiz.

—Lo acabo de leer.

Sheena fingió indignarse y ambos rieron, bromearon y jugaron dándose pequeños empujones amistosos. Hasta Yvaine comenzó a reír señalando el bordado. De repente, se quedaron en silencio salvo por la pequeña. Moray tenía a Sheena a tan sólo unos centímetros de distancia. La mano de él estaba en su cintura mientras que ella tenía las palmas de sus manos sobre el ancho pecho de Moray. Sus piernas temblaron cuando él acarició con el pulgar su mejilla. Sheena aguantó la respiración y se acercó poco a poco hacia él. Sus labios casi se rozan cuando Moray se apartó, apartando también la mirada de ella.

—Tenías una pestaña —fue lo único que dijo dejando a Sheena con el corazón en la garganta.

El resto de la visita transcurrió con normalidad y los tres se lo pasaron en grande recorriendo el jardín amurallado del castillo, merendando a orillas del lago que había allí. Sheena procuró no

pensar en lo que había ocurrido frente al tapiz bordado y evitó mirar los labios de Moray cuando éste le propuso pintar un mural.

—¿Quieres que pinte el cuarto de Yvaine? —le preguntó mientras daba un bocado a su tentempié mirando a la niña que estaba sentada sobre la hierba pintando en un cuaderno de dibujo.

—Va a ser su cumpleaños dentro de poco y he pensado que sería un regalo original. Puedo pagarte lo que tú quieras.

Sheena le miró fijamente. Por primera vez, creyó ver que Moray se sonrojaba pero a lo mejor era cosa suya que se lo estaba imaginando.

—No tienes que pagarme nada Moray. Por Yvaine y por tí haría lo que fuera. Lo sabes, ¿verdad? —le dijo.

Crejó ver cómo los ojos de él se empañaban pero tan sólo fue un segundo. Moray asintió y Sheena le cogió de la mano con disimulo. Él no la apartó. Permanecieron así durante largo rato, sentados sobre la hierba, viendo la silueta de Yvaine recortada sobre el lago.

Cuando llegaron a Crail era ya noche cerrada y Sheena entró en silencio a la casa para evitar despertar a su abuela. Una vez con el pijama puesto, encendió el portátil y comenzó a transcribir las notas que había escrito durante la visita a la tienda de antigüedades de Anstruther. Escribió acerca de la vida amorosa del pintor y cómo aquel cuadro acabó en manos de su rival. Pensó en lo cerca que estaba de descubrir quién había sido el amor de juventud de Colin McNeil. La sobrina del farero.

La única mujer en la obra pictórica de él.

Sin embargo, ni por asomo podía adivinar lo cerca realmente que había tenido a aquella joven y lo importante que era en su vida hasta que no vio a su abuela a la mañana siguiente.

Sheena casi se atraganta con su tostada cuando la anciana confesó, por fin, uno de los muchos secretos que la habían estado carcomiendo. Aísla sabía que tendría que haber hablado con su nieta desde el principio.

—Yo soy la modelo del cuadro, cariño —pronunció evitando mirar el desconcierto en el rostro de su nieta—. Tenía catorce años cuando me enamoré de Colin y dieciocho cuando él me retrató.

La cabeza de Sheena iba a explotar. Nunca, en la vida, hubiera imaginado a su abuela siendo la sirena de McNeil. La miró. Observó con detenimiento sus ojos intentando encontrar en ellos la belleza de la modelo. Su mirada seguía igual. El sentimiento. La forma. El color exacto del iris. *¿Cómo no la había reconocido?* Pensó en lo atrayente que le había resultado el cuadro. En la fascinación que le había provocado. Era su abuela. Su sangre. Su familia. No pudo evitar enfadarse con ella. Había estado dando palos de ciego por su culpa.

Como un *flash* le vino a la mente la esquela fúnebre que le había visto a Aisla nada más llegar a Crail.

—Peter Callum Dow... —murmuró.

La anciana dejó que Sheena asimilase la noticia. La pelirroja tenía un millón de preguntas en su cabeza. *¿Porqué su abuela no le había dicho nada?* Según lo que el anticuario le dijo, *¿se había casado con Peter?* *¿En qué lugar dejaba entonces a su abuelo?* *¿Él llegó a saber aquello?* *Su madre no sería hija de Peter, ¿verdad?* Aisla le puso delante la lata de galletas que había estado siempre en el último estante de la cocina.

—No quiero galletas —le dijo Sheena, enfadada—. Se me ha cerrado el estómago.

—No son galletas Sheena, son cartas —la voz de Aisla sonó relajada. Casi aliviada. Se estaba quitando un peso de encima. Aunque aún quedaba lo peor.

A la mente de la anciana le vino aquella terrible noche cuando arrastró el cadáver de su tío al mar. *¿Cómo podía confesarle algo así?* La muerte de Graham había sido un accidente pero ella siempre se sintió culpable. Se había asustado, sólo era un chiquilla asustada que no tuvo el valor de llamar a las autoridades. De haberlo hecho, quizá no estaría ahí. Ni Sheena. Ni Effie.

Vio cómo su nieta miraba el móvil después de que éste hubiera vibrado encima de la mesa.

—Tengo que irme, es Moray —pronunció Sheena mientras se levantaba alejándose de la mesa de la cocina. Alejándose de su abuela.

—Cariño, tenemos que hablar, tengo tantas cosas que explicarte —le suplicó a su nieta.

—Hablaremos luego —Sheena estaba furiosa y sus palabras fueron tan cortantes como un cuchillo—, si has esperado todo este tiempo para decir la verdad podrás esperar un poco más.



Moray estaba nervioso, de eso no quedaba duda alguna. No había más que verlo ir de un lado para otro. Recorriendo la casa en busca de imperfecciones. Quería causar una buena impresión. No quería que Sheena se diese cuenta de que era un amo de casa desastroso. Recogió la ropa sucia que había acumulado esos días y la dejó en el cesto junto a la lavadora. Ya tendría tiempo más tarde de ocuparse de eso. En ese momento tocaron al timbre y Moray corrió, literalmente, hacia la puerta. Cuando vio el rostro de Sheena supo que pasaba algo malo.

—Te noto algo... pálida —no sabía que decir—. ¿Te encuentras bien?

Sheena pasó dentro de la casa, dejó las pinturas que llevaba en la mochila a un lado del recibidor y se abalanzó a los brazos de Moray. Éste la abrazó sin decir nada. Tan sólo estrechó a la pelirroja con ternura y le besó en la coronilla mientras ella seguía abrazada a su cuerpo.

Moray se preocupó.

—¿Qué ocurre?, ¿estás bien?, ¿qué ha pasado?

Sheena quiso responderle pero las palabras se le atascaron en la garganta. Estaba con los nervios a flor de piel.

—Te prepararé un té —añadió Moray señalándole la puerta de su izquierda—. Ahí está el salón. Pónte cómoda, ¿vale?. Enseguida voy.

Sheena hizo lo que le pedía y fue hasta el salón. Una vez allí, se dejó caer en el sofá, agotada por las emociones que estaba

teniendo nada más empezar el día. Intentó quitar de su cabeza la imagen que esa mañana tenía Aisla. La joven había visto a su abuela y se había dado cuenta de que no la conocía en absoluto. Pero, *¿realmente conocíamos a nuestros familiares más allá del rol de madre, padre, abuela, etc...? No. No sabíamos nada. ¿Qué sabía ella de Aisla más que le gustaba pintar, leer y que había estado enamorada de su abuelo hasta el día en que murió? ¿Qué sabía ella de Aisla siendo una joven? Nada.* Ni siquiera había visto fotografías suyas de aquel entonces. De haberlo hecho a lo mejor hubiera reconocido a la joven del cuadro.

Suspiró al mismo tiempo que comenzaba a dolerle la cabeza e intentó dejar la mente en blanco. Admiró el salón que tenía a su alrededor. Estaba pintado en tonos cálidos y de vez en cuando encontraba por algún rincón la nota de color verde que daban las macetas. Era acogedor. Además de las plantas, podía encontrar dibujos de Yvaine por todos los rincones.

Un cubilete de metal blanco lleno de crayones con la punta aplastada se hallaba en la mesa de café como si se tratase de un centro decorativo. A lo lejos, sobre uno de los estantes de la librería, captó su atención una fotografía. Se acercó para verla mejor.

Supuso que era Bonnie.

Estaba sonriendo a la cámara y llevaba su cabello pelirrojo recogido en una coleta. A Sheena se le encogió el corazón. Ambas se parecían mucho. ¿Era por eso que Moray parecía estar buscando excusas para pasar tiempo con ella? ¿por qué le recordaba a Bonnie?

—Ya está el té.

Sheena dio un respingo al escuchar la voz de Moray. Se dio la vuelta, avergonzada, mientras éste dejaba una bandeja con la tetera y los vasos sobre la mesa.

—Lo siento, yo.. no quería. No quería...

Moray le sonrió mientras servía el té y eso la tranquilizó. Corrió a sentarse de nuevo en el sofá mientras llegaba a ella el aroma de la fruta.

—¿Té de manzana? —preguntó arqueando una ceja de incredulidad.

Moray se rascó la oscura barba.

—Era uno de tus favoritos, ¿no? —pronunció con total naturalidad—. ¿Qué te ha ocurrido Sheena?

La pelirroja se cruzó de piernas y se apartó el pelo de la cara. Un gesto que para Moray no pasó desapercibido. Estaba preciosa incluso con aquellos ojos tristes que le miraban.

—Es mi abuela —empezó a explicar.

—¿Le ha ocurrido algo? —interrumpió él.

Sheena negó ladeando la cabeza. Le relató entonces lo que había ocurrido durante el desayuno sin dejar ni el más mínimo detalle. Moray, boquiabierto, escuchaba atentamente a la pelirroja.

—Entonces, ¿realmente es ella? —Sheena asintió mientras daba otro sorbo a su té—. ¿Qué más te ha contado?

—Nada —respondió ella—. La verdad es que la he dejado con la palabra en la boca. Estaba enfadada. Supongo que me sentía una idiota. Aísla sabía en qué estaba trabajando y ha esperado hasta el último momento para contarme algo así.

Moray frunció el ceño. Entendía el enfado de Sheena pero también era su abuela. Debería de haber escuchado su historia antes de salir corriendo. Le hizo saber la opinión que tenía y durante unos minutos permanecieron en silencio. Por suerte, el silencio entre ambos no llegaba a ser incómodo. De hecho, se entendían bastante bien incluso sin hablar.

Era una de las cosas que a Sheena le gustaban de Moray. Y viceversa.

—La verdad es que sé que tienes razón —la pelirroja se levantó y ayudó a Moray a llevar las cosas a la cocina una vez hubieron acabado el contenido de la tetera.

Lo observó mientras él fregaba las tazas. El agua le salpicó en la camisa de franela a cuadros verdes que llevaba ese día.

—Si hubieras visto su cara cuando le he dicho que hablaríamos luego... ahora me siento fatal —añadió ella.

Moray, que estaba terminando de secarse las manos con un paño naranja, la miró de forma comprensiva.

—No pienses más en eso —le dijo—, ven. Te enseñaré el cuarto de Yvaine.

Sheena siguió a Moray hasta el cuarto de la niña y por el camino cogió su material de pintura. Intentaba no darle más vueltas a la

cabeza. En cuanto puso un pie dentro del cuarto se dio cuenta de cuán especial era aquella habitación.

A Yvaine le gustaba el mar, eso estaba claro.

La cama tenía una colcha bordada en tonos azules creando ondas que se asemejaban a las olas. Tenía cojines en forma de estrella y también estrellas fluorescentes pegadas al techo. Peluches, cuentos, pinturas, manualidades que dejaban en la alfombra todavía destellos de purpurina... Lo que llamó su atención, en cambio, fue el comunicador de bebés que tenía sobre la mesita.

—¿Y eso? —le preguntó a Moray mientras se recogía el pelo y comenzaba a coger sus pinceles.

—Es por si sufre alguna crisis mientras duerme. Cualquier precaución es poca cuando se trata de ella —pronunció Moray intentando que su voz no delatase lo preocupado que estaba constantemente por su hija—. Voy a estar en mi taller si no te importa. Es lo que antes usaba como garaje para la camioneta. Tengo que arreglar un aparejo. Si necesitas algo dejaré el comunicador encendido, tan sólo tienes que hablarme por ahí.

Sheena asintió pues lo había entendido todo y miró la pared tremendamente blanca y vacía que tenía frente a ella. La señaló.

—¿No vas a preguntarme por el diseño del mural?

Moray sonrió.

—Estoy seguro, Sheena, de que será increíble.

La joven mojó el pincel de nuevo en el pigmento blanco para terminar de dar brillo a las escamas. Se alejó, una vez que hubo dado los últimos retoques a la cola, admirando su obra.

Sheena había pintado un fondo marino bastante colorido, lleno de corales rosa pastel, conchas amarillo cadmio, cangrejos rojo bermellón y peces de mil colores en los que se le había ocurrido pegar un poco de la purpurina de Yvaine. En el centro del mural, sobre una roca, estaba una sirena a gran tamaño. Había terminado las escamas de la cola pero aún quedaba pintar la mitad humana de aquella criatura de cuento. Miró a su alrededor mientras se secaba el sudor de la frente. Pensó en Yvaine. En la dulce niña que estaba creciendo sin la presencia de su madre. Enseguida se le encendió una bombilla y supo exactamente lo que tenía que hacer. Fue de nuevo hasta el salón, cogió la fotografía de Bonnie y regresó al cuarto de Yvaine para seguir trabajando en el mural.

Aquella pared sería su mejor obra.

Con aquel pensamiento en la cabeza, Sheena cogió de nuevo sus pinceles y sin darse cuenta comenzó a tararear.

Moray, en su taller, escuchaba cantar a Sheena a través del comunicador para bebés. Estuvo sonriendo como un tonto buena parte de la mañana mientras trabajaba en aquel aparejo que le había traído un antiguo compañero de pesca. Moray sabía que tendría que superar su miedo algún día. ¿Qué clase de pescador le tenía miedo al agua?

Pero, se dijo, el ya no era pescador. El mar le había quitado tantas cosas que era incapaz de poner un pie en un barco sin sentir que se asfixiaba.

Siguió un buen rato en el taller perdido en sus pensamientos y cuando acabó allí —todavía con la voz de Sheena tarareando en su cabeza —fue hasta el cuarto de su hija. Deseaba ver en qué había estado trabajando la pelirroja.

El impacto fue demasiado grande.

Moray observó el mural de aquella sirena que era la viva imagen de Bonnie. Reconoció la foto en la que se había inspirado Sheena que seguía absorta en la pintura. Él hizo aquella fotografía justo antes de que naciera su pequeña estrella.

Rompió a llorar.

Sheena había traspasado todos sus muros y al final los había roto por completo. Había llegado hasta su corazón sin apenas darse cuenta de ello. Moray había conocido a algunas chicas que en cuanto se enteraban de que él era padre y viudo corrían espantadas. Sheena no. Ella le había escuchado hablar de su esposa, ella le había pintado aquel mural a Yvaine lleno de amor y ternura, ella no le había presionado, ella se había convertido en su mejor amiga.

—¿Estás bien?

Sheena le estaba mirando con sus preciosos ojos azules llenos de preocupación. Ella era la persona que no sabía que había estado buscando.

Pensaba que después de Bonnie no iba a sentir nada ni remotamente parecido. Pero se equivocaba. Miró el mural engujándose las lágrimas. Después se acercó a Sheena y la estrechó entre sus brazos. Ésta, sorprendida, dejó caer al suelo el pincel que había sostenido y se dejó abrazar por el ancho cuerpo de Moray.

—No quiero que pienses que me gustas sólo porque te parezcas a ella —le susurró él al oído.

A Sheena le flaquearon las piernas.

—¿Te gusto? —le preguntó ella incapaz de mirarle directamente a los ojos.

Moray la cogió delicadamente del mentón y le hizo mirarle. En la mirada de él tan sólo había amor.

—Pensaba que era algo obvio —pronunció.

Fue, en la intimidad de aquel cuarto infantil, dónde ambos dejaron atrás sus miedos y sus dudas besándose por primera vez. Al separarse se rieron como dos idiotas. No había vuelta atrás. Se habían enamorado. Siguieron besándose hasta que sus labios comenzaron a hincharse y fue a mitad de un apasionado beso cuando irrumpieron en el cuarto.

Isla pilló a ambos jóvenes besándose y se quedó en shock. Paralizada en el umbral de la puerta.

—¡Mamá! —exclamó Moray con un deje de reproche.

Sheena no pudo evitar reírse pues se sentía como una quinceañera pillada *in fraganti*.

—Yo... eh.. perdonad —Isla cerró la puerta de un portazo mientras intentaba asimilar lo que acababa de ver.

Lo sabía. Sabía que entre Sheena y su hijo había algo. Se controló por no saltar de alegría y se apartó de la puerta en cuanto sintió que ésta se abría. Moray y Sheena iban cogidos de la mano y podía verse en sus rostros que estaban exultantes, llenos de felicidad.

—No quería que te enterases así mamá —pronunció Moray—. Iba a esperar al menos un par de días.

Isla abrazó a su hijo y luego a Sheena. Estaba feliz. Estaba muy feliz de que por fin su hijo parecía estar viviendo su vida y no meramente sobreviviendo por Yvaine. Estaba realmente feliz de que hubiera encontrado a alguien pues cada vez lo veía más solitario y taciturno.

—Irving está en la cocina con tu hija que la pobre venía muerta de hambre. Voy a llamarle. Sheena, te quedas a comer, ¿no? —preguntó atropelladamente.

Aunque la oferta era más que tentadora, la chica se excusó prometiendo ir al día siguiente. Aún le quedaba una cosa que hacer.



Las horas pasaron silenciosas para Aisla. Y lentas también. Tenía el corazón agitado y no se había separado de aquella lata de galletas que contenía sus más enterrados recuerdos.

Releyó las cartas de Colin McNeil. Aquellas cartas que se habían pasado a escondidas gracias a su primo Dave y a Anne cuando eran jóvenes. Se lamentó de haber perdido el contacto con ellos. Una cosa más de la que lamentarse. Lo último que supo del hijo del farero fue la carta que logró llegarle a Edimburgo meses después de que ella huyera de Anstruther.

20 de Noviembre, 1970.

Queridísima prima, no estoy seguro si llegarás algún día a leer esta carta. Te he buscado desde el día en que desapareciste. Ha sido, gracias a un proveedor del ultramarinos que vive en Edimburgo, que he logrado encontrarte. O eso creo.

Quería contarte cómo va todo por aquí. Peter parece haberse olvidado de ti. O al menos finge que te ha olvidado. Es como si por aquí nunca hubieras existido.

Nadie te nombra. Nadie te ha buscado salvo yo.

Me enteré hace poco que el juzgado dio el visto bueno a la nulidad de tu matrimonio a causa de tu abandono. Debo decir que tanto Anne como yo entendemos porqué te fuiste tan de repente. Aunque hemos callado, todos sabemos que Peter no era la persona idónea para ti.

Te habrás enterado de la desaparición de mi padre. En el pueblo todos dicen "desaparición" cuando quieren decir "muerte". Los más chismosos tienen teorías acerca de la muerte de Graham y aunque algunas te nombran, nadie sabe lo que pudo ocurrir esa noche. La versión más extendida es que estaba en la playa como una cuba cuando las olas se lo llevaron. Creo que en realidad a nadie le interesa realmente saber la verdad. Ni siquiera a las autoridades. Ya sabes como era mi padre. Tú lo sabes mejor que nadie, que tuviste que soportarlo en soledad. Yo tampoco quiero saber lo que ocurrió. A menudo la ignorancia es la mayor felicidad. No te juzgo, en ningún caso.

Espero de corazón que estés dónde estés seas feliz. Creo que nunca te confesé el cariño que te tenía.

Con todo mi amor.

Dave Campbell.

La mano de la anciana temblaba de emoción contenida. Aisla tenía sesenta y nueve años y hacía más de cuarenta que no había visto a ninguna persona que hubiera pertenecido a su juventud. A menudo la vida nos lleva a perder seres queridos que creíamos que siempre estarían con nosotros.

—¿Abuela?

La anciana se dejó consolar por su nieta que había llegado a casa antes de lo que creía. Pensaba que a ella también iba a perderla. Que no volvería a ver su preciosa cara. Aisla lloró, con el alma quebrada, abrazando a su amada nieta casi con desesperación. Sheena, al ver a su abuela así, tan vulnerable, tan frágil, también se emocionó. Abuela y nieta se reencontraron la una a la otra y todo quedó perdonado.

Serena, Aisla narró toda su historia de juventud a su nieta. Desde su llegada a la Isla de May siendo un niña perdida hasta la muerte del farero aquella noche en esa misma playa. Contó sus mayores secretos del mismo modo que cuando relataba un cuento a Sheena. Su nieta no la interrumpió en ningún momento. La joven quedó atrapada por la historia y se estremeció cuando escuchó a su abuela detallar lo fría que estaba el agua cuando arrastró el cadáver de Graham Campbell al interior del mar.

—Eras una cría. No tuviste la culpa abuela. El arma se disparó sola —le dijo Sheena.

—Me he repetido eso mismo todas las noches. Que el arma se disparó sola —habló la anciana—. A veces mi memoria falla y a menudo ya no sé ni quién soy.

La pelirroja estrechó las arrugadas manos de la anciana entre las suyas.

—Puede que no sepa todo sobre ti abuela, pues todos tenemos nuestros propios secretos, pero sé que tú nunca serías capaz de hacer eso que estás pensando —su nieta besó sus manos con los ojos llorosos—. Por eso te casaste con Peter, eres incapaz de hacerle daño a nadie. Salvaste a Colin de una muerte segura.

—Colin... —susurró Aisla con tristeza. Había querido muchísimo al abuelo de Sheena pero era tal y como dicen, el primer amor deja huella en el alma.

Sheena se engujó las lágrimas y cuando la miró tenía los ojos brillantes.

—¡Tienes que ir a verle! —exclamó, exaltada.

—¿Qué?, ¿a quién?

—¡A Colin!, ¡al pintor!, ¿a quién va a ser?

La anciana vio a su nieta emocionada. El color le había vuelto a las mejillas y estaba llena de energía.

—Pero, cariño... —comenzó a excusarse Aisla—, no puedo. Se llevará una decepción. Mira mi pelo cano, mis arrugas, mi cansancio... es mejor que me recuerde tal cual era. Joven. A mi edad ya no estamos para estas cosas.

—Abuela, hoy me he dado cuenta de algo —su nieta la miró muy seria—. Nunca es demasiado tarde.

25

*Victoria Street, 16, Edimburgo.
Al día siguiente.*

Aquella mañana, Colin hizo la misma rutina que llevaba haciendo esos últimos años. Desayunó en bata en compañía de Andrea, que puntual como cada jueves, le traía unos cuantos *tuppers* con comida caliente y se aseguraba de que todo estuviera en orden.

La trabajadora social acarició al golden retriever de McNeil.

—¿Vas a sacarla a pasear? —le preguntó la chica al anciano—. Hoy hace un día estupendo.

Colin miró por la ventana. La verdad es que había salido el sol, algo raro en Edimburgo cuyo cielo casi siempre solía estar pintado de gris amenazando con caer las primeras gotas de lluvia. Pese al bonito día que hacía no estaba de humor. Había soñado de nuevo con Aisla. En su sueño la veía a ella tal y como la recordaba. El vestido claro que sobre sus tobillos parecía mecerse con la brisa marina, el cabello retirado hacia un lado y concentrada en el horizonte mientras su mirada hablaba de sueños.

El anciano se terminó el café mientras su perra suplicaba por el último trozo de pan de su tostada. Era su mayor consentida. Colin le acercó al hocico el pan con mantequilla y fue visto y no visto. El animal se relamió de satisfacción moviendo su cola de una lado a otro. Llenándolo todo de pelos.

—¿Sabes qué? —se dirigió a Andrea—. Si no te importa sácala tú. Necesito pintar un rato.

La chica, que ya sabía cuando McNeil estaba teniendo un mal día, asintió antes de recoger la mesa.

—Qué sepas que lo hago como un favor de amiga —le dijo al pintor mientras le ponía la correa a Janis.

El anciano sonrió mientras acompañaba a la trabajadora social hasta la puerta.

—Ya... ya... claro. Un favor de amiga. Tú también estás encariñada de este animal tan simpático y bobalicón —pronunció él.

Andrea sonrió mientras se ponía la chaqueta con la mano libre. Sabía que Colin tenía razón. Amaba a la perra.

—Volveré en un rato. Llevaré a esta pequeña al parque —se despidió.

Colin, una vez en soledad, fue hasta el cuarto que tenía acondicionado como estudio de pintura cuando tocaron al timbre.

A Andrea siempre se le olvidaba alguna cosa.

El anciano abrió la puerta y la emoción subió tan rápido por su pecho que se quedó sin habla. Ambos se miraron como si fuera un sueño. Como si aquello no fuera real. Pero lo era.

Muy real.

Colin rompió a llorar. Después de tanto tiempo, de tantos años perdidos, de tantos años de rencor y luego de perdón para convertirse en sentimientos de nostalgia... ahí estaba. El tiempo había pasado para los dos pero él seguía viendo a su sirena. Estaba allí. De verdad. Aisla. No era un sueño.

La anciana no había estado más nerviosa y emocionada en su vida. Estaba en el umbral de la puerta y no podía parar de frotarse las manos. No sabía dónde ponerlas ni que hacer ni a dónde mirar. Observó a Colin, y al ver que éste rompía a llorar por la emoción, ella se dejó llevar. Dos gruesas lágrimas comenzaron a caer por su rostro.

La voz le temblaba.

—Mi nieta me ha convencido para que me presentase aquí —explicó ella hecha un mar de nervios.

—Aisla... —murmuró éste con extremada ternura.

Todavía no llegaba a creer que ella estuviera ahí.

—Oh, Colin —suspiró la anciana antes de que ambos se fundiesen en un abrazo que de haber podido hubiera durado lo que les quedaba de vida.

Pasaron al interior de la casa sin dejar de mirarse y de tocarse. La vida a menudo es extraña, nos aleja de las personas que queremos, nos hace olvidar y luego nos regala momentos tan especiales como los que Colin y Aisla estaban viviendo. *El destino,*

las casualidades, el karma... todo era extraño y maravilloso. Que locura es vivir.

—¿Qué.. —comenzaron a preguntar a la vez.

Tenían tanto de qué hablar que no sabían por dónde empezar. Al final fue Colin quien rompió el hielo sin dejar de mirar absorto a la anciana. Seguía tan preciosa como cuando la conoció.

—Supongo que tu nieta era aquella chica, no recuerdo su nombre. La chica que vino a hacerme una entrevista. Estaba haciendo un trabajo para la Universidad —pronunció él—. ¿Era verdad o es sólo que me buscabas?

Aisla observó a Colin con más detenimiento. Seguía teniendo aquella mirada jovial que parecía querer saberlo todo.

—Se llama Sheena —respondió la anciana acomodándose en el sofá del salón—. Es verdad que está haciendo un trabajo sobre ti. Te convertiste en un gran pintor, Colin. Nunca dudé que llegarías a serlo.

La anciana estrechó las manos de él entre las suyas.

—¿Por qué? —el pintor había estado torturado la mayor parte de su vida por aquella simple pregunta. *¿Por qué?, ¿por qué lo hizo?, ¿por qué Aisla no apareció en el muelle?*

Vio que no era nada fácil para ella.

—Tienes que creerme cuando te digo que nunca quise abandonarte —le dijo Aisla con apenas un hilillo de voz. Se sentía abrumada—. ¿Podrías traerme un vaso de agua?

Un vaso de agua después, la anciana relató lo que sucedió en su casa la noche en la que su tío le descubrió una carta suya. Colin escuchó atentamente lo que decía. Como Graham la había amenazado con hacerle daño; como se había visto obligada a casarse con Peter; como éste la había humillado comprando su cuadro; cómo ella había forcejeado con el farero cuando volvió a la isla; como sus manos se habían manchado de sangre... Cómo había huído después a Edimburgo conociendo allí al que fue su marido, con el que se mudó años más tarde a Crail. Aisla no era un ser hecho para estar lejos del mar pero tampoco podía haber vuelto a Anstruther o a la isla. Demasiados recuerdos. Demasiada culpa.

—Perdóname —le suplicó la anciana.

Colin la miró, extrañado. Había perdonado a Aisla hacía muchísimo tiempo y ahora que sabía la verdad estaba aún más que perdonada. Si la situación se hubiera dado al revés, Colin hubiera hecho lo mismo por salvarla. El amor, a veces, nos hace tomar decisiones dolorosas.

—¿Por qué? —preguntó confuso.

—Por vivir —Aisla tomó aire con su rostro hajado por el tiempo lleno de lágrimas—. Perdóname por vivir sin tí.

Al oír aquello, el anciano no pudo si no más que abrazarla como cuando eran jóvenes.

—Pinté sirenas con tu rostro una y mil veces por temor a olvidarme de ti —le susurró al oído.

Ella elevó la mirada. Ahí estaba el dulce chico por el que había perdido la cabeza.

—Y mientras tú pintabas sirenas mi vida siguió, por el contrario, intentado olvidarte. Olvidar que te abandoné.

Siguieron abrazados, no supieron por cuanto tiempo, hasta que se sintieron completos. Después de aquello, la conversación fue más distendida. Hablaron de los años que estuvieron separados, de anécdotas, de lugares, de personas... tenían tanto de que hablar.

—¿Es éste? —Colin señaló al hombre joven que Aisla llevaba en la cartera y le enseñaba con ternura.

Era una fotografía de carné bastante antigua.

Ella asintió mirando el rostro de Malcolm, el padre de Effie, su segundo marido. Reencontrarse con Colin no borraba lo que sintió por aquel hombre bueno y generoso.

—¿También pelirrojo? —preguntó él.

Las arrugas alrededor de los ojos de Aisla se hicieron visibles cuando sonrió.

—Supongo que tenía un tipo de chico perfecto —se encogió de hombros—. En muchos aspectos me recordaba a ti. Y no sólo por el pelo. Era dulce y cariñoso. Me hizo reír hasta que el día en que murió.

—¿Fuiste feliz?

—Muchísimo.

—Bien. Eso es lo que siempre quise para ti. La vida me ha enseñado que las cosas nunca salen como hemos previsto pero

siempre podemos volver a empezar.

—¿Incluso ahora?

—Incluso ahora —repitió Colin—. ¿Crees que podrías empezar de cero con este viejo?

A Aisla le brillaron los ojos de felicidad. La vida no pudo haberle dado mayor regalo que aquella segunda oportunidad.

—Ahora que te he encontrado, Colin, no pienso volver a abandonarte jamás.

Fiel a aquella promesa, la anciana no volvió a abandonar al pintor. Días más tarde se mudó con él a la casa de Victoria Street en Edimburgo dónde también estaría más cerca de su hija y su yerno. Y aunque ya no hacía falta, Andrea, la trabajadora social, seguía pasándose por allí de vez en cuando pues le había cogido cariño al pintor al que había tratado como un padre. Se alegró de ver que aquella casa, por fin, parecía un hogar.

*Edimburgo. Campus Universitario.
Septiembre.*

Sheena estaba nerviosa. Aquel era el día que había temido las últimas semanas. El día de su exposición frente a un jurado de profesores expertos. Por suerte, Moray y la pequeña la acompañaban.

—Lo vas a hacer genial —pronunció Moray antes de darle un beso en los labios. La pelirroja se relajó de inmediato—. Recuerda lo que te dije la primera vez que fuimos a casa de Colin McNeil.

Ésta se quedó pensativa mientras paseaba a Yvaine que parecía estar encantada con el campus. La pequeña señalaba cada arco, cada árbol, cada banco con alegría. Le gustaba haber salido de la rutina con aquel viaje desde Crail. Todo era nuevo para ella.

—¿El qué? —preguntó la chica.

Moray sonrió con una sonrisa amplia y relajada. Así era como se sentía desde que estaba con Sheena. En calma. Relajado. Feliz. Incluso había empezado, poco a poco, a superar su miedo a navegar. Ya podía poner un pie en algún barco sin que todo su cuerpo se estremeciera.

—Te dije que tenías que tener más confianza en ti misma.

Ahora que le escuchaba, Sheena lo recordó. Por suerte, era algo en lo que estaba trabajando desde que salía con Moray. Él le hacía sentirse segura y la animaba en todo lo que se proponía. No se había reído de ella cuando le contó su plan de convertir la casa de Aisla en un salón de té, un nuevo *Tea House*. Era una idea que se le había ocurrido días después de que su abuela se mudase allí, a Edimburgo, con el pintor y que ésta le dejase su propiedad.

—Lo sé, lo sé. ¡Ay, es que estoy tan nerviosa! —exclamó Sheena antes de detenerse frente a la puerta del edificio donde se decidiría si su tesis era lo suficientemente buena. Donde, después de tanto

trabajo duro, lograría convertirse oficialmente en historiadora de arte —. ¿Tú que crees Yvaine? ¿Lo voy a hacer bien?

La niña aplaudió entusiasmada y sonrió a Sheena de manera que a ella se le derritió el corazón.

—¡Bien, bien! —exclamó la niña.

No había nada más que añadir entonces. La pareja sonrió y antes de que la pelirroja entrase al aula, se abrazaron. De haber podido, se hubieran enfrentado juntos a aquel tribunal. Cuando estás con la persona correcta ya no quieres separarte de ella ni por un instante.

—Suerte —le deseó Moray mientras su mirada hablaba por él. *Te quiero.*

Sheena entró al aula con decisión y paso firme. Se presentó a los profesores y señaló la pantalla que tenía tras ella. Había preparado unas diapositivas para la ocasión.

Comenzó a hablar, segura de sí misma.

—Esta imagen que ven aquí muestra el cuadro titulado *La sirena*. Obra del pintor Colin McNeil. Muchos se preguntaron quién era la mujer del lienzo. Hoy puedo decirles que se trata de Aisla Campbell. Mi abuela.

Epílogo

Agosto, 2020.

Cerca de Crail. Mar del Norte.

Sheena estaba leyendo una revista desde la proa. Sus cabellos rojos danzaban alrededor de su rostro iluminando el paisaje como la cabeza encendida de una cerilla. Las comisuras de sus labios se ensancharon formando una gran sonrisa. Moray le abrazó por detrás acariciando en el acto su vientre de seis meses. La joven resplandecía. Toda ella hecha de luz.

—Esa fotografía no te hace justicia —le susurró él al oído para después descender por el cuello descubierto de la joven. Dejando un camino de besos en su piel.

Sheena rió con calidez.

La barba de Moray sobre su piel le hacía cosquillas e intentó zafarse de él sin éxito alguno. Miró la revista de Arte donde publicaban la noticia de su libro *Pintando sirenas: Vida y Obra de Colin McNeil*. En el artículo habían puesto varias fotografías, desde su foto como autora hasta la imagen del cuadro de la sirena que ahora descansaba en la entrada de su salón de té. Tal y como se propuso, había convertido la casa de Aisla en un segundo *Tea House*.

Por las mañanas Sheena trabajaba allí —entre el dulce aroma del té y las pastas —y por la noche escribía artículos para revistas especializadas en Arte. Las tardes las pasaba junto a Moray cuidando de la pequeña. *Paseando, jugando...* Seguía pintando también pero sólo por afición. Ya había ampliado el mural que le hizo a Yvaine y pensaba empezar otro en el cuarto que estaba preparando para la llegada del bebé.

Sólo quedaban tres meses para que Sheena viera por primera vez los ojos de su pequeño Dave. Esperaba que su hijo heredase cada rasgo de Moray. No podía esperar a tenerlo entre sus brazos.

Pensó en Aisla, que pronto sería bisabuela de un niño al que habían llamado así en honor al muchacho que la había protegido durante su juventud. Su abuela estaba recuperando el tiempo perdido y se encontraba ahora visitando *Candem Town* en Londres. El viaje que había tenido pendiente con Colin tantos largos años.

Las olas mecieron la embarcación casi con dulzura y Sheena cerró los ojos, abrazada a Moray, respirando aquella tranquilidad que tanto merecían. En el horizonte, el sol comenzaba a descender.

Sintió el beso de él en la coronilla.

—Gracias —pronunció Moray acariciándole sus cabellos rojizos.

La joven sonrió mientras escuchaba de fondo el sonido del mar.

—¿Por qué?

—Por convertir mis días en luz.

Fin.

Agradecimientos

»Gracias a todos los compañeros escritores que a través del teléfono están presentes en mi día a día. Gracias a *Alicia Matas, María Aguilar, Montse Pinazo, Natalia Olmedo, Patrick Raiwen, María Albeldaa y Rosario Jiménez Roque.*

»Gracias a *Fabián Colomer* que ha ilustrado maravillosamente la cubierta de esta historia.

»Gracias a mi mejor amigo, *Alex*, quien me prestó apuntes de la Universidad sobre dibujo y pintura para documentarme.

»Gracias a *Inés* y a mi pareja *Marcos*, porque sin ellos no hubieran existido nunca los personajes de Yvaine y Moray. Gracias por inspirarme cada día.
Os quiero muchísimo.

»*Gracias a mi familia y en definitiva, a todos los que os habéis tomado unas horas de vuestro tiempo para leer esta humilde historia.*

Espero que la hayáis disfrutado.

Andrea P. Muñoz

La autora



ANDREA PÉREZ MUÑOZ (1993), natural de Alicante aunque con residencia en Petrer, se describe como un alma inquieta que canta, que ríe, que lee y que sueña. Enamorada de las bambalinas del teatro, el sabor de las palomitas en un cine y del aroma que dejan entre los dedos las páginas arrugadas de los libros. Diplomada en *Caracterización, Peluquería y Maquillaje Profesional* hizo sus pinitos además en la radio, en el teatro y en el periódico local. Pero sobre todas las cosas, lo que ama es crear historias y personajes mediante palabras.

Autora de *La princesa de Iryan, Maldición de luna, Hija de reyes, Jazz Empire* y *El mal que nos devora*. También posee en su colección dos cuentos infantiles dedicados a su sobrino. *El cuadro de la sirena* es su último libro. Una historia de amores pasados y presentes que tiene como banda sonora el rítmico sonido del mar.

Página de Facebook:
Andrea P. Muñoz - Escritora

Instagram:
ann_always

[1] Embarcación de un solo mástil.

[2] Que en gaélico se traduce como "Mar".

[3] Una especie de pez gadiforme de la familia Gadidae. Similar al bacalao.

[4] Instrumento que mide la presión atmosférica y registra sus valores .

[5] Sopa tradicional de la cocina escocesa. Los principales ingredientes son granos de cebada cocinados en carne de vaca o codero. También con verduras como zanahorias, colinabo y puerros.

[6] **Abarloar:** Colocar una embarcación al lado de otra o de un muelle quedando en contacto por el costado.